

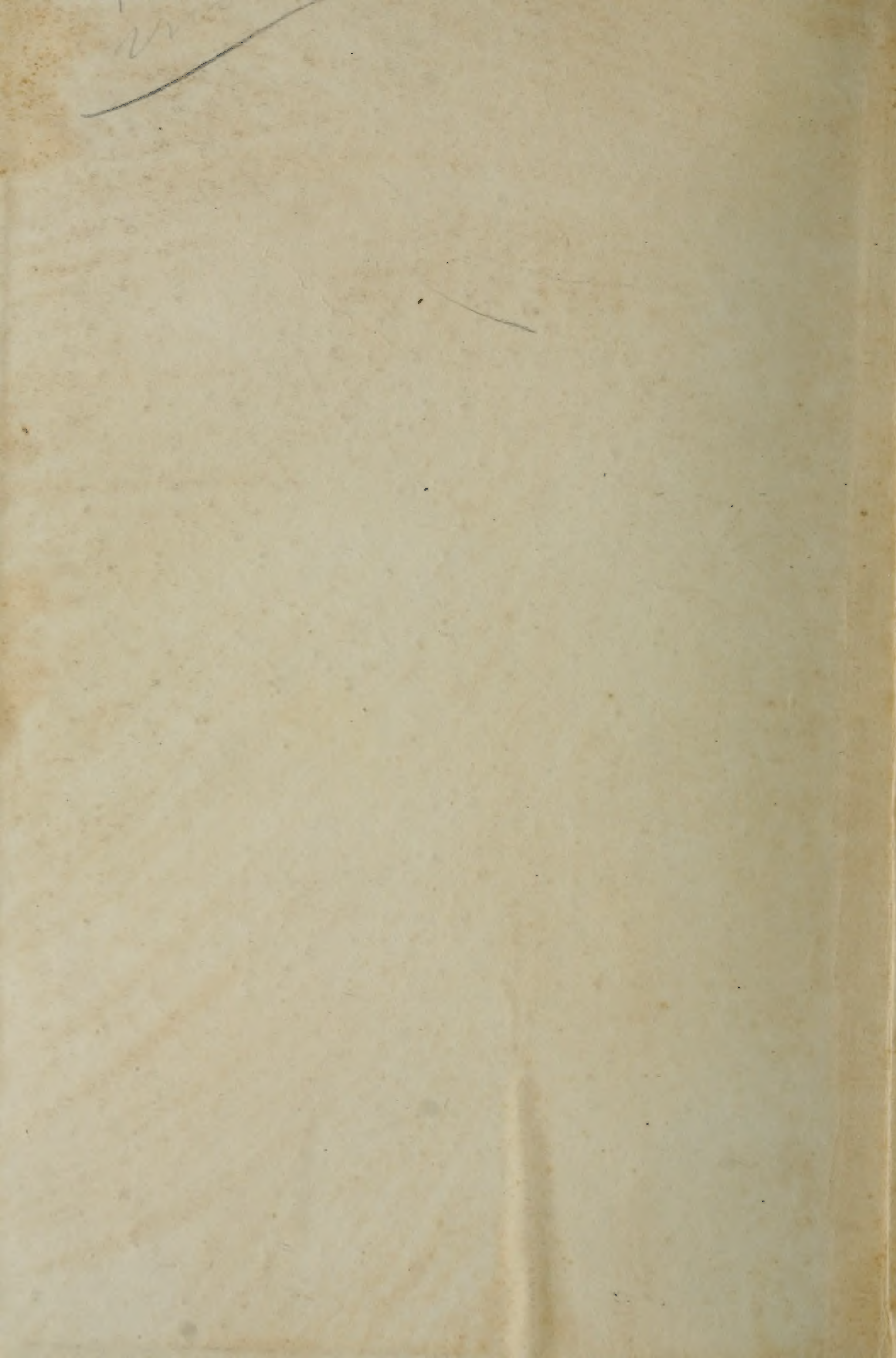
ANTOLOGÍA

PATRIÓTICA

BUENOS AIRES

J. LAJOUANE Y Cia. — EDITORES

1911



BERNARDO L. PEYRET

Profesor de la Escuela Normal y Colegio Naciona de Paraná

ANTOLOGÍA PATRIÓTICA

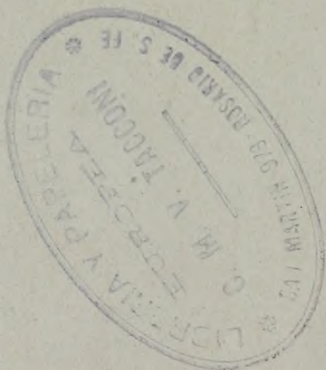
PROSA Y VERSO

CONTRIBUCIÓN

Á LA

Enseñanza Patriótica de la Escuela Argentina





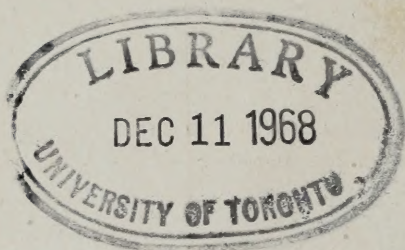
BUENOS AIRES

LIBRERIA NACIONAL

J. LAJOUANE & C^IA — LIBREROS-EDITORES

270 — CALLE BOLIVAR — 270

1911



PROPÓSITOS

Esta ANTOLOGÍA PATRIÓTICA, destinada á la escuela pública, como contribución á la enseñanza nacional que en ella se dá, es producto de un constante esfuerzo transparentado en la persistente solicitud que entre nosotros exige una colaboración de esta índole, en la selección lenta y esmerada que necesariamente impone al compilador la publicidad diaria, no obstante ser fuente estimable de producción artística, que cabe en el espíritu y en el plan de esta obra, y por fin, en la ordenación metódica de los asuntos para el fácil manejo del libro.

Un propósito predominante ha servido de norma para esta compilación: Que de ella pueda sacar alguna utilidad la escuela primaria, para ayudar sus altas miras patrióticas. Verdad es que la escuela no se redime nacionalista con sólo leer, aprender y recitar composiciones patrióticas... Los que dedicamos nuestra actividad á la enseñanza pública y le hemos consagrado ya muchos años de nuestra vida, sabemos qué conjunto de circunstancias colaboran en este proceso; pero, por sobre todas, esta forma de la Historia, secundada por el arte, es de inmenso poder educativo.

Cantar á la Patria, rememorar sus fechas magnas, evocar á sus héroes y á sus grandes ciudadanos, tributar un recuerdo á los que de entre el conjunto anónimo de las huestes salvaron del olvido siquiera su nombre, por la abnegación y el sacrificio, excitar los sentimientos más puros del corazón, disponiéndolos á secundar las glorificaciones de la posteridad hacia las cosas grandes y augustas de la Patria, etc., etc., todo esto, magnificado por la Historia misma y ensalzado por nues-

tros poetas, constituye para la escuela un ejemplo vivo del patriotismo en su faz más elocuente é impresionante.

Ese y no otro es el espíritu de este libro. Por eso busca el refugio de la escuela y el cariño de los niños ofreciéndoles, de entre sus páginas, material sano y abundante para satisfacer nobilísimos anhelos de homenaje á la Patria. Y para que cada cual conozca y rememore el recuerdo que evocan las fechas de nuestra Historia, lo histórico de sus símbolos, la vida de los grandes hombres, etc., etc., se incorporan, á manera de síntesis, datos alusivos á cada tema, los que, leídos préviamente, facilitarán el aprendizaje consciente de las composiciones.

Además, este libro condensa un nuevo ciclo literario, por decir así. Excepcionalmente podrá leerse al pié de las poesías y demás producciones que lo forman, el nombre—cuántas veces laureado!—de nuestros primeros poetas, porque dentro del propósito fundamental, expresado, no ha sido ajeno el pensamiento de que la escuela primaria ha repasado, demasiado ya, las producciones de aquellos autores y está, por consiguiente, en condiciones de aceptar la savia nueva que necesita para vigorizar su organismo en su constante renovación. El espíritu de la escuela primaria moderna, en materia de recitación y declamación, se adapta más á la composición breve, de forma literaria sencilla y de concepto fácil, para el más pronto y mejor aprendizaje, como para las direcciones del que enseña. Si el concepto de la composición, es decir el *fondo*, llena un fin noble, moral y patriótico, es tolerable que la *forma* no sea impecable, porque si bien es condición inherente á la obra artística, la escuela y el niño necesitan, por lo pronto, la idea que analiza y penetra, sin que esto signifique para la *forma* una tolerancia compremetedora de lo correcto, que es el buen decir.

Conforme á dichas orientaciones surge esta ANTOLOGÍA PATRIÓTICA, destinada á los niños y á la escuela, quienes no desdeñarán, seguramente, contarla entre los ejemplares de sus bibliotecas.

B. L. PEYRET.

I

¡PATRIA!

Á LA PATRIA

INVOCACIÓN

Ayer el sacrificio; hoy el trabajo; mañana la gloria.

Tus héroes abrieron el surco; sus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán las miés. Todo por tu grandeza: los corazones que te aman; los brazos que te defienden; los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

Inspíranos ¡oh madre! la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia, por la libertad, por el Evangelio de tu fe republicana ¡oh Patria inmortal de los argentinos!

LEOPOLDO HERRERA.

¿QUÉ ES LA PATRIA?

¿Qué es la patria? Es el suelo donde nacimos, donde vimos la primera luz, donde respiramos el aire vivificante que nos dió movimiento, la atmósfera que influyó en nuestra complexión; todos los objetos externos que formaron nues-

tros gustos, nuestros hábitos, que excitaron nuestras afecciones y se ligaron á nosotros por los vínculos de la Naturaleza y de la sociedad. La reunión de todos esos objetos que nos son caros, es lo que forma ese ser ideal, tan querido, que se llama Patria. ¿Qué son las instituciones? Las leyes, los usos y costumbres que nos aseguran la fruición de ese conjunto de objetos á que está vinculado el amor de los ciudadanos.

BENJAMÍN IGNACIO GORRITI.

REPÚBLICA ARGENTINA

INVOCACIÓN

Corazón de América
y brazo del futuro americano!

Rubén Darío.

¡Madre de titanes! ¡Madre de intrépidos é incansables luchadores para el porvenir!

¡País de gigantes que te levantaron un monumento de gloria para salvarte del mal, de la rutina y de la ignorancia!

¡País de los países latinos: sobre la aureola que tu frente corona, hay tres luminares: San Martín, Rivadavia, Moreno!

¡Madre de genios que te hicieron grande y noble como el mismo Dios; que te hicieron pura como la blancura de los lirios, que te hicieron iluminar por el Gran Sol del Progreso, para que irradiaras en medio de la grandeza universal!

¡País de ciencias, país de artes, país de industrias, país de inteligencias: ¿qué medios, qué genios, qué apóstoles no tuviste para engrandecerte?—No faltó el alma épica de un Vicente López para sentir las palpitaciones vibrantes del heroísmo argentino; no faltó un Manuel Belgrano, para sim-

bolizarte Nación en el hermoso pabellón azul y blanco; ni faltó un San Martín, que, al par del gran capitan francés, hiciera brillar en casi toda la América del Sud, el sol de la Libertad!

¡Cuánta grandeza encierras ¡oh República Argentina! deslumbrador diamante de la corona de América!....

JUAN CROTTOGINI.

¡ARGENTINA!

INVOCACIÓN

¡Argentina! Plateada ninfa del anchuroso Mar Dulce, hija predilecta de la amantísima España, también con el alma te saludo y beso con amor tu escudo y ante tu pendón reverentemente me inclino; que si allí duermen el eternal sueño nuestros antepasados, aquí vieron la luz seres de nuestra alma predilectos, recuerdos aquellos de lo que fué, esperanzas éstas de lo que será.

Lo que tú serás, Argentina, yo lo vislumbro. Para tí el porvenir amplio, risueño, como es amplia tu dilatada Pampa, como risueñas son tus provincias ribereñas; para tí la vida exhuberante, fastuosa, como exhuberante es tu naturaleza y fastuosa la majestad andina. Para tí el mañana alegre, placentero; ya que en tu regazo habrán cristalizado todos los ensueños, todas las esperanzas, los amores todos de todas las razas que allí llegan ansiosas de cooperar á tu crecimiento y desarrollo.

Bendita, bendita tú, Argentina, que vas dando vida real y poco á poco á un colosal ensueño, el de la fraternidad

universal, ya que bajo tu bandera blanca como la alegría y azul como la risueña bóveda celeste, se estrechan amorosamente las manos, así los nacidos en la poética Italia como los que vieran la luz en la nebulosa Albión, así los hijos de la republicana Francia como los del imperio germánico; así los que aun ven envuelto su cerebro con las brumas de la ignorancia como los que sienten agitarse en su mente los hervores de fecundante idea.

Para tí el amor idólatra de tus hijos; para tí, Argentina, los nobilísimos amores de los extranjeros en tu suelo radicados.

¡Gloria á tí, plateada ninfa del anchuroso Mar Dulce!

R. Monner Sans.

¡VIVA LA PATRIA!

Erase un sabio anciano, padre de siete robustos mancebos, que vivían en la indiferencia y en la discordia. Sintiendo cercana la hora de su muerte, un día los llamó. Presentóles un haz de siete varas sólidamente atado, y les dijo:

—Dejaré en herencia toda mi hacienda á aquel de vosotros que pueda quebrar este haz.

Uno á uno ensayaron en vano, los siete mancebos, que vivían en la indiferencia y la discordia, doblaron sobre el haz sus rodillas de salvajes. Y exclamaron:

—No podemos, padre.

Entonces el anciano, desató el haz, y lo rompió sin esfuerzo, vara trás vara.

Observáronle sus hijos:

—Así, también podríamos haberlo hecho nosotros, padre.

Y el anciano les repuso:

—Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os lego. Meditadla. Aislados, cualquiera os podrá quebrar, como yo quebré esas varas. Unidos todos por el amor de hermanos, seréis fuertes é invencibles como el haz.

Esto, que dijera aquel sabio anciano á sus hijos, debe repetirlo la Patria á todos sus hombres. Porque un pueblo no es más que una familia. Una nación es sólo un numeroso grupo de hermanos.

Los pueblos cuyos hijos viven en la discordia y la indiferencia, desgastan sus fuerzas en estériles reyertas. La envidia siega las cabezas que sobresalen con la guadaña de la muerte. La nación mata sus mejores guías, como Saturno que devoraba á sus hijos. La guerra civil desangra á la patria, y la difamación la envenena. Enróscase entonces en su cuerpo indefenso la anarquía, una hidra feroz de dos cabezas: la mediocridad y el despotismo.

Los pueblos que fueron fuertes y gloriosos en la historia, lo fueron siempre porque sus hijos amaban á la patria. Y todos los hombres que fueron grandes cimentaron su grandeza en el desprecio á los intereses mezquinos y el amor á los hermosos ideales, especialmente el ideal de la patria.

Sólo en las sociedades decadentes y corrompidas, los hombres carecen de patriotismo. Esas sociedades están destinadas á debilitarse y perecer. Pues en la tierra hay muchas naciones, y las naciones fuertes son naturales enemigos de las débiles. Codician sus riquezas y requieren sus territorios. Ningún pueblo puede relajar sus lazos de asociación, porque ningún pueblo está sólo en el mundo.

Aunque se pertenezca á un pueblo de historia innoble y lamentable, debe amarse á la patria. Pero cuando se tiene la suerte de nacer en una patria invicta, libre y gloriosa como la República Argentina, entonces el amor á la patria no es ya forzado sacrificio sino legítimo orgullo. Pertenecer al pueblo de San Martín, Belgrano, Rivadavia, Sarmiento, Avella-

neda. Mitre, es sentirse miembro de una familia de hombres ilustres. ¡Y ello nos obliga á ser dignos de nuestros padres!

Mas no ha de confundirse la gloria con la vanagloria, el patriotismo con el patrioterismo. Esto, es la torpe jactancia de los débiles y de los incapaces; aquello, el esfuerzo callado y potente de los que trabajan y obran. Es lo uno, femenino apego al oropel y al fausto; lo otro, fuerza de varón y pujanza de héroe. Cubríos de hierro como los caballeros de los siglos medios, y no de brocados y encajes como las damas. En la palestra de la vida, los fuertes no son espectadores, ¡son luchadores!

Se dice que el amor á la patria es un sentimiento «lírico», sin ningún valor en la vida práctica del individuo... ¡Nunca error más torpe! La grandeza de la patria es para el individuo la más pura y fecunda fuente de goces. Sus derrotas, principios de inagotables penas y hasta de físicas penurias. Vivir en tiempos de derrotas es vivir en la indigencia, la tristeza, la sombra. En cambio, los triunfos de la patria son la luz y el aire para las almas de los ciudadanos, buenos ó malos. ¡Seamos patriotas hasta por egoísmo!

La patria nos devuelve con creces nuestros servicios y homenajes. De su poder y su felicidad dependen el poder y la felicidad de cada uno. Seamos como los pámpanos, que cobijan y protegen amorosamente los opimos racimos de la madre vid.

Si el culto de la patria, es el culto de lo mejor de nosotros mismos, el amor á la patria se funde en el conocimiento de nuestra historia. Es nuestro pasado lo que nos une para defender nuestro porvenir. Suprimid el recuerdo de nuestras glorias y nuestros hombres, y la nación se disgregará como las perlas de un collar cuyo hilo se desata ó se corta. Somos grandes por la memoria de lo que junto hemos hecho, y fuertes por la esperanza de lo que junto podemos hacer.

Querer á la patria es servirla. Y no hay más que un medio de servirla: el trabajo. Para que el trabajo sea armónico

y congruente, no hay más que un sistema: que cada cual siga su línea como los soldados, cuando marchan en formación hacia el campo de batalla. Si codeamos á nuestro vecino ó nos apartamos de nuestro puesto, el ejército perderá su formación y el enemigo puede sorprendernos en el desorden.

El trabajo con que sirvamos á la patria no será eficaz, si no se respecta á la ley. La ley dispone lo necesario para que cada ciudadano pueda realizar sus fines particulares y tiene por objeto la felicidad de todos. Quién falta á la ley, ataca á los demás. Si los ataca, no los ama. Y no amar á los conciudadanos es no amar á la patria.

La República Argentina, es un país grande y rico. Pero el pueblo argentino, aunque el más noble y generoso de la tierra, es chico y pobre. Es chico por su escasa población en relación á su vasto territorio. Es pobre porque debe muchos millones de deuda externa, y sus empresas más lucrativas están explotadas por capitales extranjeros. ¡Hay, pues, que poblar el país y que pagar esa deuda externa y rescatar esos capitales! ¿Cómo? Por la dedicación al trabajo y el respecto á la ley.

No olvidemos ¡ah! no olvidemos la lección de aquel sabio anciano, padre de siete robustos mancebos, que vivían en la indiferencia y en la discordia. No olvidemos que desunidos seremos débiles y miserables, que unidos seremos fuertes y poderosos. No olvidemos que sólo un sentimiento podrá ligarnos y cohesionar nuestros esfuerzos: el patriotismo. Y así en nuestras horas de lucha como en nuestras horas de triunfo, en los recuerdos como en las esperanzas, en la vida como en la muerte, elevemos siempre nuestros corazones para gritar todos en una sola voz: ¡Viva la patria!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

REPÚBLICA

¡De pie para cantarla! Sonorosa
resonando en el tiempo y las edades,
marcha augustal, de altivas magestades,
ritme su vida ascencional, gloriosa.

Y la voz del progreso, poderosa,
dominando las vastas soledades,
canta, al sol de fulgentes claridades,
su triunfal Marsellesa estrepitosa.

En sus montes, sus llanos y sus ríos
y en la extensión de lo que fué desierto,
palpitan todos los humanos bríos.

Noble y fuerte y soberbia la Argentina
es en el grande mundanal concierto
orgullo de la América latina.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

PATRIA

¡Patria! Te adoro en mi silencio mudo
Y temo profanar tu nombre santo:
Por tí he gozado y padecido tanto
Como lengua mortal decir no pudo.

No te pido al amparo de tu escudo,
Sino la dulce sombra de tu manto;
Quiero en tu seno derramar mi llanto,
Vivir, morir en tí, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía
Son razones de amar. Otro es el lazo
Que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo;
Madre, eres tú de la familia mía;
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.

MIGUEL ANTONIO CARO.

Á LA REPÚBLICA ARGENTINA

Patria feliz que avanzas en la escena
Del progreso del mundo, y que tu suerte
Está librada al porvenir que vierte
Rayos de luz en su brillar serena;

De tu brillante historia me enajena
De independencia, el grito, que convierte
En un pueblo viril, al que la muerte
Del patriotismo á esclavitud condena.

Su pueblo no es ilota, es soberano,
La Libertad le acoje y en su seno
Es cada ciudadano un paladín

Que lleva la entereza de Belgrano,
El augusto civismo de Moreno
Y el heróico valor de San Martín.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

CANCIÓN Á LA PATRIA

CORO

Sobre la patria un siglo
Rodó, entre niebla y lampos
Vertió, al fin, en sus campos
La paz su blando albor.

Hoy la cumbre avanza
Donde la luz impera
E inscribe en su bandera
Verdad, Justicia, Amor.

ESTROFAS

Ha cien años que á bélicas lides
La Argentina se alzó valerosa,
Y surgió soberana y hermosa
En su sien arrogante el laurel.

Luego en medio de túrbidas luchas,
Franco el seno á las razas del mundo,
Abrió el surco el trabajo fecundo
Y forjó su soberbio troquel.

¡Salve, oh madre, en tus días sagrados!
En tu amor nuestro pecho se encienda
Y al hollar tu magnífica senda,
Toda dicha de tí vuelva en pos.

Alza un trono á lo Bello, á la Idea;
Y al ungirte perenne victoria,
Sea el puro esplendor de tu gloria
La justicia, que es rayo de Dios!

CORO

Sobre la patria, etc., etc., etc.

CALIXTO OYUELA.

HIMNO A LA ARGENTINA

(DE CH. DE SOUSSENS)

Traducción de José Cibils.

¡Oh, la tierra generosa de la espléndida Argentina
cuyo nombre es armonioso para toda alma latina
y promesa del futuro de la heróica humanidad!
Tú, regada por el Nilo, como mar grande y potente,
que fecunda de tus bravos labradores la simiente
bajo de áureos pabellones del gran sol de Libertad.

Yo he gustado la dulzura de tus pampas florecidas
y los lánguidos ensueños de tus siestas, adormidas
bajo el techo hospitalario de tu rancho original,

mientras iba improvisando su aire raro y caprichoso
que en su lírica guitarra vibrar hace quejumbroso
tu genial bíblico gaucho con su gracia natural.

En tus albas inefables, á su luz suave y escasa,
combatido por el viento que silbando, raudo, pasa
con celosa persistencia por tu grande inmensidad,
sueño antiguo del Centauro con afán he despertado
y en el parche victorioso de mis versos redoblado
al galope de tu potro de indomable agilidad.

Las mujeres de tu raza tienen alma noble, altiva,
y el abismo de sus ojos una luz tan casta y viva
que aun me siento deslumbrado como entonces me sentí...
Con la blanca remembranza de tu plástica opulenta
surge á veces esa imagen que á mi vista se presenta:
¡esa imagen de una dicha ya perdida para mí!

EN EL DÍA DE LA PATRIA

República Argentina, la patria de mis padres,
La cuna bendecida, la cuna en que nací;
Tu nombre fué el primero que balbuceó mi labio,
Mi corazón se expande mirando el porvenir.

Tus glorias son mis glorias. Los nombres de tus héroes
Llevámoslos grabados en nuestro corazón,
Y en este hermoso día, de triunfos inmortales,
Humilde pido al cielo les de su bendición.

Vosotros, los hombres todos que allá en remotas playas
Dejásteis las tibiezas que guarda el patrio hogar,

Para enlazar al nuestro, el valeroso esfuerzo
De todos los que adoran la santa Libertad;

Vosotros, los humildes, nacidos bajo un techo
Donde faltó la lumbre, donde faltaba el pan;
Vosotros, predilectos, mimados de la suerte,
Nacidos á la sombra de espléndida heredad;

Venid, todos y juntos, que aquí somos hermanos
Unidas nuestras almas en santa comunión,
Formemos la más grande de todas las naciones,
Aquella, presentida del bardo soñador.

Que el yunque y el martillo que todo lo ennoblecen,
Emblema sacrosanto de paz y redención,
Entonen por doquiera las dianas triunfadoras,
Aquellas, que al trabajo saludan, vencedor.

Venid, todos y juntos, unidos en la santa
Aspiración que engendra anhelos de ascensión,
Formemos la más grande de todas las naciones,
Aquella presentida del bardo soñador.

PRUDENCIO MONZÓN.

AMOR DE PATRIA

RECITADO

¡Patria mía! tu nombre bendito
Es mi augusta y constante visión,
Y en mis ansias de amor infinito
Te miro en los templos brillar como un sol.

Nada puede apartar de mi mente
Tu imagen grandiosa, tu marcha triunfal,
Y en mi anhelo, señora, ferviente,
Tus frutos geniales, yo pienso vendrán.

Tus alegres campiñas, tu cielo,
Y cuanto el poeta, con estro gentil,
Ha cantado, en su férvido anhelo,
De tu alto, tu noble, tu gran porvenir;

Es mi eterna obsesión, mi delirio,
La brisa sagrada que calma mi afán,
Y me arroba en un dulce martirio
Entre ondas de ritmos y plácida paz.

¿Qué de extraño que en mi alma se sienta
Por tu sol, por tu pampa y tu mar,
Agitada é inmensa tormenta
De ensueño grandioso, de amor sin igual?

Yo que siento con voces triunfales
Cantar á tu gloria del alba al venir,
Y en tus días, también inmortales,
Al pueblo argentino sentirse feliz.

No me puedo quedar impasible
Y á tu dicha me quiero asociar,
Por que aun más que á mi Dios, es posible,
Que en ciertos momentos te quiera yo más.

¡Patria mía! tu nombre bendito
Es mi hermosa y constante visión,
Y en mis ansias de amor infinito
Te quiero en los tiempos más bella que un sol!

***

Á LA PATRIA

¡Patria Argentina! entre el rumor de gloria
Que difunden los ecos de tus dianas
La niñez te presenta sus tributos
Con el candor purísimo de su alma.

Te saluda con fe, porque se siente
Como la luz del sol, pura, sin mancha;
Porque se siente igual, en sentimiento,
A los que dieron á tus sienes palmas.

Oye la voz que tiene la pureza
De la ternura de sus nobles almas,
Que saben sólo amarse y tener bríos
Junto á la imagen noble de la Patria.

Y te recuerdan con ideal cariño
Los hijos que secaron ¡ay! tus lágrimas
Cuando joven, aun, marchar quisiste
Y obstáculos sin fin holló tu planta.

Y yo que tengo sangre de patricio,
Patricia sangre que te diera fama,
Y siento arder la fibra que en otrora
Dió á tus hijos valor, y á tí, pujanza;

Y que en lo grande de tu historia bebo
La nobleza genial de tus hazañas,
Y te veo llegar á las alturas
Con las palmas del triunfo coronada;

Me siento grande, como tú eres grande,
Y te saludo entusiasmado ¡oh Patria!
Con todo el fuego que mi vida alienta,
Con toda la nobleza de mi alma!

A. C. VILLALBA.

Á MI PATRIA

¡Oh! cuna de mi infancia, patria mía
Lumbrera del gran pueblo Americano,
Deja que admire con placer el alma
La espléndida belleza de tus llanos.

Dejad que admire tu sereno cielo
De bellos luminares tachonado,
Y que aspire tus brisas, perfumadas
Con el aroma del jazmín y el nardo.

Y que en las horas del silencio escuche
Del payador el melodioso canto,
Tan lleno de tristezas y recuerdos,
Henchido de cariño y entusiasmo.

Permite que contemple esta llanura
Inmensa como el antro del espacio,
Donde destella inspiración y fuego
El alma del poeta americano.

Deja que vea, en tempestuosa noche,
Al indeciso vislumbrar del rayo,
Al hijo de la pampa, á la carrera,
Montado en su corcel, cruzando el llano.

¿Quién no anhela vivir bajo tu cielo?
¿Quién no desea contemplar tus astros?
... ¡Suelo de amor, de libertad, de gloria,
Cuna de San Martín y de Belgrano!

¡Ah! tú tienes, hermosa patria mía,
Tantos destellos de divino encanto,
Bellezas tan sublimes cual no tiene
La Europa con sus bosques y sus prados.

Por eso el alma mía con orgullo
Te expresa ¡oh madre! su entusiasmo patrio,
Enviándote un saludo cariñoso
En las humildes alas de su canto.

RAMÓN OLIVER.

ODA Á LA REPÚBLICA ARGENTINA

¡Corazón de América y brazo del futuro Americano!
¡Dueña del Sol de Mayo!
¡Madre de luchadores... Patria de corazones!
¡Tierra en que germinan semillas de porvenir!
¡Pampa inmensa donde el sol se expande y los rebaños, el tigre, el avestruz, y el potro tienen su existencia!
¡Matrona de hierro que tuviste por sangre y hierro, tu libertad!
¡Fecunda y misteriosa protectora de las razas del mundo, que pones en cada una de ellas tu germen autóctono!
¡Comodoro de la bandera blanca y azul, que en la escuadra de América, presentas tu sol delante de todas las estrellas!
¡Gloria y amor á tí, ¡oh! Argentina Patria!

*
* *

Un galope de pegasos nuevos anuncia triunfos.

Nación de las naciones latinas... tus hombres de pensamiento como tus hombres de obra, trabajan en siembras de ciudades y de ideas.

¡Has tenido el talismán que ha ahuyentado la guerra!

¡Has podido oponer al águila yankee, tu cóndor!

¡Y tu bella sangre ¡oh! Argentina! comunica su ritmo al vibrar de todo el continente!

*
* *

La estátua de la Libertad está levantada delante de la ciclópea Nueva York; el simulacro de la vida futura de la América Latina, debe levantarse delante de la triunfante Buenos Aires.

Como en el crisol el oro, en tí se juntan y se purifican la sangre y los pensamientos de todos los pueblos.

Como en la pampa el potro, en tu cielo vuela libre el pegaso.

Y la ciudad de los sueños que vienen, y la ciudad de las victorias que vienen, será Buenos Aires.

Tal lo esperan los hijos de la Visión, tal lo aguardan los ausentes de la Esperanza, tal lo miran los ciudadanos y obreros de la Atlántida!

*
* *

¡Gloria y amor á tí!

¡Gloria, por los brillos de tus armas y por el hierro de tus guerreros!

¡Gloria, por los colores de tu pabellón!

¡Gloria, por la fuerza de tu Historia y por San Martín, Belgrano y Moreno!
¡Amor á tí, Nación de las naciones de América!
¡Amor á tí, porque eres nuestra abanderada continental!
¡Porque en tí alienta la santa vitalidad latina!
Y porque en tus palpitaciones ¡oh! corazón de América!—tanto como si fuese un ritmo pitagórico—yo creo escuchar la música del Universo Futuro!

RUBEN DARÍO.

A LA PATRIA

¡Santo amor de la Patria! Tú del hombre
El corazón animas y confortas,
Y de llamas celestes,
Al alma prestas alas
Para subir á la región ignota
A iluminar el pensamiento ciego
Del bien supremo en el divino fuego.
Fuente de luz y vida, tus raudales
Las selvas del salvaje y sus desiertas
Sabanas de esmeralda ardientes cruzan;
Levantas las ideas adormidas
En el cerebro humano,
Y, en grandes obras y en proezas grandes,
Gigante te revelas y te expandes.
Noble es tu religión en tus altares,
Desde el génesis sacro de la idea,
El incienso de su alma poderosa
Ríndete el genio y la razón humana.

Y, en ellos, de purpúreos cambiantes
Lanza sus llamas la flameante pira
Del alma libertad, faro bendito,
Guía resplandeciente de los pueblos
Que, en vano, los tiranos, en su ira
Imponente y reacia,
Arrancar quieren de la cumbre altiva
Del Sinaí de la eterna democracia.
¡La Libertad! Espléndida centella
Que el espíritu enciende
Y fulgurosa los espacios hiende
Desde el Gólgota santo,
Rompiendo de los ciervos la cadena,
Y en negra noche de pavor y espanto
Sumiendo al opresor en vil quebranto,
A tí mi musa llama fervorosa,
Aguila de los cielos, poderosa!
A tí, madre de América gigante,
Luz de su porvenir y su pasado
Que, en tu fúlgido carro de diamante,
Las cumbres has trepado
Del Ande, hasta el Pichincha, victoriosa,
Sellando en Ayacucho gloriosa,
Alta la cien, ceñida de escarlata
La sagrada misión que te dió el Plata!
¡Sagrada, sí! Los pueblos, como el hombre,
Hacen la misma evolución, fijada
Del tiempo en las edades:
Tienen su infancia y pubertad florida,
Y, cuando alcanzan, nobles y viriles,
A tener de su fuerza la conciencia,
La razón misma, la razón ungida,
Les proclama su propia independencia.

. . . .

¡Arriba hijos de Mayo, y aprendamos
A conservar nuestra sagrada herencia!
¡Arriba y á la obra!
¡La fuerza con la fuerza se recobra!
¡Confianza y no temor; á la pelea!
Que hasta el bronce se funde con la idea!

TOMÁS GUTIERREZ.

PATRIA

RECITADO

¡Patria, patria del alma querida,
de mi sueño celeste visión,
yo me arrojo á tus plantas, rendida,
temblando de dicha, temblando de amor!

Yo te adoro también, yo te siento
palpitar en mi ser y vivir,
y en mi pecho, que enciende tu aliento,
solo hay una imagen, la imagen de tí!

Es tán dulce tu nombre, es tan bello
de tu cielo el espléndido sol,
que parece que cada destello
refleja en su lumbre, la lumbre de Dios.

¡Qué dulzura respiran las brisas
de tus ríos, tu pampa y tu mar...!
¡Cuán hermosas no son las sonrisas
que el alba te envía, que el alba te dá!

¿Y esas notas errantes, que cantan
en las liras del aire doquier,
y mil himnos de gloria levantan
que arrullan tu oído, que arrullan tu sién?

Blanca perla que en ondas de espuma
el Atlántico mar escondió,
al buscarla entre gasas de bruma
los besos äureos del äureo sol;

Bella ninfa que el límpido Plata
de corriente apacible y azul,
en sus trémulas olas retrata
radiante de gracias, radiante de luz,

Yo te he oído gritar otros días:
¡Libertad! con tenaz frenesí,
Yo he mirado tus huestes bravías
corriendo á la gloria, corriendo á la lid.

Yo te he visto después delirando
con mirada risueña y gentil
avanzar por el mundo, soñando
con ebria ventura, venturas sin fin.

¡Patria, patria del alma querida,
de mi sueño celeste visión,
yo me arrojo á tus plantas, rendida,
temblando de dicha, temblando de amor!

Carlos M. Puebla.

LA MUSA PATRIA

I

Cuando surgió en el cielo americano,
De la primera aurora libertaria
La esplendorosa luz;—cuando del Ande
Las graníticas cumbres coronaran
Rayos de redención, música augusta
Se alzó á la orilla del grandioso Plata; . . .
Y ceñido á la frente el yelmo heróico,
La Musa de la Patria
Cruzó entonando su canción guerrera
Entre el fragor de las contiendas bravas!
Le ungió la Gloria inmarcesibles lauros;
Y en la sonora lengua de la fama—
Traspasando el desierto del olvido,
En la inmortalidad, plegó sus alas.
Cantores de la lucha,
Tirteos de la lira y de la espada,
Adalides de honor y sacrificios
Que arrojó el heroísmo á las batallas,
Fueron á deponer, como una ofrenda,
Las simbólicas flores ante su ara,
Para rimar en corazones libres
La rebelión suprema de la Patria!

II

Cuando envuelta en tinieblas de infortunios
Cayó la heróica emperatriz del Plata

Bajo el rencor de fratricidas luchas,
Sintiendo desgarrarse sus entrañas;—
Y vió el buitre de horrenda tiranía
Graznar sobre sus vírgenes espaldas,
Huyó la Musa de los nobles cantos
En pos de la fulgencia soberana
Del astro Libertad..., ¡proscripta y triste,
Hacia extranjeras playas,
Vertiendo las prostestas de su lira
Cual si en estrofas convirtiera su alma...!
¡Vibrando como fusta redentora
Que la abyección cobarde flagelara!
...¡Sí! Todas las grandezas y las glorias,
Las insignias más nobles y más santas
Que arrastró el infortunio sobre el lodo,—
El honor de la Patria,
—Se hubieran encerrado
En un girón de su alma!...
Se hubieran confundido en las estrofas
De sus inspiraciones libertarias!...
Se hubieran sepultado
En el mar de una sola de sus lágrimas!

III

La aurora de la paz, noble y fecunda,
Ha clareado en la tierra Americana,
Y en los surcos abiertos del presente
Germinan las futuras alboradas.
La canción de la vida, vibra inquieta...
Y del cordaje de sonoras arpas
El rumor de las luchas del trabajo
Como un canto sublime se levanta!

La Musa de los libres,
La Musa de las lides legendarias,
Que luchó con el arma de sus cantos
Y cantó bajo el brillo de la espada,
Cruza en las turbulencias de la vida
Sembrando flores y secando lágrimas...
Protegiendo al calor del pensamiento
La colosal eflorescencia humana!
Cuando el pueblo, olvidando sus laureles,
En la servil coyunda se degrada,
Ella excita sus nobles rebeldías
Y grita, como á Lázaro: ¡Levanta!
Ella conjura la virtud y el odio;
Los impele á la lid y á la esperanza,
Y, sobre el corazón del pueblo, cruza
Como una heróica redención que canta!

ANDRÉS CHABRILLÓN.

II

SÍMBOLOS

LA BANDERA

EL HIMNO

LA MONTAÑA

EL SOL

LA BANDERA ARGENTINA

ESCARAPELA NACIONAL

La idea del General Belgrano de dotar de un símbolo á la Revolución, no solamente como distintivo de una nueva nacionalidad, sino también como fuerza moral eficiente para los espíritus vacilantes y tímidos, produjo el Decreto del 18 de Febrero de 1812, por el cual el gobierno estableció que: «*La escarapela nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sería de color blanco y celeste*».

LA PRIMERA BANDERA

El anterior decreto, dice el general Mitre: «dió origen á la creación de la bandera argentina», ideada y enarbolada por primera vez en el Rosario—baterías Independencia y Libertad—el 27 de Febrero de 1812 á iniciativa del general Belgrano.

El magno acontecimiento fué comunicado al Gobierno en la víspera de la inauguración, por medio de una conceptuosa y patrióta nota, en que patentizaba la circunstancia, por demás peligrosa, de que ambos combatientes se aprestaran á la lucha con un mismo símbolo: la bandera española.

La fiesta patriótica de la inauguración dió lugar á una sentida é imponente ceremonia cívica, donde los soldados, llenos de santo amor patrio, excitaron sus entusiasmos hasta vi-

var á la Patria y á la Bandera, durante la arenga del Jefe que recorría la línea montado en su caballo de guerra y em-

LA BANDERA ARGENTINA



CREACIÓN DE LA BANDERA ARGENTINA POR BELGRANO
(1812)

puñando en la diestra el asta, sobre la que tremolaba la insignia naciente de los ejércitos nuestros.

El gobierno desautoriza la conducta de Belgrano fundado en que las circunstancias porque atravesaba el país exigían mayor circunspección y medida en los actos del Gobierno y de sus hombres, puesto que la inauguración de una bandera podría destruir los buenos fundamentos con que se desarrollaba la política interior y exterior. No obstante tal proceder, la Revolución contó, desde entonces, con un símbolo propio, condensación de todos los entusiasmos y de todas las glorias del pueblo argentino.

BENDICIÓN DE LA BANDERA EN JUJUY

Con motivo del segundo aniversario del 25 de Mayo, encontrándose el general Belgrano en Jujuy, sin conocimiento de la comunicación de censura del Superior Gobierno, aprovechó el día patrio para proseguir en su afán de ennoblecer el símbolo creado y procedió á hacerlo bendecir en acto solemne. En presencia del Presidente del Cabildo y del pueblo bendijo la enseña el Canónigo Dn. Juan Ignacio Gorriti y devuelta que fué al Barón Holemberg, la colocó éste en el balcón del Ayuntamiento para ser saludada por una salva de artillería. Por la tarde la bandera fué conducida al centro de las tropas, quienes le rindieron honores después de producir su oración patriótica Dn. Antonio Alvarez Jonte.

Al Gobierno no le constaba si el general Belgrano había recibido su anterior desaprobación y tan pronto como llegó á Buenos Aires la noticia de las ceremonias practicadas en Jujuy, le dirigió un nuevo oficio de censura, más enérgico que el primero. Tal comunicación alarmó sobremanera al general Belgrano y en un documento serio y elevado protestó su ignorancia respecto al primer enviado de la su-

perioridad. prometiendo, á su vez, «reservarla para el día de una gran victoria por el ejército», como si acaso presintiera

LA BANDERA ARGENTINA



EL JURAMENTO DE LA BANDERA POR BELGRANO EN RÍO PASAJE
(1813)

que estaban próximas las grandes y gloriosas jornadas de Tucumán y Salta.

JURAMENTO DE LA BANDERA EN SALTA

El ejército patriota había obtenido los triunfos de Tucumán, el 24 de Septiembre de 1812; del Cerrito, por Rondeau, el 31 de Diciembre de 1812; y el de San Lorenzo, por San Martín, el 3 de Febrero de 1813.

El general Belgrano se retiró hacia Salta, en Enero de 1813 y acampó á orillas del río Pasaje el 9 de Febrero del mismo año. La Asamblea General Constituyente inauguró sus Sesiones el 31 de Enero de 1813 y dictó las sabias leyes que todos conocemos.

Belgrano aprovechó entonces el cambio político operado para hacer reaparecer su bandera y la hizo jurar con motivo de rendir obediencia á la Soberana Asamblea Constituyente. El 13 de Febrero el ejército había vadeado el río, y formado en orden de parada hizo que sus soldados le juraran fidelidad. Siete dias después dicho ejército obtuvo la victoria de Salta, el 20 de Febrero de 1813.

ADOPCIÓN DE LA BANDERA

Es evidente que la Asamblea General Constituyente adoptó, aunque en forma táctica, la conducta de Belgrano y con ella la creación de la Bandera Nacional Argentina, si bien no existe decreto alguno que sirva de comprobación histórica.

El Congreso de 1816 reunido en Tucumán estableció, por ley del 25 de Julio, que el distintivo peculiar de las Provincias Unidas de Sud América sería la BANDERA BLANCA Y CELESTE, que se había usado hasta el presente y se usaría en lo sucesivo exclusivamente en los ejércitos, buques y fortalezas.

El Congreso de 1818 reunido en Buenos Aires determinó, por ley del 25 de Febrero, que fuese peculiar de la bandera de guerra un sol al centro en medio de la faja blanca.

LOS COLORES DE LA BANDERA

Los colores de la Bandera Argentina son AZUL CELESTE Y BLANCO.

Alguien ha dicho que solo el color azur ó azul es heráldico; y es el color del cielo sin nubes (léxico oficial). es decir, el color semejante al del cielo cuando aparece límpido y sereno, despejado de manchas ó nubes. Sin embargo el Dr. Estanislao Zeballos sostiene que el color heráldico argentino es el AZUR LIGERO, es decir, «AZUR COMBINADO CON BLANCO».

Los colores AZUL-CELESTE y BLANCO fueron usados por los caudillos populares French y Beruti, con cintas tomadas en una tienda de la Recoba, en los días de la Revolución de 1810; y dichos colores no se tomaron arbitrariamente, tenían su razón de ser en Buenos Aires; pues, dice el general Mitre que fueron popularizados por los patricios, en sus uniformes, desde las Invasiones Inglesas y por eso los adoptó el pueblo como divisa del partido popular. (1) Y rememorando más la tradición en procura de argumentos que robustezcan tal afirmación es del caso decir que los colores AZUL y BLANCO fueron tomados en señal de fidelidad al monarca Carlos IV, quien usaba la Banda celeste de la orden de Carlos III, cuya cruz también es esmaltada en blanco y celeste

Cabe afirmar, pues, que estos antecedentes son fidedignos y por ello lo sancionó así el Congreso de Tucumán, y nó á otros colores pudo referirse el Congreso de 1813.

Por Decreto del 24 de Mayo de 1907, dado por el Presidente de la República Dr. José Figueroa Alcorta, al reglamentarse el uso de la Bandera en el orden militar y civil, como así mismo los colores nacionales, se determinó

(1) Historia de Belgrano, Tomo I. pág. 341 al final.

en el Art. 2.º que «la bandera nacional sería usada con los colores CELESTE Y BLANCO, ordenados por ley del 25 de Julio de 1816, los mismos que corresponden á los cuarteles superior é inferior del escudo.

Resta ahora propagar en los establecimientos de enseñanza, oficinas públicas nacionales, ejército, armada y en general en todo el país, muestras abundantes de los verdaderos colores nacionales á fin de que de una vez se unifique la variedad de dichos colores, en boga por todas partes.

B. L. PEYRET.

NUESTRA BANDERA

Sobre los últimos perfiles de la Pampa, que corta el Paraná, allí mismo se levantó una batería, y en frente, sobre una isla colocóse otra. En hora marcada é inolvidable retumbó el cañón cruzando sus fuegos, que interrumpían el profundo silencio de una comarca ignota y estéril todavía.

Belgrano, en ese momento, alzó la bandera y el sol al ocultarse se fijó en ella.

¡Qué emociones sentirían los que presenciaban el saludo de la «Independencia» y de la «Libertad», al flamear por primera vez la enseña nacional!

No ha vibrado hasta nosotros el ruído de sus palpitaciones patrióticas y la tradición ha perdido la voz, el eco de esos corazones argentinos, pero podemos presentirlo, hoy, que á travéz de los años laten los nuestros con el mismo entusiasmo y á igual diapasón, al evocar la memoria de su creador y al saludarla henchidos de ese fluído misterioso que ligan las almas de los que la aman en la fortuna y la amarían, aun más, en la desgracia.

*
* *

Ella es orgullo en la prosperidad, aliento en la lucha, esperanza en su desenvolvimiento, consuelo en los descensos, púrpura, para la gloria, mortaja del heroísmo, lábaro de redención, encarnación de ideales, de sentimientos, de virtudes, de pasiones, de entusiasmo, alma de los pueblos, que flota con su grandeza y se recoje con sus desgracias.

¡La bandera argentina, nunca fué opresora ni conquistadora, y ha recorrido la América en triunfo, amada por los pueblos de todas las zonas, al marchar cobijando, bajo sus pliegues, legiones de civilización y de libertad!

¡Nuestra bandera ha sido auxiliadora y generosa á todos los rumbos en que, fuera de las fronteras, se precisaba combatir; una llegó hasta el corazón de Bolivia, en manos de su propio autor; otra flameó en las alturas, en manos de un genio más alto aun que el eterno pedestal de su gloria; la última de ellas, en el Perú, cumplió la profecía del Himno Nacional, conmoviendo la tumba de los Incas, y su sombra vigilaba la presencia airosa y viril de los pocos de sus hijos que asistieron á la jornada de Ayacucho.

*
* *

¡Nuestra bandera! ¡Ah!, es la que afirmó Brown sobre el río de la Plata, en Montevideo, en el Juncal y Costa Brava; la que llevó Bouchard por los mares del globo; la que se confunde con el firmamento al tope de nuestras naves.

¡Que sea como siempre redentora, inmaculada y libre; que desde Ushuaía hasta la Quiaca, de los Andes al Uruguay la conserven y defiendan generaciones sin término y que la saluden, respeten y estimen todos los países de la tierra!

ADOLFO P. CARRANZA.

LA BANDERA

Llegan hasta nosotros los ecos doloridos y bárbaros de la guerra; por el honor nacional los pueblos se suicidan; por la libertad de los oprimidos los pueblos asaltan al vecino, tintando con sangre el lugar del holocausto. ¡Abraham! tu Dios es cruel: bendice á los sacrificadores, sopla la hoguera, arroja al aire y al mar en plomo el oro de los pueblos, picotea la entraña del buey que ara, escupe al trabajador, arranca el corazón de las madres y de las novias, y canta himnos á la gloria y á un símbolo: un pedazo de seda que flamea!

Y la industria vence á la guerra. Mellada la espada legendaria, ya no mata sino á los que la manejan. Caballero sin pergamino ni prosapia, el *pioner*, Augusto Vulcano, cincela y templa motores, monta en corrientes eléctricas, huele á fiebre y triunfa con razones de oro, de libres, de espigas y de fierro.

Crimen de lesa-Humanidad, la guerra moderna, con la civilización ó con la barbarie, caiga sobre la opresión, caiga sobre los estadistas ó aventureros que la provocan, caiga la voz de la historia, la sangre de los héroes y las responsabilidades postreras.

Ese símbolo azul y blanco, que es el cielo del sur, la tierra, la montaña, el Plata, la Pampa, un siglo de vida nacional, los campos amarillando de frutos, el aire estremecido con el aliento del vapor, nuestros abuelos que ofrecieron su sangre á la tiranía; este símbolo azul y blanco ya no

es la gloria que mata guerreros: es símbolo de justicia sentimental!

Y vaya un voto republicano: que jamás flamée sino para recordar al gran Hércules, la acción, que debe ejecutar los doce trabajos de la fábula antes de pensar que tiene en sus lares una espada afilada en gloria!

MAXIMIO S. VICTORIA.

LA ORACIÓN Á LA BANDERA

¡Salve, lábaro inmortal, Señora del Campo de las Carreras, Madre fecunda de tres soberanías, que recibiste en los llanos enormes el beso de las auroras radiantes y adquiriste en las cumbres el secreto de las fastuosas tremolaciones; emblema de amor, de benignidad y de heroísmo, que después de recorrer medio continente sembrando ideales y redimiendo pueblos, como si el límite de la propia tierra hubiera sido estrecho para la infinita ondulación de tu seda, —tuviste la suprema virtud de replegarte en el seno del hogar para presidir la vida de una gran raza; y de tal suerte solidarizada con las causas de la humanidad y de la ciencia, que por la una y por la otra capaz fuiste, en día no lejano, de afrontar el desenfreno de los mares y los vientos y grabar la constelación de tus dos colores sobre el espejo virgen de las nieves polares, arrancando al seno helado de la Esfinge un puñado de naúfragos que devolviste á la vida y á la ciencia entre el aplauso unánime del mundo..... Bendita tú eres entre todas las banderas, porque jamas, ungida por la victoria, inferiste á los vencidos un agravio; bendita tú eres entre todas las banderas, porque los llanos y

las cumbres y los Polos, te saben la mensajera sacrosanta de la concordia y el amor... Serás, en los días y las noches del tiempo venidero, el símbolo inmutable de una luminosa hegemonía moral y la paz reinará en tu redor,—que si alguna vez sonara para nos la hora de la sangre y de los clarines,—allá iría, Madre, allá iría el gran ejército custodiando tus purezas invioladas:—el espíritu de todos los héroes de la historia flotando sobre la legión porteña; el alma de San Martín cerniéndose sobre la brigada correntina; el índice del manco Paz dando rumbo á las huestes cordobesas; la voz de Pringles acaudillando á los puntanos; la astucia de Güemes viboreando entre las filas salteñas, y sobre las de los hijos de «el Tucumán» famoso, la imagen de aquel Bayardo que se llamó Gregorio Araoz de Lamadrid, de aquel que tenía el cuerpo cubierto de cicatrices como de calados un encaje de Inglaterra y tan camarada de la gloria, que un día ¡bárbaro! un día, condujo á sus soldados á la muerte cantando vidalitas..... Allá iría, Madre, el gran ejército; y cuando esa gran columna de hombres y de arrogancias se pusiera en marcha,—de abajo, de lo más hondo, como de los cimientos mismos de la tradicción secular, resurgiría, transfigurado acaso por la ciencia militar moderna en un gesto ó en un toque, aquel ¡adelante! á cuyo conjuro nuestros abuelos salvaron la distancia, cubrieron la llanura, treparon la montaña, horadaron la muralla, derribaron la trinchera, desafiaron la muerte y dialogaron con la gloria, en soberbios contrapuntos de heroísmo y heroísmo!....

BELISARIO ROLDÁN.

LO QUE VEO EN MI BANDERA

Arriba, el azul del cielo,
Encanto, paz y consuelo;
Abajo, la linfa grata
Del ancho zafir del Plata,
Y entre estos símbolos grandes,
Sobre un albor de jazmín,
Veo el sol de la victoria,
Cual sobre nieve del Andes
La efigie de San Martín
Que está destellando gloria!

LUCIO ARENGO.

LA BANDERA

INVOCACIÓN

¡Bandera de Belgrano!
Pabellón de los libres, en la historia
de medio continente Americano,
con un sol, como un símbolo de gloria,
para alumbrar el derrotero humano;

¡Blanca y azul bandera!
¡Bandera augusta de la patria grande,
la triunfadora de la lid guerrera,
enseña egregia de una raza austera,
nauta de Plata y Aguila del Ande;

¡Períınclito estandarte!
que sobre el mástil redentor ondeas,
ayer, blasón para el soberbio Marte,
en rudas epopeyas giganteas,
y hoy, bandera de paz: ¡Bendita seas!

GERARDO BARBERÁN AQUINO.

A MI BANDERA

Flamea siempre así, como has flameado
Fuerte en la tierra y alta sobre el mar,
Simbolizando en tus gloriosas franjas
Pureza y honradez, progreso y paz.

Flamea siempre así, cual si quisieras,
Emblema de la santa redención,
Protejer los dominios de la patria,
Cubrirlos con tu paño bienhechor.

Al cuajarse la sangre de mis venas,
Al batirme del tiempo el vendaval,
Sólo un deseo animará mi espíritu:
Bajo tu sombra eterna descansar!

¡Alma de nuestra tierra! Ojalá nunca
Flotes entre el rugido del cañón:
De paz y de progreso eres enseña;
No lo seas jamás de destrucción!

ANDRÉE REAL ZNAFF.

MI BANDERA

¡Qué hermosa es mi bandera
Bandera idolatrada
Que ostenta los colores
Del cielo: azul y blanca!

De libertad y gloria
Inmarcesible página;
Oh, lábaro bendito,
Emblema de la Patria!

Los pueblos oprimidos,
Del Ecuador al Plata,
Tu paso saludaron
Con víctores y palmas.

Doquier los argentinos
Su enseña desplegaban,
¡Huían los tiranos!
¡La libertad triunfaba!

Si un día combatiendo
Sucumbo en la batalla,
¡Dios quiera que tu paño
Me sirva de mortaja!

¡Qué muerte tan gloriosa,
Luchando por la patria!
¡Caer en tu defensa,
Bandera idolatrada!

JORGE A. BOERO.

MI BANDERA

¡Bandera de mi patria! Está completa
La ambición de mi pecho entusiasmado;
Porque para cantarte soy poeta,
Y para defenderte soy soldado!

Doble misión de bardo y de guerrero:
Permite al hijo que en tu amor se inspira
A tus servicios consagrar su acero,
Y á tus hazañas dedicar su lira!

Si estás en paz, ¡bandera idolatrada!
Canta mi lira de la paz la fiesta.
Si estás en guerra, mi fulgente espada
Brilla en mi mano á combatir dispuesta.

El himno vuela, el sable centellea
Con fulgor que ilumina la victoria,
Y ambas fuerzas, las armas y la idea,
Las tengo yó para afirmar tu gloria.

Y si á silbar volvieran las metrallas
En torno de tus bravos defensores,
Que me conceda el Dios de las batallas
Morir bajo tus pliegues bicolores.

Te juro que al caer ¡bandera mía!
Por muerte honrosa, el pecho destrozado,
Aun te podré cantar mi poesía
Con mi último suspiro de soldado!

J. M. GUTIÉRREZ.

Á MI BANDERA

Enseña hermosa, creación sublime,
Adorable ficción que me alucina,
Heróica santidad que resplandeces
En el pecho viril de la Argentina;

Tú eres aliento, inspiración y gloria,
Mágico encanto de genial tesoro,
Página blanca de inmortal recuerdo,
Sublime creación que tanto adoro!

¡Oh enseña hermosa de la patria mía!
¡Oh dulce imagen por la fe cantada!
¡Risueña aurora de fecunda lucha
En el altar del patriotismo alzada!

... Cuando en las horas de amargura y llanto
El pavor de la guerra te envolvía,
El terso luminar que siempre ostentas
En tu azulada faz, resplandecía

Con el mismo esplendor con que se baña
De grana y oro la adorada tierra,
Con el mismo esplendor de las victorias
Que te brindara la incesante guerra...

¡Página blanca de inmortal recuerdo,
Adorable ficción que me alucina,
Heróica santidad que resplandeces
En el pecho viril de la Argentina!

B. L. PEYRET.

Á LA BANDERA ARGENTINA

Todo lo blanco es bello. Blancas eran
las manos de Jesús, y son las alas
de los ángeles blancas; la Inocencia
la Castidad y la Virtud, son blancas.

Del corazón el album borroneado
siempre conserva en blanco alguna página...
blancas son mis ternuras filïales
y la cabeza de mi madre es blanca.

Todo lo azul es lindo. Son azules
los ensueños de amor y las nostalgias...
la quimera es azul, y el terciopelo
del firmamento es un azul que canta.

Azules son las cintas con que adornan
los tiernos payadores sus guitarras;
azul es el jardín de mis amores
y azules son los ojos de mi amada.

Argentina bandera, tú, lo mismo
que el pabellón de mi querida patria,
eres blanca y azul. Por eso te amo,
por eso me arrodillo ante tus aras.

Vibro, al mirarte de entusiasmo lleno,
y una canción de amor brota de mi alma:
¡en tí veo las canas de mi madre
y los divinos ojos de mi amada!

ENRIQUE BUTTARO.

BANDERA ARGENTINA

Eres la fuerza divina
Que al alma quita el marasmo,
Eres la flor de entusiasmo
De la gran selva argentina;
Desde la cúspide andina
Trajo para tus grandezas,
Aquel sable de proezas
Que manejó San Martín,
Todo un tesoro sin fin
De glorias y gentilezas.

Lábaro santo y hermoso
Que prodigas libertad,
Progreso, amor, igualdad,
Lo que es grande y generoso;
Por tí me siento orgulloso,
Pedazo del cielo mío,
Ya flotes dándole brío
A nuestro ejército en tierra,
O en la paz como en la guerra
Te luzca al tope un navío.

Tú no eres sólo una enseña
que gloria y virtud propala,
Tú eres á extraños el ala
Que en cobijarlos se empeña;
Como una lengua sedeña,
Cuando flameas al viento,
Decirle al mundo te siento
Que en este suelo argentino

No existe un pecho mezquino
Ni un menguado pensamiento.

Amplia como el infinito
Y el mar que fiel lo retrata,
Eres un grito de plata
Entre dos cielos escrito;
Joyel sagrado y bendito,
Inspiración de Belgrano
Que en connubio soberano
De turquesas y diamantes
Simbolizó dos gigantes:
El cielo y el oceano.

Bandera que no se arría,
Ni deserta, ni se mancha,
¡Flotas al viento más ancha
Cuando alguien te desafía!
Jamás la noche sombría
Tinieblas pondrá en tu paso,
Porque entre franjas de raso
Luces, augusto pendón,
A guisa de corazón,
Un sol que no tiene ocaso!

Eduardo L. Arengo.

A MI BANDERA

¡Oh! tú, bendito pabellón hermoso,
magno girón del cielo de mi patria,
que enseñando un pedazo de ese cielo,

tienes como él sus tintas azuladas;
bajo tu sombra,
tu sombra amada,
cómo se ensancha el corazón de gozo,
cómo se inunda de entusiasmo el alma!

Orgullo de mi patria, cuán soberbio
el sol de Mayo y Julio se levanta,
lleno de majestad, de entre los pliegues
de tu celeste y blanco; cuánta, cuánta
pureza encierras,
bandera amada,
tú, la por siempre ornada de laureles
en los gloriosos campos de batalla.

El cielo te prestó su azul sereno,
su pureza te dió la luna blanca,
el sol grandioso, sus fulgentes rayos,
y todo el corazón y toda el alma
los que á tu sombra,
tu sombra amada,
lucharon como bravos y patriotas
para mantenerte incólume y sin mancha!

¡Cuánta grandeza encierras y con letras
de sangre de valientes, cuántas páginas
puede escribir en tí la augusta gloria
que, testigo de innúmeras jornadas
bajo tu sombra,
tu sombra amada,
vió caer al soldado valeroso,
morir sonriente por la augusta patria!

¡Oh! cuán grato será, bandera hermosa,
girón del corazón, bandera amada,

hacer el sacrificio de la vida
y caer sin alientos á tus plantas,
        bajo tu sombra,
        tu sombra amada,
recibiendo al morir por solo premio
tus pliegues bicolores por mortaja!

M. A. L.

LA BANDERA

Vedla flamear en la altura,
insignia de vencedores,
cuando al viento sus colores
tiende con triunfal bravura.
Ved como su sol fulgura
del pampero á la pujanza,
y como, cuando la alcanza
dulce el aura en manso vuelo,
parece un jirón de cielo
ciñendo la altiva lanza.

La diseñó la alborada
mostrando en sus vagos tules,
fosforescencias azules,
nieblas de luz argentada...
Era la seña deseada,
que surgía con la aurora!
La claridad redentora
que dió fin al vasallaje,

confiando al patrio coraje
la espada libertadora.

Por dar con su encumbramiento
pórtico á la nueva historia,
tendió el sol arco de gloria,
en el claro firmamento;
magnífico ascendió y lento
al cenit de la alta esfera,
y fundiendo la extranjera
cadena con su áureo rayo,
al caer la tarde de Mayo
fué á incrustarse en la bandera.

Ya de ese oriflama dueño,
quiso el pueblo hazañas grandes
y lo llevó hasta los Andes
buscando un trono en su sueño;
tenaz en el brioso empeño,
hecho invencible legión,
en homérica ascensión
la falda escaló glorioso
y en la frente del coloso
clavó altivo su pendón.

Ondeando en tal baluarte,
sobre heróicas muchedumbres,
con armiño de las cumbres
atavió el nuevo estandarte;
iba á orear de parte á parte
los campos del continente,
y la ráfaga indolente
al mecerlo en su amplio vuelo

bañó en azules de cielo
el cendal resplandeciente.

Tuvo así, la patria enseña,
luz de astros, cielo y nieve;
y cuando el aura una leve
sonrisa en ella diseña,
al desplegarse risueña
sus símbolos abre al viento;
la fe del épico aliento
canta el sol, haz de victoria,
y el azul habla de gloria
y el blanco es paz y contento.

Ese es el leal pabellón
que no dió ni halló reposo
hasta cumplir, generoso,
de un mundo la redención;
el que en la bélica acción
tremola fiero y audaz,
y el que ondulando vivaz
celebra con su agasajo
las conquistas del trabajo
y los triunfos de la paz.

Saludemos descubiertos
la insignia que alta tremola,
dando á las cunas aureola
y dulce sombra á los muertos;
la que cruzó los desiertos
y fué en lo alto azul visión;
la de la heróica excursión,
la de histórico destino.
¡El estandarte argentino!
¡El bicolor pabellón!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

LA BANDERA DE LOS ANDES

(*En el centenario del nacimiento de Mariano Moreno*)

FANTASÍA

I

La inmensa cordillera Americana
Con su cumbre bordada de volcanes
Y picos de granito,
Donde rujen torrentes y huracanes
En las húmedas grutas del abismo,
Como un genio sombrío se levanta
En la vasta región del infinito.
La nevada melena de los Andes
Se pierde entre las nubes azuladas
Del ancho firmamento;
Y en las crestas heladas,
Sólo se oye el acento
Del silboso huracán que se retuerce
Arrastrado por rápidas cascadas.
Como sierpes de plata,—los torrentes
Dc anillos colosales,—van saltando
Por las hondas quebradas,
Los gritos disonantes imitando
De la salvaje fiera encadenada,
O la voz del Pampero cuando cruza
Por entre el bosque secular bramando.
¿Quién osará trepar la enhiesta cumbre
Que azota con el ala silbadora

El vendabal sañudo del estío?
¿Quién cruzará el abismo donde llora
Con murmullo bravío,
El torrente que horrísono se estrella
En el peñasco lóbrego y sombrío?...

II

Los tercios Españoles escucharon
Algo como el rumor de la marea
En las ondas del aura vagarosa
Y al combate volaron.....
Era la *vil ralea*
Que escalaba la cúspide escarpada
De la vieja montaña,
Con la enseña de Mayo desplegada.
Era la raza esclava
Sumergida en abyecto vasallaje,
Que su vuelo de condor ensayaba!
La raza gigantea,
Que á rescatar la libertad robada
Por el obscuro y rudo coloniaje,
En desigual pelea
A su opresor tiránico retaba!
Los volcanes del Ande que dormían
En su cárcel de rocas, encendieron
Sus penachos de llama,
Cuando en la cumbre vieron
Surgiendo de celajes de oro y grana
La bandera gentil azul y blanca,
Emblema eterno, de una eterna idea,
¡La sacrosanta libertad humana!
La innoble Cordillera
Envuelta en su ropaje de neblinas,

Miró pasar las huestes altaneras
Que escalando los riscos y colinas,
En multitud extraña,
Gigantesca avalancha semejaban,
La ladera al bajar de la montaña.
¿Quién podrá detener en la carrera
Al Héroe que fulmina las venganzas
De América cautiva?
Inútil valla formarán las lanzas
En Bailén vencedoras y Albufera:
Que en la cuesta inmortal de Chacabuco
Dobló la frente la legión Ibera.

III

En el ronco fragor de la batalla
Como nube de gloria se agitaba
La celeste bandera
Que redujo á girones la metralla.
Chacabuco la vió cómo se alzaba
Entre cantos é himnos de victoria
En las filas del libre, fulgurante,
Envuelta por las ráfagas de gloria.
Por medio continente Americano
Paseó triunfante con marcial estruendo,
Ora de Maipo, en el egregio llano,
Ora en la invicta Salta, en Putaendo,
¿Y en qué acción, ¡oh! bandera idolatrada,
No has tremolado altiva y vencedora?
¡Que lo diga la grey usurpadora
En Tucumán y Salta, debelada!
El carcomido muro
Del palacio feudal de los Virreyes,
Cayó al empuje rudo
De los esclavos y civiles greyes

Que la coyunda vil despedazaba.
Y en la derruída almena
Sobre trofeos de cadenas rotas,
La bandera del Ande, tremolaba!
Las tropas de la Iberia, pavorosas
En confuso desorden se alejaban
Escuchando los salmos de victoria
Que los libres cantaban
Y el oceano en las ondas procelosas
Con su murmurio eterno repetía
El eco rudo de la lid bravía.

IV

Allá en las costas del inmenso oceano,
Amarrado al horrendo coloniaje,
Un pedazo del suelo americano
Acongojado y mísero gemía.
San Martín recibió la honda querella
Que le enviaba el esclavo
En el fúlgido signo de una estrella.
Se ve ondular gallarda
La bandera del Ande, vencedora,
De una nave en el mástil elevado,
Que con ligera proa
Desgarra la diadema
De alba espuma del piélago salado:
La nave redentora,
Que los pueblos de América miraron
Como un nimbo de luz de nueva aurora...
Truena el cañón con lúgubre estampido
Del régio alcazar contra el viejo muro
Y todo se estremece conmovido:
Y el trono deslumbrante de Pizarro

Cayó por la metralla derruído,
Y encima de las ruinas, ondulante
El azul pabellón flameó bizarro!

V.

Sólo una vez el pabellón del Ande,
Esa enseña de honor que simboliza
De la victoria la epopeya grande,
Ese ídolo del libre en la batalla
Que llenó con su fama el mundo entero,
Cayó á las plantas de la ruín canalla,
Por la traición cobarde del Ibero! (1)
Y una pobre mujer, una africana,
De Moyano el infame corifeo
En la traición villana
Logró salvar la bicolor bandera,
Quitando á los traidores el trofeo...
¡Santa mujer! ¿Do te hallas este día?
Porque quiero besar tu augusta mano
Que borrara con noble bizarría
Lo mancha de la enseña de Belgrano.
¿A dónde estás, adónde?—¡Yo lo ignoro
Y al llorar este olvido,
A los héroes modestos que han caído
Por la patria cual tú, les canto y lloro! (2)

(1) Sublevación del Callao, 3 de Febrero de 1823, encabezada por un pardo traidor el sargento Dámaso Moyano, que entregó á nuestros leales soldados á la causa española en los castillos del Callao, aprisionando por sorpresa sus jefes y oficiales, y enarbolando el pabellón del rey.

(2) En esta sublevación la bandera del ejército de los Andes fué salvada por un pardo Sarmiento, sargento de la música del batallón N°. 8 quien escondió el glorioso estandarte en el fondo de la petaca poniéndole un forro encima, y al morir le dijo á su mujer, que cuando se rindiera la plaza lo entregase al primer jefe del ejército de Buenos Aires con quien hablara. Esta negra, modelo de fidelidad, de patriotismo y de honradez, fué quien comunicó al General D. Tomás Guido que en su poder estaba la enseña victoriosa.

VI

Después de la victoria
Y las dianas marciales,
Y el hurrah del esclavo redimido;
Envueltos en las brumas del olvido
Cayeron esos símbolos triunfales,
Herencia inmarcesible de la gloria...
Pero un día los Andes escucharon
Relinchar el bridón de nuestra tierra,
Que un airoso guerrero cabalgaba
Y al viento los girones desplegaba
Del estandarte que trepó sus sierras
Y ante el cual los virreyes se humillaron. (1)

VII

Allá del hondo y turbulento océano
Que en roncos sones sus dolores canta
Con estrépito augusto soberano,
De su lecho, una sombra se levanta,
La sombra del excelso ciudadano,
El alma generosa de Moreno,
Que desgarra el sudario de las olas
Ráuda surgiendo de su móvil seno,
A saludar el pabellón radioso
Que torna á sus cuarteles victorioso!

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

---

(1) Fué el general Guido el que condujo hasta Buenos Aires el glorioso emblema de las glorias nacionales, entregándole al gobierno.

EL HOLOCAUSTO POR LA BANDERA

Falucho

Negro patriota que rinde su vida en defensa de la bandera argentina

Una capitulación firmada por el general español don José La Mar, el 19 de Septiembre de 1821, hizo que los Castillos del Callao cayeran en poder del General San Martín. Desde entonces formaron su guarnición los restos del Ejército de los Andes, libertados de Chile y el Perú, el Regimiento del Río de la Plata, los batallones 2 y 5 de Buenos Aires, los Artilleros de Chile y dos escuadrones del regimiento de Granaderos á Caballo.

Estos valientes guerreros que tantas veces habían combatido en favor de la independencia americana, tuvieron, sea por lo que fuere, su mal cuarto de hora y conspiraron sublevándose en la noche del 4 de Febrero de 1824, empañando con este criminal atentado el brillo de sus pasadas glorias.

Entre otros cabecillas los sargentos Moyano y Oliva, pertenecientes al regimiento Río de la Plata, hijos el primero de Mendoza y el segundo de Buenos Aires, encabezaron aquel movimiento que, si bien al principio no fué sino un simple motín de cuartel, desde que al tope del torreón seguía flameando la bandera argentina, se convirtió, sin embargo, en una sublevación alarmante por la indisciplina, el desorden y la alta traición que encarnaba; y todo debido á la astucia del coronel español, José María Carriego, prisionero de las Casas-Matas del Castillo, que aconsejó á los cabecillas del motín la substitución de la enseña libertaria por el pabellón real de la antigua metrópoli.

En la madrugada del 7 de Febrero, olvidando los sublevados que, por sobre los intereses personales y las aspira-

raciones de caudillo estaban los de la propia patria y el pensamiento por la independencia, violaron sus juramentos de fidelidad y amor á su bandera, prestándose á los consejos del coronel prisionero.

Un intrépido negro, llamado Antonio Ruiz, conocido entre sus camaradas con el renombre de *Falucho*, hacía la guardia en aquella hora al pié del asta bandera, cuando algunos de los motineros le intimaron la orden de presentar el arma á la bandera del Rey, que iba á izarse en la fortaleza en el mismo sitio en que había ondeado la bandera argentina.

Falucho era también de los amotinados; pero amaba intensamente á su patria, de la que nunca fué traidor. Por eso se sorprende ante la humillación que importaba enarbolar el mismo estandarte «contra el que combatía después de catorce años y exclama: «Yo no puedo hacer honores á la bandera contra la que he peleado siempre». Se resiste y le obligan, calificándolo de ¡Revolucionario! á lo que contesta: «Es malo ser revolucionario pero peor es ser traidor»; y como insisten y le amenazan, y como es imposible convencerle de que tal imposición no es una deslealtad, ni una traición hacia su bandera, toma el fusil por el caño, lo levanta á lo alto y con ademán heróico lo hace pedazos contra el asta.

¡Se había revelado para morir en manos de sus propios camaradas! Momentos después solo un grito, nacido de lo íntimo, repercutió por las murallas de la fortaleza, un «¡Viva Buenos Aires!», seguido de una descarga de fusilería que atronó el ambiente de aquellos lugares, testigos de una alta prueba de sublime valor y heroísmo que pugna contra la cobarde venganza de sus verdugos.

Cayó vencido ante la audacia insolente de unos cuantos malos hijos de la patria; pero la historia ha recogido su nombre y su acción para ejemplo de la posteridad, y la justicia póstuma le ha levantado su monumento nacional en la plaza «San Martín» de Buenos Aires, frente al del héroe de

la independencia americana; monumento que fué iniciado por el dibujante argentino Juan Blanco de la raza de Falucho, y se inauguró el 9 de Mayo de 1897.

He aquí como el General Mitre describe la ejecución de Falucho. (1)

«Los ejecutores de la traición, apoderándose inmediatamente de Falucho le intimaron que iba á morir y haciéndole arrodillar ante la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron á quemaropa sus armas al pecho y á la cabeza. Todo era silencio y las sombras flotantes de la noche aun no se habían disipado. En aquel momento brilló fuego de cuatro fusiles, se oyó una detonación: resonó un grito de ¡Viva Buenos Aires! y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruído sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho que caía gritando: ¡Viva Buenos Aires! «¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar en el corazón de un soldado tosco y obscuro!».

«Así murió Falucho, como un guerrero digno de la República de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios y cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao, fué necesario pasar por encima de su cadáver. Se enarboló al fin, pero salpicada con su sangre generosa; y aun tremolando, orgullosamente, en lo alto del baluarte, el valiente grito de ¡Viva Buenos Aires! fué la noble protesta del mártir contra la traición de sus compañeros».

---

(1) "Páginas de Historia" — MITRE — Pág. 3.

EL NEGRO FALUCHO

Duerme el Callao. Ronco són
Hace del mar la resaca
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción
Porque alejarle quisieron,
Un negro, de los que fueron
Con SAN MARTÍN, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho, erguido y gentil,
Echando al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde su sueño adorado
Le aguarda, triste y llorosa;
Y en Buenos Aires la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte á su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas,
Agudo y áspero ruído:
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva á Fernando;
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha,
Sus compañeros de lucha,
O si está loco, ó soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares caía,
Cuando Falucho que ansía
Dar un viva á su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones
Izó, nervioso, á tirones,
La azul y blanca bandera.

—«¡Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte,
Si á tus piés está la muerte,
A tu sombra muera luego!»
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín;
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido;
Y en la torre quedó erguido
El negro de SAN MARTÍN.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
En tropel los sublevados.
Ven á Falucho, y airados
Hacia él se precipitan;
«¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola!»...
Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entretanto,
La oscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.

Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
—¡Enarbolar ÉSA yo
Cuando AQUELLA está en su puesto!»...
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: «No!»

Con un acento glacial
En que la muerte predicen,
—«Presenta el arma le dicen,
Al estandarte real».
Rotos por la orden fatal
De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en sus brazos
Con un rugido de fiera,
Y contra el asta-bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La infame turba, excitada,
Gritó: «¡Muera el insurgente!»
Y, asestados al valiente,
Cuatro fusiles brillaron...
—«¡Ríndete al Rey!» le intimaron;
Mas como el negro exclamó:
—«¡Viva mi Patria, y no yo!»
Los cuatro tiros sonaron.

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado,
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja,
Alegres dianas la caja
De los traidores batía;

El Pacífico gemía
Melancólico y desierto;
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

RAFAEL OBLIGADO.

EL HIMNO NACIONAL

OID MORTALES

«Oid, mortales, el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad,
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono á la noble igualdad».

Todos hemos oído esta estrofa una y cien veces en la escuela, en el hogar, en las plazas; se ha unido á nuestros primeros pasos en la vida, ora sublimada en voces angelicales de infantiles coros, ora traducida en viriles al par que dulcísimos acentos de magistrales orquestas; háse conservado fresca siempre, atrayente y hermosa, en medio de las amargas desilusiones que moderan los entusiasmos del joven, modificando sus gustos, cambiando su carácter; y lo mismo que cuando niños, igual que en la adolescencia, *Oid mortales...* dice hoy el Himno, y nuestro corazón se dilata, nuestra alma se ensancha, nuestro espíritu se conforta, nuestra mente enmudece y admira.

¡Estrofa bendita, impulsora de alegrías tan puras y tan grandes, evocación siempre viva del valor, la abnegación, y el heroísmo desplegados en la época aquella de nuestra redención inolvidable... Bendita eres!

ISAAC R. PEARSON.

EL HIMNO NACIONAL ARGENTINO

TRADICIÓN

La primera pieza poética de caráter patriótico genuinamente criolla que conocieron nuestros antepasados, allá por los albores de la Revolución, fué la «Canción Patriótica» de Esteban de Luca, la que, sin duda alguna, fomentó con éxito en el corazón de la juventud argentina el santo amor á la Patria.

Pero, no obstante el entusiasmo con que se la cantara llegó un día á no satisfacer del todo las aspiraciones populares, á propósito de las primeras victorias de las armas ar-



Dr. VICENTE LÓPEZ Y PLANES

gentinas. Y fué entonces que surgió la necesidad de un canto más monumental y solemne que rememorase las glorias militares de los ejércitos de la Patria.

Los poetas de aquellos tiempos consideraron un deber del patriotismo contribuir con su inspiración y su talento á la formación del gran canto de la Patria, y en brillante justa

literaria, terciaron, entre otros, Fray Cayetano Rodríguez, Vicente López y Planes y Esteban de Luca.

El Dr. López y Planes fué el privilegiado de las musas; pues, de su numen artístico brotó la «Marcha Patriótica» que las generaciones presentes conocemos con el nombre de HIMNO NACIONAL ARGENTINO.

Por documentos de la época y relato de sus descendientes, sábese que el Dr. Vicente López escribió los versos de nuestra Canción Nacional en su propia casa, la que hoy lleva el número 533 en calle Perú, de la ciudad de Buenos Aires, la misma en que nació, el 3 de Mayo de 1785 y falleció el 10 de Octubre de 1856. La posteridad conserva como reliquia histórica, asociada á la tradición del Himno, la mesa de caoba sobre la que fué escrito, el tintero y el portapluma usados para mismo acto.

El doctor López, había compuesto ya «El Triunfo Argentino», poema del tiempo de las Invasiones Inglesas, cuando produjo la «Marcha Patriótica».

Es versión unánimemente aceptada la de que el Dr. López compuso su poesía después de haber excitado su inspiración en la Casa de Comedias, donde los actores del tiempo daban «Antonio y Cleopatra» de Ducós.

En aquellos días el teatro era la frágua del entusiasmo donde los patriotas templaban su espíritu y lo fué hasta 1818. Es posible que salió inspirado de allí y aquella misma noche volcó sobre el papel las octavas de su canto. Se dice que la pasó en constante agitación y labor. Leyó y releyó sus versos; su entusiasmo su excitación, no le permitieron enmendar los débiles de que algunas estrofas se resienten.

Al día siguiente, como Rouget de Lisle, buscó á sus amigos De Luca, Juan José Paso y García y les leyó su borrador, arrancando en ellos las primeras lágrimas del entusiasmo que debía hacer surcar por rostros argentinos la canción patria.

LECTURA DE LA POESÍA

En la sesión del 11 de Mayo de 1813, de la Asamblea Ge-



EL HIMNO ARGENTINO

V. LOPEZ Y PLANES LEYENDO SU COMPOSICIÓN DEL HIMNO ARGENTINO (1813)

neral Constituyente, el doctor López leyó su poesía siendo frenéticamente aplaudido.

En aquel instante fué declarado por aclamación, «la única Canción de las Provincias Unidas del Río de la Plata», la «Marcha Patriótica», compuesta por el Diputado á aquella Asamblea, Dr. Vicente López y Planes. De esta manera fué como la Constituyente se declaró jurado de un certamen poético con el propósito de añadir una fuerza más á los empeños de la Revolución.

Un decreto firmado por don Juan Larrea, como presidente y por don Hipólito Vieytes como secretario, oficializó la Canción Nacional. Tan luego como se sancionó su uso se mandó imprimir por primera vez, por la Imprenta de los Niños Expósitos.

SIGNIFICACIÓN DEL HIMNO

El Himno Nacional Argentino, es nuestra historia desde la Revolución hasta el día en que fué escrito. Anuncia el advenimiento de los americanos, sus sufrimientos del pasado y sus gloriosas conquistas de la época; mientras que presenta al concierto de los pueblos libres á la «Nueva y gloriosa Nación», «coronada su sien de laureles», libres del mundo que á su vez responden: «Al gran pueblo argentino salud».

El himno profetiza lo que sería nuestro país en el porvenir, y lo señala heróico y fuerte para igualarlo al coloso que, á manera de Roma antigua que se hizo señora del mundo, se había hecho señora de América.

El Himno, en su letra, es también la primera declaración de la Independencia. Tiene gran significación como canción guerrera y en su última estrofa, al referirse al voto del pueblo, alguién ha dicho que fija un concepto claro sobre política:

«Al gran pueblo argentino salud»

El *pueblo argentino* eran todos los pueblos que simpatizaban con las ideas de Mayo y luchaban por ellas; eran los

territorios adyacentes á los grandes estuarios del litoral: el Paraná, el Paraguay, el Uruguay, y el Plata, que tenían á la cabeza á Buenos Aires, foco de monarquía contra la que era preciso combatir.

La canción de López surgió también afianzando los propósitos de la Unión Nacional que sirveiron de fundamento á la declaración de la Independencia.

LA MÚSICA DEL HIMNO

El autor de la música del Himno Nacional Argentino, es el español don Blás Parera, amigo íntimo y compatriota de don Juan Larrea que le protegió hasta su huída á Colonia, por la persecusión que le hicieron otros españoles exaltados.

El himno se ensayó por primera vez en casa de la señora María Sánchez de Thomson y es notorio que el poeta Luca leyó los versos allí mismo la noche del 14 de Mayo. El Sr. Thomson había ejecutado en su clavicordio el himno que David cantaba al arpa, marchando ante el Arca Santa, cuando substituyóle Blás Parera en procura de algún motivo musical que diera margen á su inspiración. Elaboró su composición y días después se cantaba en casa de la señora Isabel Casamayor de Luca.

Tales ensayos, dieron margen á una posterior audición en el gran salón de actos públicos del Consulado, á la que concurrieron un selecto grupo de damas y caballeros.

Al sentirse los primeros acordes todos se pusieron de pie expontáneamente y así escucharon aquella música con devoción y respeto.

La noche del 25 de Mayo de 1813 se cantó en la «Casa de Comedias», acompañado al piano por Blás Parera y al año siguiente al pié de la Pirámide de Mayo, levantada en la Plaza de la Victoria. En seguida se incorporó á la «Escuela de la Patria», y al ejército.

Tres años después, fué cantado en Chile — la noche del 16 de Febrero de 1817—en un suntuoso sarao dedicado al ejército vencedor en Chacabuco.

La instrumentación para Bandas de Música militares la hizo el Inspector de las mismas, de Buenos Aires, don Pablo M. Berutti; y se oficializó según decreto alusivo del Presidente doctor Quintana, en Junio 1.º de 1905.

Tal es, en síntesis, la historia del Himno Nacional Argentino.

B. L. PEYRET.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Sancionado por la Asamblea General Constituyente el 11 de Mayo de 1813

De la copia certificada que existe en el Archivo Nacional y que fué ordenada por el Superior Decreto de la Asamblea para que la siguiente canción sea en las Provincias Unidas, la única MARCHA PATRIÓTICA. (1)

I

Oid, mortales el grito sagrado
Libertad, Libertad, Libertad,
Oid el ruído de rotas cadenas
Ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra
una nueva gloriosa nación
coronada su sien de laureles,
y á sus plantas rendido un León.

(1) Conserva la ortografía con que fué escrito.

Sean eternos los laureles
q' supimos conseguir
coronados de gloria vivamos,
ó juremos con gloria morir.

II

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
la grandeza se anida en sus pechos
á su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor,
lo que vé renovando á sus hijos
dé la Patria el antiguo esplendor.

Sean eternos los laureles, etc.

III

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor,
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furór.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel,
sus Estandarte sangriento levantan
provocando á la lid más cruel.

Sean eternos los laureles, etc.

IV

¿No los véis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz?

¿Y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los véis sobre el triste Caracas
luto, llantos y muerte esparçir?
¿No los véis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

Sean eternos los laureles, etc.

V.

A vosotros se atreve Argentinos
el orgullo del vil invasór:
vuestros campos ya pisa cantando
tantas glorias hollár vencedór.
Más los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostenér,
á estos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponér.

Sean eternos los laureles, etc.

VI

El valiente Argentino á las armas
corre ardiendo con brío y valór,
el clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se opone á la frente
de los pueblos de la ínclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al Ibérico Altivo León.

Sean eternos los laureles, etc.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Canto

Coro

Lento

Vivace

VII

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
la Colonia, y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos que dicen
aquí el brazo Argentino triunfó,
aquí, el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló.

Sean eternos los laureles, etc.

VIII

La victoria al guerrero Argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado á su vista el tirano
con infamia á la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos á la libertad
y sobre alas de gloria alza el Pueblo
trono digno, su gran majestad.

Sean eternos los laureles, etc.

IX

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite mortales Oid:

Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud,
y los libres del mundo responden
al Gran Pueblo Argentino Salud.

Sean eternos los laureles, etc.

Buenos Aires, 13 de Mayo de 1813.—Es copia.

DR. BERNARDO VÉLEZ.

NOTA — En el tomo I del Registro Oficial de la República, que comprende el período de 1810 á 1821, se encuentra inserta esta copia del Himno Nacional, certificada por Don Bernardo Vélez, secretario del Gobierno Intendente.

ANTE EL HIMNO

INVOCACIÓN

¡Canción sublime que despiertas en el alma de los argentinos el sentimiento de los nobles entusiasmos!

¡Plegaira bendita que brotas del corazón, apasionada y ardiente, cual si fueran á reunirse en tí todas las aspiraciones y todos los amores!

¡Tú, que eres esperanza, alegría, y orgullo del pueblo generoso cuyas glorias cantan tus sublimes estrofas, inspírale para que siga por siempre rindiendo culto á la Ciencia, á la Justicia y al Trabajo; para que la Libertad, eterna redentora de los pueblos, tienda sus alas protectoras bajo el cielo sin nubes de la Patria!

¡Oh! canción sublime! que despiertas en el alma de los argentinos el sentimiento de los nobles entusiasmos!.... Elévate siempre así, melancólica y tremante, llena de esas vibraciones nacionales que repiten, en el altar de los héroes, el el grito sagrado: ¡LIBERTAD!

B. L. PEYRET.

EL HIMNO NACIONAL

Por encargo de la soberana Asamblea Constituyente, el Doctor Vicente López y Planes compuso ese canto patriótico, al cual el pueblo denominó «Himno Nacional».

Leído en la sesión pública del 11 de Mayo de 1813, fué en ella aclamado, con aplauso unánime, declarándose solemnemente que de allí en adelante sería el único que se cantaría en las festividades cívicas.

Pocas veces se ha interpretado tan fiel y elocuentemente los sentimientos y el anhelo de un pueblo, como lo hizo López en la feliz inspiración de tan noble poesía. Una sola opinión ha predominado á su respecto: la opinión nacional. Hasta ese canto inmortal no han llegado las pasiones de los partidos políticos, y de padres á hijos se va trasmitiendo la sublime unción y el entusiasmo con que se ha escuchado siempre por los argentinos.

La música que de manera tan conmovedora y admirable se armoniza á sus vibrantes estrofas, fué compuesta por el maestro Blás Parera, y por primera vez ensayada en casa de la familia de Luca, que dió á la revolución uno de sus poetas más notables.

Es el gran salmo de la patria que se entonará en los tiempos, mientras que la bandera azul y blanca sea el símbolo de una nación independiente y libre.

MARIANO A. PELLIZA.

EL HIMNO NACIONAL ARGENTINO

El Himno Nacional es la voz de la patria; pide gloria; en sus vibrantes y apasionadas estrofas palpita ese sentimiento purísimo que dá vida á los pueblos, rescatando sus sagrados derechos del oscuro fondo de la tiranía impuesta por el error y la ignorancia.

Es el soplo divino que animó á nuestros guerreros cuando con heróico brazo libertaron nuestra patria; es la chispa fecunda del fuego sagrado que incendió los corazones de San Martín y Belgrano; es el eco potente de millares de voces que repiten el hosanna á la Libertad, don celestial por el cual un ciento de generaciones ha derramado su sangre generosa.

Lo adivina el tierno infante que descansa en la blanda cuna, cuando, tendiendo sus brasitos á aquella que le dió el ser, pronuncia la palabra mágica: ¡Madre! Palpita en ésta, cuando estrechándolo entre una y otra caricia exclama: ¡Hijo mío! Y lo saben de memoria la vírgen y el anciano, la matrona y el adolescente, pues sus inefables acentos arrullaron el sueño de su edad primera, recordándoles su tierra, su hogar, las felices horas pasadas al abrigo de la familia. horas luminosas é indelebles.

El genio protector de la patria inspira su fecundo anhelo, y al celebrar los altos hechos de los héroes naciona-

les y el indomable brío de los campeones, proclamando la inquebrantable resolución de defender el territorio á costa de la vida misma, encarna el sentimiento más noble y puro que encierra el alma humana.

Sus acentos maravillosos hacen palpitar gozosa á la Diosa del gorro frigio que, con lijeras manos, teje verdes coronas para ornar la frente de sus hijos inmortales; y cuando la celeste armonía de sus estrofas vibra en los espacios repetidas por las voces mil de la naturaleza, hasta las piedras se levantan para oponer valla infranqueable al osado violador de nuestros lares.

El Himno Nacional es salmo sagrado que escucharemos con el alma, ¡de rodillas, mientras que la bandera azul y blanca represente á la faz del mundo un pueblo grande, noble y libre.

M. Castilla Portugal.

ANTE EL HIMNO

En la tarde de un 25 de Mayo.

Cae la tarde y los corazones argentinos se levantan, caldeados por la gloria jubilosa de su sol, que traspone el lejano horizonte, envuelto en la áurea pompa de la resurrección histórica de su símbolo.

Hemos vivido otra vez los instantes supremos del alumbramiento nacional y el espíritu de la patria, corporizado en su grandeza heróica, ha acariciado nuestras frentes y apasionado nuestras almas.

Acabamos de escuchar las voces de la generación batalladora, tallada para la empresa sobrehumana, vibrantes co-

mo el acero de sus armas, luminosas como la lumbre de su sol, videntes como una profecía, y son las voces del Himno que nuestros inmortales abuelos saludaron el año trece, en días hermosos en su angustia; serenos en su fé; viriles en su inquebrantable designio de sacrificio; gloriosos en su alto ensueño; triunfadores en sus hazañas de epopeya; relampaguentes en su aurora de milagro y de victoria! Ellos lo cantaron en toda su soberbia belleza de rebelión y de virilidad, con las armas en las manos! Nosotros escuchamos sus estrofas mutiladas, como si el alto ideal de su Musa, arrancado por las tempestades del año X á las cumbres de la Revolución, rodando por caminos de olvido, hubiera desgastado sus aristas bravías de combate, y disipado en el ambiente enrarecido sus perfumes de abnegación y amor á la Patria! Ellos lo cantaron al pié del obelisco sagrado de la Plaza de Mayo, en toda la integridad de su pensamiento y de su letra. Nosotros, como abrumados por el peso de la herencia deslumbradora,—jornaleros cansados sin fatigas—lo balbuceamos sin aliento, y es que falta al cuadro el rugido del León que canta con el Cóndor, en el simbolismo de la heráldica revolucionaria de Mayo, la gloria de la progénie y del hogar común, levantando sobre el horizonte del Mundo y de la Historia, la excelsitud de la raza, amasada con esplendores de Numancia y Zaragoza, y púrpura triunfal de Chacabuco y Maipú.

Escuchemos esas voces del Himno que vienen del pasado glorioso, con las palpitaciones de la bandera sagrada de la Patria que cruzó por el campo de batalla armada de la espada de San Martín, agitando los vivientes pliegues de su paño con el aliento divino de su cólera guerrera y la serena magestad del Arcángel vengador.

Escuchemos esas voces con el corazón, no con vanas exterioridades, que tienen palabras en los lábios y silencio en las almas! Hagamos, de hoy más, la pública profesión de la más noble pasión que agitó la mente humana. Di-

gamos que sobre todos los cariños, sobre todas las abnegaciones, sobre todas las creencias está el culto de la Patria y sus símbolos, que todo lo comprenden en su divina excelsitud, desde el hogar á la libertad, y que en todas partes y en todos los momentos, con la viril y sincera firmeza de las viejas altiveces argentinas, gritamos nuestra pasión, á la manera que los primitivos cristianos confesaban su fe, que dió á la Cruz el triunfo de su moral y á la conciencia humana las armas de la Ciencia y de la Libertad.

J. AMADEO BALDRICH.

ANTE EL HIMNO

Levante el libre su frente
Y el bien levante su altar,
Pues se siente resonar
De la Patria en el ambiente,
Las notas de estro valiente
De la canción nacional;
Que en ese canto triunfal
Mientras se cuentan victorias,
Van desfilando las glorias
De una legión inmortal.

Cante quien ame su suelo
Las estrofas de ese canto,
Que si en la tierra es encanto
Es alegría en el cielo;
El rememora el desvelo
De los héroes fenecidos
Y acaricia los oídos

Como esa música santa
Que á la vez arrulla y canta
Junto á los niños dormidos.

Sus fajas al viento tienda
El pabellón gualda y rojo
Junto al rival de su arrojo
En la pasada contienda;
Y juntos alcen su tienda
Del trabajo en la campaña
Los hijos de la montaña
Que el negro cóndor domina,
Y los que en tierra argentina
Recuerdan su patria: España.

Surja el sol que el alma invoca
Y bañe al pueblo en su rayo,
Que esa luz es luz de Mayo,
Que ennoblece cuanto toca.
Del Andes brille en la roca
Y del mar en las arenas
Mientras calienta en las venas
Del joven y del anciano
La sangre del pueblo indiano
Que destrozó sus cadenas.

Y abata el odio su frente
Y el bien levante su altar,
Pues se siente resonar
De la Patria en el ambiente
Las notas de estro valiente
De la canción nacional;
Que en ese canto triunfal,
Que á la vez arrulla y canta,
Se narra la historia santa
De nuestra lucha inmortal.

ALEJANDRO CARBÓ.

LA MONTAÑA

ANTE LAS CUMBRES

¡Andes! ¡Montaña excelsa de la Patria, en la que el genio de la libertad ha escrito la página más inmortal de nuestra historia!

¡Muralla ciclópea, única digna de trazar la valla secular de una gran nación, cuya otra orilla muere en el mar, otro coloso como tú!

¡Espalda altiva del continente en que viven cien pueblos libres, jóvenes y vigorosos!

Por la primera vez los de este lado de tus cumbres gigantescas te miramos angustiados y entristecidos, anonadado nuestro espíritu por la infranqueable arrogancia de tus pavorosas moles graníticas, á las que corona el manto inmaculado de tus eternas nieves!

Tú, que has sido siempre nuestro orgullo, avivas en este mento nuestro dolor, pues como ayer pudiste impedir el arrebato de la explosión impremeditada y hóstil, hoy te interpones dura y fría, entre el grito de muerte de nuestros hermanos, y el afanoso sentimiento de piedad que nos empuja en masa á su socorro.

Nada ha quedado en pié á lo largo de tus senderos que bordan los obscuros abismos.

La palabra del hombre que ayer corría por hilos deleznables á través de tus gargantas pavorosas, ha sido ahogada en la avalancha formidable de tus flancos desmenuzados.

Un estremecimiento de tus nervios de pórfido, en medio á tu profundo sueño secular, ha bastado para desgranar ciudades labradas por el genio del arte, la influencia del bienestar, la preponderancia del comercio.

Y nosotros que oímos este supremo grito de espanto que surge de esas ruinas, y que quisiéramos volar hacia allá con

nuestras manos extendidas, nos detenemos atónitos ante la inmensa grandeza de tu maza de piedra, á la que besan, humillándose las nubes del cielo.

¡Ande eterno!, recuerda que fuiste colaborador de nuestra libertad, en aquellos tiempos en que los cóndores de tus cumbres sirvieron de guía á nuestros capitanes para consagrar en toda la extensión que dominas la independencia sudamericana.

No nos cierres ahora el camino de nuestra piedad, de nuestro amor, de nuestra solidaridad en la grandeza como en el infortunio.

Ya que tienes un alma de fuego que ruge en este momento quién sabe qué incásicas protestas por la boca de tus volcanes, abre el camino de la parábola bíblica, entre este pueblo que acaba de desbordarse en la alegría, y aquel otro que gime en el dolor.

Que el cristo que nuestra fé y nuestra nobleza ha eregido en el pedestal magnífico de tus alturas no alce en vano la cruz redentora, entre el grito de angustia y el generoso arranque del auxilio!

GRIFO.

MONÓLOGO DEL ANDES

Yo fuí testigo del Advenimiento... Mi lomo está timbrado por los cascos de la gran caballería.

Hoy resonaron dianas entre mis rocas, como si el libertador hubiera sembrado clarinadas allí y esta siembra de ruido se recogiera al fin de la primera centuria... Yo fuí testigo del Advenimiento.

Era una mañana luminosa. El sol, como una inmensa pupila absorta, se había arrimado á mis picachos para ver de cerca la epopeya, y tan bajo se vino, que las bayonetas en marcha arrancaban pedazos de discos y se embanderaban de astro.. Hubo un momento en que el gran Capitán se detuvo y miró: arriba de su cabeza no estaba sino Dios; á sus piés estaba el mundo. Y la falange argentina siguió marchando; y cuando cruzaba las hondonadas, los abismos se llenaban de libertad... De pronto interrumpió en la llanura un estruendo inaudito, un estampido colosal hecho de todos los ruidos, hecho de pólvora, de grito, de imprecación, de lamento, de clamoreo, de protesta, de blasfemia, de rebeliones, de rupturas, de retumbos; de redobles, de rugidos, de rayos y de rabia,—una sinfonía bárbara que pobló mi nada, pegó en mis cumbres, repercutió en mis rocas, gruñó en mis desfiladeros y rugió en mis abismos; una sinfonía bárbara que acabó por aguzarse en una última nota vibrante y metálica,—una última nota que rebotó de soslayo en la arista de una cumbre y voló hacia arriba, como si fuera el mensaje destinado á llevar al solio del Eterno el parte sideral de la victoria...

Después... un resplandor rojizo se divulgó por los cielos y hasta las criptas más tragicamente negras de mi entraña se tiñeron de esa misma coloración.. ¡Era que toda la sangre argentina derramada en el valle, acababa de izarse en el espacio para constelar en aurora la aurora de un nuevo día, la aurora de un mundo libre, por cuya inmensidad estremecida corrió el nombre del redentor acaudillado por los vientos, llamado por los mares, saludado por los bosques, bendecido por las selvas y ungido por las almas; y como si en su contacto con cumbres y con águilas, las alas de una, simbólica y magnífica, se hubieran prendido á sus dos flancos de criatura épica, aquel hombre y aquel nombre volaron por toda la órbita de la América libertada!

BELISARIO ROLDÁN.

EN LOS ANDES

En los bloques de granito—donde arrullan aquilones
á la nieve que florece como un lirio colosal—
hay grabada una leyenda que aun admiran las naciones
y fué escrita por un pueblo de prestigio universal.

Cuando el cielo se enguirnalda con sus rosas aurorales
esos bloques sinfonizan ¡como estátuas de Memnón
y remedan en sus sones á las dianas inmortales
que en América resuenan con gloriosa vibración.

Y esos ecos repercuten en el antro más obscuro
reavivando las cenizas del recuerdo del ayer,
cual si fueran los acentos misteriosos de un conjuro
altas sombras de guerreros levantando por doquier.

Son los héroes portentosos que ilustraron nuestra historia
los que se alzan cual visiones de los Andes en redor
y pretenden con sus sombras renovar en mi memoria
el más grande de sus hechos con magnífico esplendor.

Vedlos! Van en escuadrones—que ya pueblan la llanura—
las períncitas hazañas de otro tiempo á recordar...
¡La leyenda de los Andes á escribir sobre la altura!
¡La feliz independencia de tres pueblos á invocar!

Se oye clara voz de mando: la ascensión empieza entonces,
vibra dianas victoriosas el patriótico clarín;
lucen rosas de la aurora los aceros y los bronces
y va al frente el Héroe, el Grande: don José de San Martín!

Su bandera—¡Oh, bendita mi bandera!—resplandece
más brillante que la gloria que le brinda su arrebol.

Como un angel va subiendo... ¡mi bandera se parece
á un pedazo azul de cielo que en su centro tiene al sol!

Los marciales batallones á la cumbre se encaminan
—cual titanes que escalaran el Olimpo en otra edad—
á encender allí la antorcha cuyas luces ya iluminan,
á encender allí la lumbre de divina libertad!

Los famosos granaderos aguijonan sus bridones
y al subir van entonando de la patria la canción:
«*Oid mortales*»—dicen ellos—mientras ruedan los cañones
y tremolan en la altura su simbólico pendón.

Cuando llegan á lo excelso los rodea un tibio rayo
—que semeja el nimbo de oro de la testa divinal—
y en el cielo de la patria fulgurando el sol de Mayo
muestra al mundo su progreso, cuya pompa es sin igual.

Y es sublime el cuadro entonces que en la cima se despliega
—maravilla que no puede reflejar ningún pincel—
el ejército glorioso que al peñón más alto llega
va á lanzarse de los Andes á otros llanos en tropel!

Un altar hay en la cumbre—y ante el ara sacrosanta,
dnode el noble patriotismo su fulgor hace brillar—
la bandera de los libres argentinos se levanta
y los héroes se arrodillan entre un nimbo aurisolar.

Como nube de un incienso de eucarística blancura
sobre el cuadro se condensa de la Patria el santo amor
y resuena—del «Te Deum» con la mística dulzura
la inmortal acción de gracias del concurso triunfador.

En los bloques de granito la visión desaparece,
en el cielo más hermoso nuestro sol se ve lucir
y alumbrada por la antorcha que en los Andes resplandece
la Argentina va alcanzando su brillante porvenir.

José Cibils.

EL PASO DE LOS ANDES

FRAGMENTO

¡Ya están sobre las crestas de granito
fundido por el rayo!
¡Ya tienen frente á frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto;
abajo, en las salvajes hondonadas,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
¡Ya relincha el caballo de pelea,
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
¡El desierto sin límites doquiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules á lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta, argentina cordillera
como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia
De pié sobre el coloso de la tierra?

Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fé del que á la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
¡se lanzó por las ásperas gargantas
y le siguió rugiendo el torbellino!

OLEGARIO V. ANDRADE.

LOS ANDES

I

Como astro despeñado
De un cielo de borrascas,
Allá va ese Titán! Sigue su huella,
Cual ronca tempestad legión sagrada!
Y al cruzar por las crestas de los Andes,
En fuego el alma y la pupila en llamas
Parecen peregrinos de los Cielos,
Bajando con un Sol en sus banderas,
Que es el Dios vengador de sus abuelos!

Jinetes en tropel siguiendo al héroe,
Gemelo de los Andes en el alma,
Se dirían los genios del abismo,
Escoltando al Señor de la Montaña!
Y él, el Gigante!... la inspirada frente
Coronada de rayos y de palmas;
Recuerda un semidiós nadando en gloria,
Que audaz se lanza á redimir un mundo,
Llevando en sus banderas, la Victoria!

¿Quién alienta á esos bravos? ¿De qué cielo
Ese raudal pujante se desata,
Desbordándose en triunfo en las llanuras,
Como un torrente de grandeza humana?
¿Dónde van como en alas de relámpagos,
Resplandeciendo al brillo de sus armas?
Ah! que reviente en flores su sendero!
Van á ser libres! libres en la tumba,
O libres como el soplo del Pampero!

II

Oid! oid! estruendo formidable,
Entre nubes de incendio se levanta,
Algo como el desplome de los Andes,
Rodando entre el fragor de sus borrascas!
Se diría las almas de dos mundos,
Que chocándose estallan,
Y abrasadas en cóleras sangrientas,
Con gritos de huracán y voz de trueno,
Despiertan en su seno á las tormentas!

Ellos son! los verdugos y las víctimas,
Que en carnicera rabia
Producen el estrépito grandioso,
Revolviéndose en noches de metralla!
Salvajes en sus iras se arremeten,
Con el empuje de olas inflamadas,
Y al estrellarse en bárbaro delirio,
CHACABUCO se alumbra con los fuegos;
Con sus cuadros de heroísmo y de martirio.

III

Paso al Libertador! paso á los héroes!
Que en saltos de cascada,

Torbellino de acero, se derrumba,
Sobre la hueste hispana,



BATALLA DE CHACABUCO — VICTORIA DE SAN MARTIN
(Febrero de 1817)

Van siguiendo al Titán, que en triunfo lleva
La bandera sagrada,

Y que abrazado al sol de sus desvelos,
Aparece tronando en la batalla,
Como el Dios vengador de sus abuelos!

Ciegos de su furor, rugiendo locos,
Se arrojan sobre llamas
A sofocar en boca de los bronces
El rayo matador de sus entrañas!
De lo alto de las cumbres con algunos,
Como tronchadas palmas!
Y abatiendo pendones castellanos,
Trombas de libertad cruzan los otros,
Arrebatando esclavos y tiranos!

IV

Himnos al vencedor! vertiendo sangre
Palpita el corazón de la montaña,
Y tres siglos cautivos allí expiran,
Dando un grito supremo de venganza!
Cachorros de león despavoridos,
Al abismo se lanzan,
Y el carnicero Rey de sus pendones
Abatida la crín, descoronado,
Espera entre sangrientas maldiciones!

Sagrada Libertad! triunfos tan bellos,
Hubieron de anegarse en una lágrima!
Lágrima inmensa de traidora, noble,
Que entre gemidos recogiera el alba!
Pero bajó el coloso á la llanura
Y en Maipú obtuvo tan brillante hazaña,
Que heridos en su base de diamante,
Orgullosos los Andes se empinaron
Para aplaudir la gloria del Gigante.

V

¡Salve sombra de luz! Cóndor que vuelves
A tu nido de palmas,
Argentino relámpago de gloria,
Que aun brillas á través de tu mortaja:
Como guardia de honor, sobre las olas,
La libertad te aguarda,
Y envuelto en la bandera que lo escuda,
Con la potente voz de sus cascadas.
Inclinándose un mundo te saluda!

Llega el espíritu audaz! Fénix glorioso
Que venciendo á la Nada,
De tu noche de polvo te despiertas,
E inmortal resplandeces en el Plata.
Ah! llega peregrino de ultratumba,
Como un Sol de esperanzas!
Y centinela de tu propia gloria
Alzate aun sobre los altos Andes
Y allí vele contigo la Victoria.

JUAN CRUZ VARELA.

I.

EL SOL

SOL DE MAYO

El sol del invierno, después de una noche de intenso frío, se levanta con sus lumbreras apagadas, dejando ver solamente un inmenso globo rojo, como masa de hierro encandecida, y se anuncia con un leve destello que va á dorar la cúspide del Famatina. Las nubecillas madrugadoras que han ido á agruparse por verle salir, se tiñen de oro pálido y se ribetean de fuego. Ellas nos anuncian la aparición majestuosa, cuando su tinte se convierte en llama; nuestros pechos se agitan como fraguas; ya aparece el punto rojizo sobre la sierra que lo vela á nuestra vista; el viejo tambor siente correr una lágrima por las mejillas y ahoga el llanto con un redoble frenético, una diana que conmueve y electriza á la tropa; la banda de música empieza la introducción solemne, y mientras cien gargantas le envían el saludo armonioso, al mismo tiempo que las descargas de la fusilería recuerdan las primeras de la Independencia.

¡Oh, sol de mi patria, con cuánta grandeza y sublimidad apareces sobre las altas cumbres de la América, de cuyos habitantes primitivos fuiste Dios y Genio protector, fuente purísima de sacrificios, de heroísmos y de amores inmortales! ¡Cuán imponente y avasalladora es tu presencia, allí donde reina la madre naturaleza, donde son templos las selvas vírgenes, dónde los cóndores parecen símbolos de destinos ideales, obscurecidos por nubes sangrientas! Te he visto tantas veces asomar la faz centelleante al rumor de los himnos infantiles, sobre el valle humilde y el hogar bendito de mis padres, que hoy núblanse mis pupilas recordando que en todo aquel cuadro que iluminabas entonces, sólo hay un lugar vacío, como nido abandonado, y es la casa paterna donde aprendí á

amarte, donde ensayé mis cantos de Mayo, donde me vestía de blanco y celeste para correr á arrodillarme á tu salida. Núblanse, sí, mis ojos cuando en medio de días amargos te he visto aparecer sobre una tierra muda é indiferente á tu belleza y á tu historia, pero saludado por los acordes de la montaña y de la llanura, de armonías, de palabras y de sentimientos eternos. Séame dado volver á descubrir mi cabeza sobre la cima de la montaña que sombrea mi terruño nativo, ante tu aparición fantástica, el día de la gloria argentina! Y pueda también tu luz colorear el follaje del sauce que cubra mis huesos, en el pobre cementerio de mi aldea!—

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

III

FECHAS MAGNAS

EL CENTENARIO

25 DE MAYO

9 DE JULIO

EL CENTENARIO

EL DIA DEL CENTENARIO

Tengo para mí, y ojalá me haya tocado en suerte pregustar una verdad infinta—que las emociones del centenario próximo van á determinar entre nosotros un inesperado y súbito proceso de homologación social. El colono extranjero más inmune á las saturaciones del país, izará ese día al tope de su cabaña, por virtud de una volición casi inexplicable para él mismo, orgullosamente y en medio de la progenie enardecida, el pabellón de la república... Apoderarse de ese fenómeno para traducirlo en orientaciones inmediatas, sería la obra de ilustres directores. Y urge pensar en ello por que pisamos ya los umbrales del onomástico. Un año más, y como un trasunto magnificado del que brilla en los cielos, el sol de nuestra bandera marcará, en la explosión triunfal del júbilo argentino, la opulencia gloriosa de su minuto meridiano... Será aquél un día inmenso. Y no incurramos en la vulgaridad de alistarnos entre los que se desviven por la falta de preparativos: nuestro temperamento los va á reemplazar con ventaja; somos un país de repentes caudalosos; y después de todo, para conmemorar un hecho histórico que no tuvo anterioridades coordinadas, que no tuvo caudillo, y que, por no tener, ni á tener llegó el vil metal, de indispensable actuación en las jornadas presentes,—más y mejor que pomposos ceremoniales preconcebidos es dejar al pueblo soberano que se eche á la calle é improvise el festejo de la propia manera como el otro se echó de la plaza é improvisó la libertad de América...

Será, no lo dudemos, un día inmenso. Será, por lo radiante y por lo vasto, un día á la vez ecuatorial y bíblico.

Todo el Nuevo Mundo levantará la cabeza para mirarnos; y las viejas civilizaciones habrán de trazar, para vernos bien, una línea visual de perfecta horizontalidad. Estaremos investidos de cumbre. El alba de aquel día se desplegará sobre el caro suelo como un beso propiciatorio; de las florestas lejanas, llegará un murmullo solemne.

Será aquel, repito, un día inmenso. Exhumadas de los museos y carcomidas por el tiempo, volverán á doblar las mismas campanas que cien años antes tocaron á rebato; y el propio son metálico á cuyo conjuro vibró la aldea, embriagará de patria á la metrópoli... Flotará en el espacio un frescor de cumbre sagrada. Entre los ruidos del regocijo, habrá minutos de un silencio solemne. Seis millones de hombres estarán conjugando sus corazones en un solo latido. La muchedumbre, por instinto, mirará hacia arriba, como procurando definir en líneas precisas el motivo de sus evocaciones fervorosas, y le parecerá que vé, materialmente, pinceladas fragmentarias del drama épico... ¡Es primero un punto, luego una nube, aquello que aparece de pronto en la cresta de una loma, turbando como con una mancha la blancura de los cielos; aquello que aparece de pronto en la cresta de una loma, que avanza, crece, se agiganta, se precipita, llega, embiste, horada, mata y pasa, en una tan prodigiosa armonía de hombres y corceles, de cascos, crines y penachos, de aceros luminosos como pupilas y de ancas trémulas chispeando bajo el sol, que se echa de menos la detonación que debió preceder al disparo de aquél formidable proyectil de carne y hueso: es San Martín que carga en Chacabuco; San Martín, que en el momento de la incertidumbre suprema, ha hecho á un lado el catalejo, con que estaba quemando las espaldas de la infantería entreverada, ha desnudado el sable y se ha puesto al frente de un escuadrón de granaderos que van á hacer rayar sus redomones en los umbrales mismos de la gloria, signando con su sangre y con su triunfo el alegato más gigantesco que por la libertad humana

haya subscripto jamás la espada de un guerrero en todos los días vividos de la vida universal!

La muchedumbre creerá ver, repito, como esbozadas en lienzos inasibles, las escenas salientes del drama glorioso; y los bien amados de su corazón, los varones insignes que complementaron muy luego la obra magna, aparecerán también; y como si un telón se hubiera descorrido, asomará de pronto, allá en la altura, la mansa, la profunda, la evangélica fisonomía de Mitre; y ante la presencia solidaria de sus dos predilectos, pensarán las multitudes, en una última fórmula definitiva y concreta, que el héroe de los Andes, fué el Mitre de la epopeya y Mitre el gran capitán de las instituciones... Estaremos asistiendo á una como enérgica consagración de soberanía. La imagen de los hombres del Cabildo abierto, difundida por el cromo ofrendario, presidirá con severidades de estampa sagrada, la mesa larga de los hogares patriarcales; é imagino la cara vieja de nuestros padres, de los que viven aún, al levantar la copa para beber por la patria en la íntima cena de familia, teñirse de un jubiloso resplandor desconocido como si la aurora de la república, que ellos pudieron ver de cerca en su niñez, se derramara de nuevo en aquel instante sobre el plateado bendito de sus canas... Todo parecerá grande á nuestro alrededor. Los versos del himno, que ahora no llegan hasta nuestra emoción, porque tropiezan en nuestra literatura, asumirá ese día una majestad desconocida; y el pueblo repetirá augustamente, como poseído de unción sacerdotal, las palabras legendarias: «Oid mortales el grito sagrado»... «Coronada su sien de laureles»... «Desde un polo hasta el otro resuena»... y parecerá que asume tonalidades de trompeta bíblica la voz argentina y fuerte que se levanta sobre las otras para decir:

¡Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo argentino, salud!

BELISARIO ROLDÁN.

EL 25 DE MAYO

SALUDO AL 25 DE MAYO

He aquí uno de esos días soberanos que llevan la cerviz tan erguida que mandan descubrirse é inclinar la cabeza á los que los encuentran en el discurso de la vida, días de origen plebeyo que amanecen ignorados y por la tarde andan ya en boca de la fama, á la noche encabezan los anales de un pueblo y al día siguiente van á sentarse entre las notabilidades que representan el progreso de la humanidad.

Quitad este día á la historia de Sud América y seis repúblicas desaparecen, cien batallas se ahorran, mil héroes tornan á ser hombres vulgares, la colonia española se os presenta de nuevo como el agua tranquila y pútrida, de un ciénago sin fin, y monótona como la superficie pálida del desierto.

Compatriotas: ¡salud, pues, al 25 de Mayo!

DOMINGO F. SARMIENTO.

SIGNIFICADO DEL 25 DE MAYO

El 25 de Mayo de 1810, condensa, para el pueblo argentino, el principio consagrado de la soberanía popular.

Traducidos en palabras sencillas, todos los discursos, notas y actos de aquellos días, podríamos presentarlos así:

—Queremos Patria, para nosotros y para nuestros hijos; queremos la libertad como un derecho conquistado con nuestros esfuerzos; queremos edificar, bajo el seguro de nuestros bienes

y vida, nuestros hogares; tener la conciencia y la responsabilidad de nuestras obras.

Así hablaron los patriotas en nombre del pueblo: y los representantes de la monarquía, creyendo satisfacer ampliamente los deseos de aquel grupo de iluminados, contestaron:

—*Accedemos; tendréis el Cabildo abierto: nosotros mismos vamos á formarlo, pues, queremos que vengan todos en ayuda. Vamos á citar á los vecinos de «figuración y suelo».*

—*No*—replicaron los patriotas—*todos los que viven en este suelo, pobres ó ricos, y participan de nuestros afanes, de nuestras amarguras y alegrías, son nuestros hermanos y queremos que decidan de nuestra suerte.*

Esta es la esencia revolucionaria del movimiento de Mayo.

J. MANUEL EIZAGUIRRE.

EL MOVIMIENTO DE MAYO

SÍNTESIS HISTÓRICA.

Las invasiones inglesas de 1806 y 1807, produjeron resultados de orden militar, comercial y político:

1.º Los criollos, organizados en cuerpos militares, se iniciaron en la guerra para su emancipación;

2.º Se abrió el ventajoso comercio con Inglaterra;

3.º Se ahondó la división entre criollos y españoles que debía fecundar la independencia del territorio del Río de la Plata.

Los criollos estaban favorecidos por Liniers, y los españoles acaudillados por Alzaga en Buenos Aires, y por Elío en Montevideo, rompieron las hostilidades con motivo de la jura que debía hacerse al rey Fernando VII, á punto tal, que la Junta de Montevideo acusa de traidor á Liniers y éste hace lo mismo contra Alzaga y Elío, autor aquel de la conspiración fracasada.

En consecuencia la Junta de Sevilla nombra Virrey á Baltazar Hidalgo de Cisneros, en reemplazo de Liniers, y bajo este gobierno se desarrolla y triunfa la Revolución.



La Invasión Inglesa — Su entrada en Buenos Aires (1806)

Los patriotas esperaban la noticia de la caída de España en poder de Napoleón, hecho que favorecería la cau-

sa de los criollos, lo que no tardó en suceder; y no obstante, Cisneros encontró á bien ocultar tan alarmante noticia, se decidió al fin hacerla conocer en una sentida proclama que el historiador V. F. López ha llamado «proclama rogativa».

Los trabajos se iniciaron desde entonces con toda actividad y entusiasmo de parte de los patriotas que se reunieron ora en la quinta de Orma, ora en la jabonería de Vieytes ó en casa de Rodríguez Peña.



DON CORNELIO DE SAAVEDRA

EL DIA 19, la revolución empezó á manifestarse y los patriotas colocaron la iniciativa emancipadora bajo la autoridad del Cabildo. Reunidos por la mañana y siendo necesaria la presencia del jefe de los patricios, comandante don Cornelio Saavedra, ausente en San Isidro, postergaron la reunión

para más tarde, y de aquella cita del honor y del deber surgió la resolución de que irían Belgrano y Saavedra á confe-



25 DE MAYO

LA NOCHE DEL 25 DE MAYO DE 1810, EN CASA DE RODRÍGUEZ PEÑA.

renciar con el Alcalde Lezica, y Castelli con el Síndico Leiva á fin de tomar en consideración aquel estado de cosas.

EL DIA 20, los comisionados cumplieron su misiva y de la entrevista celebrada entre Lezica, Leiva y el Virrey, éste

25 DE MAYO



LA GRAN ASAMBLEA DEL CABILDO ABIERTO.
(1810)

accedió á la convocación de un Congreso General, que era lo que se deseaba, cubriendo las apariencias con una nota en que

el Cabildo se lo pediría. Esta decisión virreynal, significaba un triunfo para los patriotas y así lo entendió más tarde Cis-



NEGATIVA DE SAAVEDRA DE ACOMPAÑAR AL VIRREY CISNEROS.
(1810)

neros, cuando reunió á los cuerpos de la guarnición para valerse de las fuerzas y revocar la autorización acordada.

EL DIA 21, se reunió el Cabildo á puerta cerrada, y pronto se agolpó un grupo considerable de personas á la plaza mayor, gritando: ¡Cabildo Abierto!, ¡Cabildo Abierto!

EL DIA 22, se reunió el Congreso Popular, compuesto de lo mejor de Buenos Aires, y acordó: 1.º La cesación del Virrey; 2.º La delegación del Gobierno en manos del Cabildo hasta nombrar la junta que debía gobernar en nombre de Fernando VII.

EL DIA 23, el Cabildo encarga del Gobierno á Cisneros acompañado de Castelli y de Saavedra. El virrey acepta; pero los comandantes de las tropas le resisten, y por un bando se le declara cesante encargándose al Cabildo del gobierno interino.

EL DIA 24, el Cabildo, abusando de sus facultades, designa presidente á Cisneros y vocales al presbítero Solá, al abogado Castelli, al comandante Saavedra y al comerciante Inchaú.

El pueblo y los patriotas se disgustaron por el nombramiento de Cisneros, porque al fin habían sido engañados, y á las diez de la noche se reunieron los miembros de la Junta para acordar ideas sobre lo que acontecería el 25.

EL DIA 25, fué el propicio para consagrar aquella revolución, vencedora tan sólo con amor y espíritu patrio, donde no se hizo armas, ni hubo sangre, porque parece estuvo reservada para más tarde.

Reunido el Cabildo, el tumulto crecía en sus alrededores como un mar embravecido, cuando Leiva se volvió á los cabildantes y les dijo: «No hay más remedio, señores, que consentir». Ya el pueblo no solamente quería la caída del virrey sino el gobierno propio, para evitar la contra revolución.

Surgió luego, la Primera Junta, cuyo nombramiento fué saludado con repiques de campanas y salvas de artillería, como era costumbre en la época, y el pueblo aplaudía frenéticamente al pié de los balcones.

Tal fué la primera constitución política del pueblo argentino.

25 DE MAYO



EL PUEBLO ANTE EL CABILDO. — 25 DE MAYO DE 1810.

La Revolución de Mayo nació como una revolución local y tenía estos dos objetivos: la *Independencia*, esto es la crea-

ción de una nación soberana, y la *Democracia,* esto es, la constitución de un gobierno propio, cuya fuente de autoridad residiera en el pueblo.

EL JURAMENTO.

Propuesto al Cabildo el personal de la Junta Gubernativa, fué citado éste, para prestar juramento. Acto contínuo, y siendo la hora del crepúsculo, dicha Junta pasó á la fortaleza para tomar posesión de la residencia de los representantes de la soberanía española, siendo presenciado el acto por una multitud de personas del vecindario y saludado con salvas de artillería y repiques de campanas.

LA PROCLAMA.

LA JUNTA PROVISIONAL GUBERNATIVA DE LA CAPITAL DEL RÍO DE LA PLATA Á LOS HABITANTES DE ELLA Y DE LAS DEMÁS PROVINCIAS DE SU SUPERIOR MANDO, PROCLAMA:

Tenéis ya establecida la Autoridad que remueve la incertidumbre de las opiniones, y calma todos los recelos. Las aclamaciones generales manifiestan vuestra decidida voluntad; y sola ella ha podido resolver nuestra timidez á encargarnos del grave empeño á que nos sujeta el honor de la elección. Fijad pues vuestra confianza y aseguraos de nuestras intenciones. Un deseo eficaz, un celo activo, y una contracción viva y asidua á proveer por todos los medios posibles la conservación de nuestra Religión Santa, la observancia de las Leyes que nos rigen, la común prosperidad y el sostén de estas Posesiones en la más constante fidelidad y adhesión á nuestro muy amado Rey y Señor Don Fernando VII y sus legítimos sucesores en la corona de España: ¿No son éstos vuestros sentimientos? Esos mismos son los grandes objetos de nuestros conatos. Reposad en vuestros desvelos y fa-

tigas; dejad á nuestro cuidado todo lo que en la causa pública dependa de nuestras facultades y arbitrios; y entregaos á la más estrecha unión y conformidad recíproca en la tier-



EL FUSILAMIENTO DE LINIERS ORDENADO POR LA JUNTA REVOLUCIONARIA.

na efusión de estos afectos. Llevad á las Provincias todas de nuestra dependencia, y aun allá, si puede ser, hasta los últimos términos de la tierra, la persuación del ejemplo de vues-

tra cordialidad, y del verdadero interés con que todos debemos cooperar á la consolidación de esta importante obra. Ella afianzará de un modo estable la tranquilidad y bien general á que aspiramos.—Real Fortaleza de Buenos Aires á 26 de Mayo de 1810.—*Cornelio de Saavedra.—Dr. Juan José Castelli.—Manuel Belgrano.—Miguel de Azcuénaga.—Dr. Manuel de Alberti.—Domingo Matheu.—Juan Larrea.—Dr. Juan José Paso*, secretario.—*Dr. Mariano Moreno*, secretario.

LOS MIEMBROS DE LA JUNTA

Presidente:	Don	Cornelio de Saavedra.
Vocales:	»	Juan José Castelli.
	»	Manuel Belgrano.
	»	Miguel Azcuénaga.
	»	Manuel Alberti
	»	Domingo Matheu.
	»	Juan Larrea.
Secretarios:	»	Juan José Paso.
	»	Mariano Moreno.

DON CORNELIO DE SAAVEDRA, nació en Potosí (Bolivia), el 20 de Febrero de 1761 y murió en Buenos Aires, el 29 de Marzo de 1819. Adquirió su educación en el colegio «San Carlos», en Buenos Aires, y se dedicó al comercio.

Elegido regidor del Cabildo en 1809, actuó en la Reconquista y asumió el mando del Regimiento de Patricios.

En el movimiento emancipador su voto prevaleció en el Cabildo abierto del 22 de Mayo y en sesión del día 25 fué proclamado Presidente de la Primera Junta Revolucionaria.

Tuvo brillante actuación hasta 1811, en que alistado auxiliador del Ejército del Norte, después de Huaquí, fué derrocado por sus adversarios, procesado y desterrado.

Reimpatriado vivió la vida privada ocupado en las tareas rurales.

El pueblo argentino le ha levantado su monumento de bronce, con base de granito, en la plaza del Carmen, precisamente en el primer Centenario de aquella Revolución que le vió al frente del primer batallón de voluntarios americanos. Es obra del escultor Julio Lagae.

——

Don JUAN JOSÉ CASTELLI, argentino, nació en Buenos Aires el 19 de Julio de 1764 y murió el 12 de Octubre de 1812.

El doctor Castelli fué el encargado, juntamente con Rodríguez Peña, Belgrano y Vieytes, de anunciar al virrey Cisneros los deseos del pueblo porque dimitiera el cargo.

Su fortaleza de ánimo le valió para el desempeño de aquella misiva dura, pero inspirada en los más altos propósitos patrióticos de la Revolución,—que la Historia llama la Resistencia en Córdoba, donde Liniers, al mando de otros cabecillas realistas, fueron fusilados en la Posta de Cabeza de Tigre.

Después de la derrota de Huaqui fué llamado por el Triunvirato para dar cuenta de su conducta como Director de la primera Expedición Auxiliar al Alto Perú. El proceso le fué fatal, desde su iniciación; víctima del extravío de las pasiones fué puesto preso y calumniado.

Era un gran republicano de alma, y de corazón generoso; activo, emprendedor, abnegado y vehemente.

Su monumento, obra del escultor alemán Gustavo Eberlein, se levanta en la plaza Constitución, y representa á Castelli en el momento histórico de exigir la renuncia á Cisneros. Se inauguró el 29 de Mayo de 1910.

Don MANUEL BELGRANO, nació en Buenos Aires el 3 de Junio de 1770. Fué educado en España y sirvió al país desde 1794, iniciándose como Secretario del «Real Consulado de Comercio».

En 1810, era ya un criollo prestigioso, por eso fué miembro de la Junta Gubernativa, sin sueldo alguno.

Recibió la investidura militar y el mando del Ejército Auxiliar enviado al Paraguay; actuó en Tucumán y Salta, sus grandes glorias, y sufrió las tristezas de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

Agente diplomático en Europa, con Rivadavia; creador de la Bandera Argentina; estímulo de los diputados del Congreso de Tucumán, fué mucho á la vez, por eso la posteridad le ha levantado un monumento eterno á su memoria en la plaza de Mayo de Buenos Aires.

Don MIGUEL AZCUÉNAGA, nació en Bueños Aires el 4 de Junio de 1754 y falleció el 9 de Diciembre de 1833.

Sus primeros estudios los hizo en España y desde 1773 prestó servicios en el país bajo la dominación española, como regidor del Cabildo, Alcalde de segundo voto, Jefe de milicias, defensor de la invasión de 1807, hasta que por fin se inició en los trabajos de la Revolución siendo designado miembro de la Junta Gubernativa del 25 de Mayo de 1810.

Si bien no fué figura del todo descollante, considerado como vecino de opinión y de fortuna gozó de simpatías en el pueblo.

Víctima del motín del 6 de Abril de 1811, fué confinado á Mendoza y de allí regresó ocupando los puestos de Intendente y Comandante General de Armas, miembro del Consejo de Estado, Jefe de Estado Mayor, legislador, etc.

——

Don MANUEL ALBERTI, nació en Buenos Aires en 1763 y murió en la misma ciudad el 22 de Febrero de 1811.

Se graduó doctor en teología en la Universidad de Córdoba y desempeñaba el curato de la parroquia de San Nicolás de Bari, rodeado de prestigios por su honorabilidad, y su saber, cuando se inició propagandista de la emancipación y asistió al Cabildo Abierto del dia 22 dando su voto por la caida del virrey Cisneros.

Miembro de la Junta Gubernativa estuvo á la altura de los demás patriotas en todas las deliberaciones.

Su monumento se levanta en las barrancas de Belgrano y es obra del escultor Lucio C. Morales. Fué inaugurado el 19 de Junio de 1910.

——

Don DOMINGO MATHEU, era español: nació en el pueblo de Mataró. Llegado á Buenos Aires se ocupó del comercio no obstante ser armador de profesión, y poseer diploma de piloto de mar.

Fué un gran amigo de la causa criolla; pues, participó de la defensa cuando las invasiones inglesas y asistió al Cabildo abierto el 22 de Mayo votando también la deposición de su compatriota el virrey Cisneros.

Su acción fué más lejos aun: usando de su crédito personal y de sus recursos pecuniarios dirigió la fabricación de armamentos y equipos de guerra para el ejército.

De buena posición social y pecuniaria, generoso y buen amigo para con la causa revolucionaria, y en fin por su carácter y sanas opiniones, gozó de la consideración y estima de sus contemporáneos.

Su monumento, obra del escultor Mateo Alonso, se levantó en la Boca el 5 de Junio de 1910.

——

Don JUAN LARREA, nació en Mataró—pueblo de Cataluña—el 24 de Junio de 1782.

Durante su primera estadía en Buenos Aires hizo de comerciante y por sus ideas liberales se adhirió desde el primer momento al movimiento popular que le indicó para vocal de la Junta Gubernativa.

Elemento de los más decididos y enérgicos de ese gobierno fué de las primeras víctimas del motín del 6 de Abril de 1811, y fué desterrado á San Juan.

Fué miembro de la Asamblea General Constituyente de 1813; Ministro del Director Supremo Don Gervasio Antonio Posadas é iniciador de la escuadrilla que por primera vez mandó Brown en el Rio de la Plata.

Fué procesado con motivo de la caída del Directorio y de la Asamblea de 1815 y expatriado confiscáronseles sus bienes; se dedicó al comercio en Francia donde más tarde desempeñó el cargo de Cónsul general argentino.

De él se dice: «Entró á la revolución rico y considerado, y no obstante su consagración al servicio público, con toda honradez, fué perseguido, engrillado, arruinado y expatriado». «La envidia lo calumnia, la Historia será justa».

(Memorias del Director Posadas).

——

Don JUAN JOSÉ PASO, nació en Buenos Aires el 6 de Octubre de 1757 y falleció en la misma ciudad el 9 de Septiembre de 1833.

Hizo sus estudios en la Universidad de Córdoba y graduado doctor fué profesor de filosofía en el Colegio San Carlos de Buenos Aires, hasta 1783, época en que pasó al Perú.

En 1810 era auxiliar del fiscal del Rey y en este cargo lo encontraron los sucesos de Mayo, siendo en el Cabildo abierto del día 22 el que «lanzó desde lo alto de su elocuencia—al decir de López y Planes—el rayo de la victoria que convirtió el raciocinio del fiscal del Rey en meras declamaciones».

Como secretario de la Junta Gubernativa se encargó del despacho de hacienda; como comisionado á Montevideo, en Noviembre de 1810, gestionó de los reaccionarios se plegaran al movimiento de independencia; fué miembro del Triunvirato en 1812; de la Asamblea General en 1813; del Congreso de Tucumán en 1816, cuya acta inmortal del 9 de Julio firmó, y redactó el Manifiesto á las naciones sobre la declaración de la independencia; fué diputado ante el Gobierno de Chile en 1817; miembro del Congreso en 1825; firmó las constituciones de 1819 y 1826. Así el Dr. Paso tiene una larga y prominente actuación allá en los primeros tiempos de la República. Se le ha tildado de débil, quizá por la moderación extrema que mantuvo en el roce de las pasiones que se desarrollaron en la época de su actuación.

Su monumento en la plaza Concepción, inaugurado el 29 de Mayo de 1910, le representa en el acto de pronunciar su discurso en el Cabildo.

La estátua es de bronce y está colocada sobre un zócalo de granito azul, adornado con guirnaldas de bronce, á cuyo pié se levanta una bella mujer, símbolo de la fé y la confianza. Es obra del escultor Torcuato Tasso.

———

Don Mariano Moreno, nació en Buenos Aires el 22 de Septiembre de 1777, hijo de padre español y madre argentina.

Fué abogado, escritor y uno de los más prestigiosos caudillos de la Revolución de Mayo.

Se educó en la Universidad de Charcas y en 1805 abrió su estudio de Abogado en Buenos Aires, prestando servicios como relator del Tribunal de la Audiencia.

Siendo asesor privado del virrey Cisneros, en 1809, escribió su célebre «Representación de los Hacendados».

Como Secretario de la Junta Gubernativa caracterizó más aun su personalidad, y compartió las responsabilidades de los sucesos producidos, tales como la ejecución de Liniers y sus compañeros.

Fundó la «Gazeta de Buenos Aires» y creó la Biblioteca Pública.

Combatió las pretensiones de incorporación de los diputados de las provincias á la Junta y siendo vencido en sus ideas renunció el cargo que desempeñaba por haber empeorado su situación en el seno de ella.

Murió en el mar exclamando: «VIVA MI PATRIA AUNQUE YO PEREZCA».

La posteridad agradecida le ha eregido un monumento: su estátua en bronce, situada en la plaza del Congreso, obra del escultor Miguel Blay.

---

25 DE MAYO

Hijos de Mayo somos:
Saludemos con él nuestro Evangelio;
Mayo es una grandeza inmaculada,
Gloria sin ambición, gloria del pueblo.

La libertad fué siempre,
En todas partes, explosión de incendio,
Algo como el volcán cuando desgarra
De la montaña el inflamado seno.

Las razas oprimidas
La han sentido en sus almas como el vértigo,
Y su paso á través de las edades
Con roja luz ha iluminado el cielo.

Sólo en el Plata tuvo
Del sol que nace el esplendor sereno;
Sólo en el Plata derribó el pasado
Con la tranquila magestad del tiempo.

Mayo surgió en la historia
Y abrió á la luz los horizontes nuevos,
Como el caudal de los fecundos ríos
Cuando desbordan sobre el cauce estrecho.

Saludemos á Mayo,
Que es de la libertad gloria y ejemplo,
Sin olvidar jamás que á nuestros padres,
Para ser libres, les bastó quererlo.

MARTÍN CORONADO.

EN EL 25 DE MAYO

ALEGORÍA PATRIÓTICA

La Patria:—Fecha que marcas mi vida
En el más feliz momento:
¿Qué me traes con el viento
De mi libertad querida?

Coro: —Esta fecha, patria amada,
Recuerda al mundo la gloria
De la bendita victoria
Por tus hijos alcanzada.

La Patria:—¡Salud, mis hijos queridos!
¿Qué me traéis?

Niño 1.º —Madre amada.
Yo, la bandera sagrada.

La Patria:—¡Oh, colores bendecidos!

Coro: —Honor á la enseña santa
Que en mil combates triunfando,
Fué en sus alas cobijando
La libertad sacrosanta!

Niño 2.º —Yo, patria mía, el escudo
Que amor, libertad y gloria
Simboliza.

La Patria:—Es mi historia,
Que nadie empañarla pudo.

Coro: Sobre este símbolo hermoso
Que ostenta nuestros blasones,
Desfilan las tradiciones
De aquel pasado glorioso.

Niño 3.º —Y yo, el gorro te presento,
Emblema de libertad.

La Patria:—Hacia ella siempre elevad,
Hijos, vuestro pensamiento.

Coro —¡Libertad! Santa palabra
Que llena el alma de gozo!
Por tí el pueblo laborioso
Su dicha y su gloria labra.

La Patria:—Hijos míos: sin desmayo
Seguid siempre por la senda
Que os enseña la leyenda
De nuestros héroes, de Mayo.

Coro: —*Sean eternos los laureles*
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

Adolfo P. Ballesteros.

CANTO DE MAYO

Ya aparece el sol de Mayo de recuerdos inmortales,
Ya aparece el sol querido portador de nuestra gloria;
ese sol tan refulgente que en los tiempos coloniales
brilló hermoso, dibujando con sus tintes divinales
la grandeza de la patria y el renombre de la historia.
Su silueta se columbra trás el límpido horizonte,
su silueta que semeja la cabellera de Apolo;
vá á decirle al mundo entero que á su recepción se apronte,
y esparciendo sus efluvios, por la pampa y por el monte,
las canciones de la patria, resuenan de uno á otro polo.
Argentinos: levantemos nuestra frente, con orgullo,
en el día venerando que á ser libres se lanzaron
nuestros padres legendarios; y al compás del suave arrullo
de sus cantos victoriosos, congregados—sin murmullo—
aspiremos el aliento con el que ellos se inspiraron.
Hoy el cetro de la gloria, ese cetro augusto, régio,
en la sién de nuestra patria se destaca soberano;
á su brillo brota ardiente sin igual rítmico arpegio
y en sus notas va grabado de la patria el Himno egregio
que solemne repercute por el suelo Americano.
A los lauros de la patria todo el mundo los venera
como símbolos eternos de sus pensamientos grandes;
ellos viven en los pliegues de la espléndida bandera,
de esa enseña que fué siempre invencible y altanera...
ellos viven en las crestas más soberbias de los Andes.
Argentinos: saludemos nuestro sol con reverencia,
que él recuerda el fin nefasto de los tiempos coloniales;
y doblando la rodilla, cual en mística creencia,
saludemos los recuerdos con sincera complacencia,
de los tiempos victoriosos de las glorias nacionales.

RAMÓN MELGAR.

EL CLARÍN DE MAYO

Aun vibran del clarín las tempestades,
sus notas más que notas, son ideas...
Al eco de esa voz se alzó la patria
como el noble titán de la leyenda.

Ayer cuando á raíz de las conquistas
ensanchaba la patria sus fronteras,
ese clarín cantando nuestras ansias
con lengua de oro ensordeció á la América.

Hoy flotan en sus brucos arrebatos
rayos de sol, girones de bandera,
y cabalgando audaz sobre el sonido,
por la muda extensión la fama vuela.

Más si mañana la ambición de alugnos
buscara en la discordia luchas nuevas,
al eco de su voz vieran los orbes
crugir el cielo y retemblar la tierra.

Que aquel clarín feliz á cuyo arrullo
se amamantó la patria en la epopeya,
es inmortal y vibra en nuestras almas
como fuego sagrado de las Vestas!

MANUEL B. UGARTE.

EL CONGRESO DE TUCUMÁN

Salve ¡Oh Congreso! junta soberana
que proclamaste un día
la libertad de la conciencia humana,
la independencia de la patria mía!
La tierra americana,
postrada de dolor á los embates,
al escuchar tu voz, se irguió atrevida,
y aprendió, para diana en los combates,
la proclama de fuego de Laprida!

DAMIÁN P. GARAT.

---

9 DE JULIO

A pesar de los aniversarios gloriosos que se suceden en los tiempos, parece que aún vibra la palabra, cálida y elocuente, que para honrar la virtud republicana y el patriotismo excelso, pronunciaran los notables del Congreso de Tucumán.

En los corazones palpita el sentimiento puro, noble y grande que representa aquella epopeya, que brilló con luz de inextinguible resplandor en la conciencia de aquellos paladines del derecho y ardientes sostenedores del credo de la libertad.

Es que el 9 de Julio de 1816 es símbolo de fuerza, de libertad y de gloria. La Historia Argentina lo ha inscripto en sus anales como hecho inmortal.

Recordar las jornadas titánicas, en aras del ideal de independencia; descubrir las acciones homéricas de los heraldos de la nueva raza; reavivar las leyendas que nos legaran los genios tutelares de la patria, ès obra de altivos varones que, fieles al dogma de la democracia y al pabellón nacional, lo honran y lo enaltecen en este clásico día de remembranza en que el pueblo libre ha dejado las armas redentoras del trabajo para incorporarse á la legión de honor que se ha erguido para proclamar bien alto:

«Al gran pueblo argentino salud».

Al evocar el recuerdo de la asamblea de los próceres venerandos y la fecha del 9 de Julio de 1816 ofrendo, èn los altares de la Patria, la flor del sentimiento fraternal, el gajo de laurel glorial y la hoja de hiedra de la inmortalidad, para coronar, entre clarinadas de gloria y dianas triunfales, á los adalides de la libertad, de la justicia y de el derecho.

ABDÓN VIANA.

EL CONGRESO DE TUCUMAN

SU CONSTITUCIÓN.

Elegidos los diputados conforme á lo prescripto por el Estatuto Provisional, reuniéronse en Tucumán el 24 de Marzo de 1816, en Congreso Nacional de las Provincias Unidas del del Río de la Plata.

No todas las provincias concurrieron desde el primer momento, por lo que hubo algunas que no estuvieron represen-

tadas: las provincias del litoral y Córdoba se abstuvieron influenciadas por Artigas; Salta, Santiago, Mendoza y Tucumán vacilaron, pero decidieron por fin mandar sus representantes. No estuvieron representadas Santa Fé, Entre Ríos, Corrientes, ni la Banda Oriental.

La asamblea designó como presidente á don Francisco Narciso Laprida, diputado por San Juan; vicepresidente á don Mariano Boedo, diputado por Salta; secretarios á don José Mariano Serrano, diputado por Charcas y á don Juan José Paso, diputado por Buenos Aires; fueron vocales los demás diputados representantes de las otras provincias.

Los miembros de este Congreso que más descollaron, fueron: entre los abogados, don Juan José Paso, don José Mariano Serrano, don Pedro Medrano, autor de la moción que el Congreso aceptó, de adoptar como nacional la bandera creada por Belgrano; entre el elemento clerical, fray Justo Santa María de Oro, fray Cayetano Rodríguez, don Antonio Sáenz y fray Pedro Ignacio Castro Barros; entre los simples ciudadanos, don Francisco Narciso Laprida, Don Manuel Tomás de Anchorena, Don Tomás Godoy Cruz, agente de San Martín.

SU CARÁCTER.

Bien se ha dicho que el Congreso de 1816, fué «la esperanza de los pueblos libres».

El general Mitre lo ha caracterizado así: «Elegido en medio de la indiferencia pública, federal por su composición y tendecia, y unitario por la fuerza de las cosas; revolucionario por su origen y reaccionario en sus ideas; dominando moralmente una situación, sin ser obedecido por los pueblos que representaba; creando y ejerciendo directamente el poder ejecutivo, sin haber dictado una sola ley positiva en el curso de su existencia; proclamando la monarquía cuando fundaba la

república: trabajando interiormente por las divisiones locales, siendo el único vínculo de la unidad nacional; combatido por

CONGRESO DE TUCUMÁN



LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA EN TUCUMÁN.
(1816)

la anarquía, marchando al acaso, cediendo á veces á las exigencias descentralizadoras de las provincias y constituyendo

instintivamente un poderoso centralismo, este célebre Congreso salvó, sin embargo, la revolución y tuvo la gloria de poner el sello á la independencia de la patria».

SU OBRA.

Las primeras resoluciones del Congreso fueron vacilantes dada la época y las exigencias del momento:

1.º Nombró una comisión para mediar entre Güemes y Rondeau.

2.º Decretó un empréstito para auxiliar al ejército del Perú.

3.º Resolvió el envío de una expedición para sujuzgar á la Rioja que se había declarado provincia independiente de Córdoba.

4.º Nombró una diputación dirigida á Artigas para convencerlo de la conveniencia del envío de diputados de parte de los pueblos que le obedecían.

Fué necesario asegurar la paz interior del Estado por medio de la elección de un Director Supremo, gobierno aceptable por todos; y el 26 de Abril, sin más trámite, el Congreso designó para este cargo á don Juan Martín de Pueyrredón, y en la sesión del 3 de Mayo de 1816 se le invistió del título de General.

Llegado Belgrano á Tucumán, en tales circunstancias, explicó ante la Asamblea la disposición que existía en Europa respecto á América, declaración que agregada á la tentativa de separación de Buenos Aires, prestigiada por Balcarce, en circunstancias en que el Cabildo le intimaba cesase en el mando por su actitud ante la amenaza de una invasión portuguesa, produjo el momento solemne para aquel Congreso que, impulsado por las inspiraciones de San Martín y Belgrano, declaró á las Provincias Unidas del Río de la Plata, Nación independiente, no sólo de España, sino de toda otra dominación extranjera.

Este mismo Congreso declaró bandera nacional á la *azul celeste y blanca* creada por Belgrano.

Proclamada la Independencia, debía resolverse sobre la forma de gobierno á adoptar para el país. Esta fué obra sucesiva que abrió para la historia patria nuevos periodos de luchas internas para constituirse definitivamente en República Federal.

Aquel Congreso de 1816, después de proclamar la independencia de los territorios del Plata pasó á reabrir sus sesiones en Buenos Aires el 12 de Mayo de 1817.

ACTA DE LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA.

En la benemérita y muy digna Ciudad de San Miguel del Tucumán, á nueve días del mes de Julio de mil ochocientos dieciseis: terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido, el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los Reyes de España; los Representantes sin embargo consagraron á tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones é interés que demanda la sanción de la suerte suya, Pueblos representados y posteridad; á su término fueron preguntados: —¿Si querían que las provincias de la Unión fuesen una Nación libre é independiente de los Reyes de España y su metrópoli? Aclamaron primero llenos del santo ardor de la justicia, y uno á uno reiteraron sucesivamente su unánime y espontáneo decidido voto por la independencia del País, fijando en su virtud la determinación siguiente:

Nos los Representantes de las Provincias Unidas en Sud América reunidos en Congreso General, invocando el Eterno que preside al Universo, en el nombre y por autoridad de los

Pueblos que representamos, protestando al Cielo, á las naciones y hombres de todo el globo, la justicia que regla nuestros votos, declaramos solemnemente á la faz de la tierra, que es voluntad unánime é indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban á los Reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, é investirse del alto carácter de una nación libre é independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan en consecuencia, de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia, é impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ractifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad: bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama.—Comuníquese á quienes corresponda para su publicación, y en obsequio del respecto que se debe á las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración.—Dada en la Sala de Sesiones firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso, y refrendada por nuestros Diputados Secretarios:

Francisco Narciso Laprida, Presidente, Diputado por San Juan.—Pedro León Gallo, Diputado por Santiago del Estero.—Dr. Mariano Sánchez de Loria, Diputado por Charcas.—Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante, Diputado por la ciudad de Jujuy y su territorio.—Dr. Juan Agustín Masá, Diputado por Mendoza.—Dr. José Andrés Pacheco de Melo, Diputado por Chichas.—Dr. Mariano Boedo, Vice-Presidente, Diputado por Salta.—Eduardo Pérez de Bulner, Diputado por Córdoba.—Dr José Colombre, Diputado por Catamarca.—Dr. Jerónimo Salguero de Cab. y Cabrera, Diputado por Córdoba.—Dr. Juan Jo-

SÉ PASO, Diputado por Buenos Aires, Secretario. —DR. PEDRO IGNACIO BARROS, Diputado por La Rioja.—DR. PEDRO MEDRANO, Diputado por Buenos Aires.—DR. PEDRO IGNACIO RIBERA, Diputado por Misque.—CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ, Diputado por Buenos Aires.—DR. ESTEBAN AGUSTÍN GASCÓN, Diputado por Buenos Aires.—TOMAS MARTÍN ANCHORENA, Diputado por Buenos Aires. DR. ANTONIO SÁENZ, Diputado por Buenos Aires.—DR. PEDRO MIGUEL ARÁOZ, Diputado por la capital de Tucumán.—DR. JOSÉ SEVERO, Diputado por Charcas.—DR. MARTÍN ANRONIO ACEVEDO, Diputado por Catamarca.—JOSÉ MARIANO SERRANO, Diputado por Charcas, Secretario.—JOSÉ IGNACIO THAMES, Diputado por Tucumán.—PEDRO FRANCISCO URIARTE, Diputado por Santiago del Estero.—DR. JOSÉ DARREGUEYRA, Diputado por Buenos Aires.—DR. JUSTO SANTA MARÍA DE ORO, Diputado por San Juan.—TOMÁS GODOY CRUZ, Diputado por Mendoza.—DR. JOSÉ IGNACIO DE GORRITI, Diputado por Salta y ANTONIO CABRERA, Diputado por Córdoba.

Promulgada en la fecha esa declaración, el 21 del mismo mes y año vuelve á reunirse el Congreso de San Miguel del Tucumán y en presencia de todas las autoridades civiles y militares jura solemnemente la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, «protestando ante Dios y la patria, promover y defender su libertad y su independencia del rey de España, sus sucesores y metrópoli y de toda otra dominación extranjera, prometiendo sostener este juramento hasta con la vida, haberes y fama».

LA CASA HISTÓRICA.

El gran número de descripciones que han sido hechas hasta ahora de la histórica casa del Congreso de Tucumán, casa en que fué solemnemente jurada la independencia argentina el 9 de Julio de 1816, nos exime de una extensa pintura detallista. A cuadra y media de la Plaza de Tucumán, en lo que es hoy llamada calle del Congreso, existía á principios del siglo XIX un caserón de hidalga presencia. Su construcción, respondiendo al gusto arquitectónico de aquellas épocas, era maciza en extremo, al punto que, en cambio de exceso de solidez, faltaban elementales comodidades de gusto y confort. Lo principal de aquel caserón, era una sala, que si bien espaciosa como recibidor en casa de familia, resultaba mezquina y pequeña para albergar á todos los representantes de las Provincias Unidas. Y fué allí, sin embargo, donde jurándose la independencia, se resolvió el magno problema de nuestra nacionalidad.

El señor Zenón Márquez, en una reciente publicación, describe en esta forma la casa histórica:—La memorable «Casa Histórica», como todo el mundo la denomina allí, es un frontispicio moderno, elevado allí, figurando como unos torreoncitos, en toda su extensión superior.

«Mira al naciente, levantando unos 20 metros más adentro de su alta y elegante verja de hierro con su gran portada; circundando este espacio, de la verja á la fachada; se ven en profusión graciosos y altos rosales.

«A ambos lados de la entrada y frente á frente, se admiran los bajos relieves en bronce, de Lola Mora, en una superficie de tres metros de alto por catorce de ancho cada uno.

«El de la izquierda, entrando, representa los congresales en la sala de sesiones, de pie, con los brazos levantados, declarando imponentemente á la faz de la tierra «la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata». El de la dere-

cha, representa el pueblo, en un lleno de regocijo, victoriando á sus preclaros ciudadanos, que retribuyen saludos con los sombreros y que al mismo tiempo parecen arengaran á la multitud.

«Destácanse tipos genuinos de la nueva nacionalidad, y magníficos personajes de tamaño natural, de más de un metro y sesenta de altura, sobresaliendo la arrogante apostura de los «representantes», que tienen un parecido notable con sus originales.

«Se entra á la mansión que guarda «la casa» por tres grandes puertas vidrieras: á la central la antecede un vestíbulo que ostenta un escudo nacional. La que generalmente está abierta, sirviendo de entrada habitual, es la de la izquierda. Más hacia la izquierda aun, hay una pequeña puerta que conduce subterraneamente al final interior, en donde, por una escalera, se sube á la tribuna que ocupan los oradores y el público. Ya estamos adentro del edificio y también salón único que mide unos treinta metros de frente por catorce de ancho aproximadamente. «Un gran rancho á dos aguas, de teja y barro, sin alero, ubicado en el cêntro con un mojinete recostado sobre la pared lindera con el norte, terminando el otro extremo sur á los veintiún metros de largo por nueve de ancho, por una gran puerta que mira á la tribuna; este glorioso rancho, digo, fué, es y será lo que pomposamente siguirán llamando las generaciones futuras «la gran sala de sesiones del Congreso de Tucumán».

El frente principal de la casa que mira al naciente, tiene una puerta, casi cuadrada, pero alta, en el medio, con macizos eslabones y fuertes goznes; la siguen una ventana sencilla y á cada lado y á igual distancia, con barrotes prismáticos completamente lisos y gruesos.

La otra pared del poniente, sin ninguna abertura.

Adornan las paredes de la sala veinte retratos al óleo, de más de un metro, de los representantes del año XVI, presididos por Laprida.

Interior y exterior blanquísimo, con un alto friso celeste. Su piso, es de adobe cocido, de forma cuadrangular, de treinta y cinco á cuarenta centímetros de largo cada uno.

En las paredes interiores del edificio que rodean «la casa», existen también unas veinte placas, incluyendo las que llevaron el año pasado, los estudiantes de Buenos Aires; la de Slata, «á la más bella de sus hermanas», y la de la Sociedad XX de Septiembre de la misma ciudad.

Recostada á la pared de «la casa», que enfrenta á la tribuna, está una mesa alta, inclinada en forma de escritorio, con tapa levadiza, y encima el gran libro de firmas.

Una gran portada de salida al fondo, que se extiende unos veinticinco metros más; un gran patio de pedregullo en el medio; á su alrededor, frondosas enredaderas, rosales de arbustos. A un lado de la casa del guardián.

Es de sentir, que varias pronvincias y gobernaciones, no estén representando el alma palpitante de sus hijos, reverenciando esa joya, con el fervor inextinguible del patriotismo que, cual fuego sagrado, debiera perdurar encendido y ardiendo en el corazón de cada argentino. ¡Loor á los patricios esclarecidos del Congreso de Tucumán!

LA CASA DE TUCUMÁN

Había vagado entre la sorprendente vegetación de los alrededores, por caminos todavía empapados y negros, perdido en la maleza cuyas altas hierbas le parecían vistosos arbustos de invernáculo, envuelto en un vaho denso y tibio, aspirando el olor de la tierra mojada, de la savia activa, del humus en perpétua formación. Un susurro vago zumbaba en sus oídos—voz de los insectos, voz de las plantas?—produciéndole una in-

decible impresión simultánea de regocijo y de angustia, como si los elementos contradictorios de la sensación vibraran al mismo tiempo en él, con más intensidad que nunca. Aquel baño de vida en plena naturaleza subtropical, tonificaba su imaginación y le enervaba los músculos.... Y el aire era como el aliento de un niño, y el cielo—destellos y matices—como una calida caricia....

Volvió al centro de la ciudad, lentamente, fatigado y pensativo, sin que su meditación tomara formas precisas. Y mientras miraba hacia adentro, saturábase también, instintivamente, con el espectáculo de las cosas exteriores: las calles silenciosas, semicoloniales, algún transeunte perezoso como él, el sol que jugaba con las piedras, en los charcos, en las tapias pintadas por el musgo—las casas bajas y humildes, por cuyas rejas solía filtrarse, como una fosforescencia, el relámpago de un par de ojos negros.

Sentíase otro hombre—un hombre más nuevo ó un hombre más antiguo—en quien tanto podían bullir recuerdos atávicos como visiones de futuro. Era poeta por la fuerza incontrastable del medio... Y un deseo de su alma, templada para la emoción, una vaga conciencia de que allí le esperaba algo, lo condujo por las calles más rumorosas del centro, á la puerta de la «Casa de Tucumán».

Cruzó el zaguán mal enlozado, atravesó un patio rectangular y entró en el salón.

Las paredes blanqueadas, maculadas con anchos parches de humedad, tenían—en nombre del patriotismo—un estigma que no les imprimiera el tiempo; cuadros triviales, placas, cintajos, lamentables restos de peregrinaciones que les quitaban la solemne austeridad de abandono, sin darles, en cambio, la majestad de la veneración.

Apenas entró, sintióse más oprimido, más enervado, con la fatiga del paseo y la embriaguez de la naturaleza. Lo mareaba, también, aquel acre olor del moho y del olvido. Res-

piraba con cierta dificultad y se sentó en el borde de una tarima abandonada en un rincón. Allí permaneció largo rato...

Envuelto en aquel ambiente extraño, cálido y perturbador, estaba á punto de adormecerse, cuando un fenómeno psíquico puso en plena actividad su espíritu mientras dejaba en plena quietud el cuerpo. ¿Brotaba de su interior ó surgía del alma de las cosas aquella voz que le hablaba con acento tan persuasivo y con elocuencia tan sencilla? El mismo no podría decirlo, aunque aquellas palabras quedaran buriladas en su memoria.

La voz decía:

«Sí, aquí mismo, entre estas cuatro sórdidas paredes, quedó sellada la manifiesta voluntad del pueblo.

«Sí, aquí mismo, los representantes de las Provincias Unidas, las declararon, unánimes, nación libre é independiente, el 9 de Julio de 1816.

«Sí, esta humilde sala fué teatro del grande acto, síntesis y legitimación de los esfuerzos y los sacrificios de muchos hombres durante muchos años.

«¿No hay algo que despierte en tu alma al escuchar esto?

«La exterioridad de las cosas no corresponde á la grandeza de su significado: la semilla no da idea inmediata del árbol que formara, ni conserva la huella de todas las operaciones que la precedieron y engendraron.

«Murmuras que no quieres ser patriotero, que no tienes entusiasmo ni emoción ante las ruinas mudas y los relicarios vacíos... ¿Y si yo te dijera que, mirando al pasado, suele descubrirse el porvenir?

«Ves con tus ojos de hombre de hoy cosas cuya línea y cuyo relieve no puedes comprender ya, porque están esfumadas en el tiempo. Para distinguir sus detalles tendrías que renacer en ese tiempo desvanecido, y saturado de él como te has saturado de este ambiente cálido y embriagador, que tanto influyó en aquellos hombres, llenos de la innata y vigorosa poesía del entusiasmo, la única que se traduce en hechos.

«Tendrías que conocer á esos hombres, ser su amigo ó su secuaz, palpitar con sus corazones, pensar con sus cerebros, saber con su ciencia, convertirse en varón de su época, de su educación, de su medio...

«Entonces te sería dado lo que deseas; entonces por tu fuerza evocadora, por el solo poder de tu voluntad, asistirías á esa histórica sesión del 9 de Julio que cierra un ciclo y abre otro; entonces «comprenderías» y tu espíritu de examen no se afanaría sólo por descubrir vacilaciones é incertidumbres, tanteos instintivos: extraviados, y abarcarías la grandeza y la fuerza que emanaban de aquellos varones y de aquellos actos...

«¿Queréis poner á prueba tu cerebro y tu corazón, transládate con tu saber moderno, con tu carácter moderno á aquellas épocas, ser uno de los hombres reunidos aquí, representantes de un grupo inconexo de pueblos, y resolver su futuro «interrumpido en tus meditaciones por la incesante agitación tumultuosa que los conmovía?» ¿Tendrías en ese caso, como ellos tuvieron, clara visión del porvenir inmediato, de los horrores del caudillaje, de la guerra civil, de las tiranías?

«Y, teniendo esa visión ¿qué no hubieras hecho por convertirla en mentirosa pesadilla?

«Recuerdas con escéptico desdén que querían un gobierno fuerte...

«Hoy mismo, en su época, con un pueblo que camina muy lenta pero seguramente á su organización, en medio del progreso y del saber, cuando sólo retarda el porvenir la excesiva fuerza de los gobiernos, ¿no has oído muchas veces á tus contemporáneos, reclamar un gobierno fuerte?

«Lo que entonces pudo considerarse una precaución desmesurada, mucho mayor y más perjudicial que el peligro mismo, ¿dime cómo debería llamarse ahora?

«Luego—y compara—el pueblo mismo estaba indeciso, ignoraba, no veía... Hoy, el pueblo sabe ya lo que quiere y á dónde ha de ir, y sin embargo...

«Contempla la escena:

«Trás de aquella ventana, á la puerta, á lo largo de estas paredes, estaba apiñado y ancioso el pueblo. Allí los representantes, severos y en silencio. Aquí, la mesa presidencial.

«Don Narciso Laprida preguntó:

—«¿Queréis que las Provincias de la Unión sean una nación libre é independiente?

«—¡Sí! gritaron á una voz y poniéndose expontaneamente de pié todos los miembros del Congreso.

«El pueblo prorrumpió en vítores y aplausos.

«La idea, la aspiración era común, al pueblo y sus representantes...

«El acto fué así, varonil y sencillo. Que no lo adorne tu imaginación. Perdería de su grandeza, perdería de su luz. No se corrige á Homero.

«¡Oh, oh! ¡No digas, no pienses eso! ¿Basta hoy, acaso, con que el pueblo tenga un ideal justo y noble para que se realice inmediatamente? El hecho de que la piedra que corona el monumento tenga sus dimensiones obligadas de antemano, determinada por las demás partes ¿le quita su importancia y su belleza? Y el arquitecto que supo preveer y calcular su forma y proporciones justas, ¿no ha realizado con ello un acto insignificante ó fatal, una obra instintiva ú obligada?

Sí; el pueblo trabaja inconsciente y perpetuamente en algo muy grande que es su progreso. Pero, cuando está llegando al término de su tarea, necesita quien reuna los mozaicos dispersos de su acción, para que el conjunto aparezca á las miradas, glorioso ó mezquino...

«De otro modo, sus conquistas existirían pero latentes, como el cuadro en la paleta abandonada...

«Pero... Este ejemplo de que el pueblo quisiera en 1816, no solamente lo que era justo, lo que era necesario, lo que era salvador, sino también lo que hicieron sus hombres, ¿no te sugiere nada más que críticas ingeniosas y sutiles, comparaciones

extravagantes entre los grandes ideales de los pueblos más avanzados de la tierra—ideales, no conquista todavía,—y las modestas pero geniales aspiraciones de la ex-colonia española, mantenida por la fuerza de la ignorancia y la sumisión? ¿No te parece nacer una esperanza *La Esperanza*?»

Por extraña coincidencia otros visitantes entraron en el salón, y aquella voz íntima ó extrema !quién sabe!—cesó inmediatamente de vibrar.

¡La Esperanza!—se dijo el peregrino, saliendo melancólico apenas se desvaneció su sueño. ¡«Sí! ¡Es verdad! ¡Esta visita tenía que infundirme la esperanza!»... Nada se detiene. Ninguna fuerza va á perderse en el vacío. El pueblo puede no verse, puede no sentirse, pero trabaja sin descanso, ni desaliento, en la obra del futuro y á cada uno de sus esfuerzos corresponde una conquista, grande ó pequeña, visible ó invisible...

La pensée en rèvant sculpte des nations!

ROBERTO J. PAYRÓ.

LA INDEPENDENCIA

1816

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier. Nuestros campeones
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo
La bandera de Mayo hecha girones.
El enemigo avanza; sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria irguiéndose entre ruinas
¡Atrás! prorrumpe: libre se proclama:
Rompe el vil yugo con potente brazo,

Y triunfantes las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama,
Desde el soberbio Plata al Chimborazo.

CARLOS GUIDO SPANO.

---

9 DE JULIO

Como un toque de dianas de victoria
Así esta fecha al corazón encanta
Del hijo de esta tierra cuya gloria
El sol para alumbrarla se agiganta.

La augusta libertad, en este día,
Resplandece con lampos irizados
En este cielo de la patria mía,
Que vió nacer tan ínclitos soldados.

¡Oh, libertad! ¡con qué placer profundo
Miraron hoy tu resplandor sereno
Los que por tí lucharon, sin segundo,
Cual San Martín, Bolívar y Moreno;

Almas viriles de gigantes hombres,
Modelos de civismo y ardimiento,
Que con cifras de luz dejan sus nombres
En el piélago azul del firmamento.

A esa pléyade hermosa de valientes,
Hijos de la virtud y el heroísmo,
Entonemos hosannas elocuentes
Que traduzcan la fé y el patriotismo.

Que aquellos que vinimos á la vida
Para ver nuestra patria libertada,
Les debemos la estrofa más sentida
«En la flor del recuerdo perfumada».

Pues los que luchan en la lid sangrienta
Defendiendo á la Patria y sus derechos
No mueren, no, la historia los sustenta
Con la gloria viviente de los hechos!

Y en ese día que, cual dulce arrullo,
Todo nos canta independencia, ufano
Debe exclamar el argentino orgullo:
¡Gloria eterna al Congreso Tucumano!

EDUARDO L. ARENGO.

EL 25 DE MAYO y El 9 DE JULIO

—Yo soy el 25 de Mayo de 1810.

—Yo el 9 de Julio de 1816.

—Yo, el día lluvioso que presagia el huracán y que anuncia, con rumor siniestro, en el seno de las masas populares, la tormenta que se desencadena sobre el frágil bajel en que navega la soberana de la América latina.

—Yo escuché el primer grito de redención, que fué repitiéndose en ecos sonoros desde la Plaza de la Victoria, testigo

del valor y el patriotismo, hasta Caracas, cuna del libertador de las naciones.

—Fuí yo, aun más lejos, conmoviendo los cimientos de las viejas monarquías europeas. Me admiraron y bendijeron las razas oprimidas!

—Mi nombre es aclamado por todos los pueblos civilizados de la tierra, y á mi paso los libres me saludan reverentes. Yo conquisté mis derechos ultrajados con las armas, lanzando un reto de muerte á los tiranos.

—Alenté á los derrotados de Vilcapugio y Ayohuma, inspirando la victoria á los bravos vencedores de Chacabuco y Maipú. Soy la idea que estalla en el joven cerebro del pueblo soberano; el grito que estremece el alcázar de los reyes.

—Yo, el espíritu del genio democrático que se cierne tranquilo en los campos de batalla.

—Represento el gobierno libre en la antigua colonia de un Estado, á quién declaré caduco en su poder entre el víctor glorioso de este pueblo.

—¡Ah! Vos encontrásteis el derrotero que os marcaron seis años de luchas incesantes, mientras yo, al comienzo feliz de una jornada, me lanzé á través de la niebla que oculta los escollos que amenazan tal vez la nave fugaz de mi destino.

Ambos somos grandes! Marchemos unidos en el mundo de la historia; que nuestros nombres brillarán como dos estrellas hermanas bajo el cielo sereno de la patria.

Vos, sois el comienzo; yo, el fin; vos, el poder, el derecho, el alma; yo, la justicia; vos, el pueblo armado; yo, el mismo deliberando; vos, la grandeza; yo, la magnanimidad.

—Yo os saludo en vuestro natalicio glorioso!

—Yo, os invoco y sigo vuestras huellas!

Bendita sea la libertad y feliz el pueblo que la posee.

R. OLIVER.

IV

¡HEROES! [1]

SAN MARTIN

BELGRANO

LA MADRID

LAS HERAS

LAVALLE

GÜEMES

PRINGLES

URQUIZA

(1) Sólo figuran aquellos á quienes han cantado los poetas.

HÉROES ARGENTINOS

¡Los héroes argentinos!... ¡Ay, cuántos, incógnitos á veces, sin otra figuración anterior que la consignada en las listas de cuartel, muertos luego ó heridos en los campos de batalla, y cuya sangre sirviera á fecundizar los laureles por otros compañeros más afortunados recogidos en vida, no han legado á la posteridad sino el último suspiro, perdido entre el estruendo del combate ó el toque de las dianas triunfales!

Pero la heroicidad de los bravos es herencia común, correspondiente á toda la familia de los patricios sacrificados en su honor y repartiéndonosla al pié de la bandera azul y blanca, cada cual y todos unidos nos enorgullecemos de la parte que nos alcanza en ella, pudiendo repetir á modo de quien entonase un himno augusto y melancólico:

La Patria ama á sus héroes sin contarles,
Agrupándoles grata en la memoria.
«Son mis hijos», exclama, «¿á qué nombrarlos?
Juntos me representan, y he de alzarlos
Al silencioso templo de la gloria».

CARLOS GUIDO SPANO.

LOS HÉROES

Gigantescos y rudos, como tallados
en un bloque de piedra; rostros curtidos
color de viejos bronces enmohecidos
y cabellos hirsutos y enmarañados.

Fulguran en sus diestras los afilados
aceros, de inmortales glorias bruñidos,
y se graban sus pasos, como esculpidos,
en la cima eminente de los nevados.

¡Son los héroes invictos! Sobre el brumoso
escenario del Ande, do el sol los baña
en un vago reflejo de luz extraña,

Yo no se lo que tienen de fabuloso...
¡Me parecen forjados por un coloso
sobre el yunque ciclópeo de la montaña!

DAMIÁN P. GARAT.

LOS HÉROES

Por sanguinario ardor estremecido
sintiendo de su saña el acicate,
lanza el Bárbaro en medio del combate
su pavoroso y lúgubre alarido.

Semidesnudo, sudoroso, herido,
de intenso gozo su cerebro late,

y con su escudo al enemigo abate,
ya del espanto y del dolor vencido.

Surge de pronto claridad extraña,
y el horizonte tenebroso baña
un mar de fuego de púrpureas ondas,

y se destacan, entre lampos rojos,
los anchos pechos, los sangrientos ojos
y las hirsutas cabelleras blondas.

R. JAIMES FREYRE.

LOS HÉROES

Predilectos del mundo y de la Historia,
Guerreros de las mágicas guirnaldas,
Soñadores constantes de las lides,
Paladines heróicos de la Patria,
ante la idea
que los consagra;
De noble ardor el corazón henchido
A su inmortal destino se adelantan.

Como la estrella de las dulces tardes,
Que resplandece hasta nacer el alba;
Como visión que al adalid corona
Con lampos de oro y floreciente palma,
así radiante
y así adorada,
En su inefable inspiración les guía
La bandera sublime de la Patria!

Cuando en el campo de la lid bravía
Que el horizonte tenebroso baña,
Los claros timbres del clarín pregonan,
Con regia pompa, la voraz pujanza,
en formidable
reyerta magna,
Apuran los horrores de la guerra
Al golpe hiriente de la invicta espada.

Sus nombres, más que nombres son ideas
De augusta libertad y eterna fama;
Sus glorias, más que glorias son recuerdos
Que divinizan otra edad pasada,
y el heroísmo
de sus hazañas
Es el efluvio de la fe que brota
Del corazón ardiente de la raza.

Predilectos del mundo y de la Historia,
Guerreros de las mágicas guirnaldas,
Soñadores constantes de las lides,
Semidioses de testas coronadas,
bajo la enseña
celeste y blanca
Conducid á la Patria al Paraíso
Como gloriosa postrimer batalla.

B. L. PEYRET.

EVOCACIÓN

¡Historia de la patria, magna historia
Arca ebúrnea de insólitas riquezas,

Con la llave de luz de los recuerdos
Déjame ¡abrir la cincelada puerta!

Un momento no más, en tus tesoros
Deja que oculte la febril cabeza,
Y en el polvo de oro de tus glorias
Se maticen las alas de la idea.

Quiero agitar con atrevida mano
Las fojas de tus épicas leyendas,
Para buscar los nombres de los héroes,
Que lustre dieron á la patria nuestra.

Y quiero más, entre la sombra augusta
Iré buscando laureadas huesas,
Y sin temor, doblando la rodilla,
De cada tumba llamaré á la puerta.

¡Ea colosos de la gloria! ¡Arriba!
Dejad el seno de la paz eterna,
Y levantad la loza entretegida
De verde lauro y siempreviva fresca.

Ven San Martín, el de acerado espíritu;
Surge Belgrano, el de la azul enseña;
Güemes aquí, valiente guerrillero,
Cid del futuro nacional poema!

Alza del fondo de la mar, Moreno,
Mártir de democráticas ideas;
Ven, gran Alvear, en heroísmo y gracia
Rival de los homéricos atletas.

Ven, astro salvador en la derrota,
De la legión incólume: Las Heras;

Pringles, Castelli, Lamadrid, Lavalle,
Salud! erguíos de la tumba afuera!

¿Por qué os llamé? Porque con justo orgullo
Amo á la Patria que también es vuestra,
Donde está lo que quiero; donde mi alma
lucha, trabaja, persevera y sueña.

Porque miro su cielo y está obscuro;
Porque siento su insólita tristeza,
Y aunque los labios con prudencia callan,
Párpados rojos el dolor revelan.

Ay! por eso, falanges de inmortales,
He turbado la paz de vuestras huesas,
Y he llamado con férvido conjuro
Vuestros manes ilustres á esta escena.

Díle, tú, San Martín, que cuando chocan
En el palenque cívico dos fuerzas,
Como tú en Guayaquil, la que es más noble
Por no ultrajar la libertad, se aleja!

Dí Belgrano que el bélico heroísmo
Nunca riñe de Dios con la creencia,
Y que es la muerte indiferente al héroe
Cuando animado por la fé pelea.

¡Héroes, venid! Tomádle de la mano,
Como Virgilio al místico poeta,
Y conducid la Patria al paraíso,
Entre los pliegues de la azul bandera!

*
* *

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Tres repúblicas lo han aclamado como el padre y fundador de su independencia y de su libertad.

La geografía política ha señalado ocho repúblicas independientes dentro del círculo trazado por su espada victoriosa.

El mundo entero lo ha reconocido como el primer genio militar del nuevo mundo.

La América toda, lo ha declarado á la par de Bolívar, el libertador de medio mundo, con quien comparte la gloria de



JOSÉ DE SAN MARTÍN

haber sido el apóstol armado de la revolución americana, que hizo flamear sus banderas victoriosas desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde Valdivia hasta la línea del Ecuador, marcada por sus volcanes encendidos.

La historia, ha consignado en sus páginas eternas, sus inmortales triunfos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipu, su atrevido paso de los Andes, su memorable expedición al Perú.

La justicia póstuma de los pueblos ha comprendido al fin en el gran capitán y el hábil político, al hombre superior á las ambiciones vulgares, que supo dirigir la fuerza con inteligen-

cia y con vigor y usó del poder con moderación y con firmeza, para hacer servir todo al triunfo de la grande y noble causa á que había consagrado su espada, su corazón y su cabeza.

La moral humana ha recogido de su vida el bello ejemplo de un hombre que, levantado por sus trabajos y por su genio al apogeo del poder y de la gloria, desciende voluntariamente de él, sin debilidad y sin enojo comprendiendo que había llenado su misión y no queriendo ser un obstáculo al triunfo definitvo á que había consagrado su vida. Este ejemplo único en la América del Sud y que sólo puede ser comparado con el de Wáshington, levanta y dignifica su figura moral como hombre público.

Tales son los títulos de San Martín á la admiración y á la gratitud nacional.

Bartolomé Mitre.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

San Martín ocupa un lugar prominente, entre los genios militares que produjo la Revolución Americana.

Se le llama el héroe de los Andes, de Chacabuco y de Maipu.

Nació en Yapeyú el 25 de Febrero de 1778, de padre español y madre criolla.

Sus primeros servicios militares los prestó á España, durante la invasión francesa, distinguiéndose en la batalla de Bailén.

Producida la Revolución de Mayo, San Martín se presenta á su patria con buen caudal de conocimientos teórico-prácticos en el arte militar y se pone al servicio de la causa

americana; era en 1812 y poseía el grado de teniente coronel de caballería.



SAN MARTÍN Y LOS GRANADEROS Á CABALLO.
(1812)

El gobierno argentino le encargó la organización de un cuerpo de caballería que fué denominado regimiento de GRANA-

DEROS Á CABALLO, cuerpo glorioso cuyo desempeño la historia no ha podido olvidar y en recuerdo de su nombre y sus jornadas, se creó ultimamente un cuerpo análogo, el mismo que acaba de presenciar en Boulogne Sur Mer, la inauguración de la estátua ecuestre de su creador.

El 3 de Febrero de 1813, al frente de sus Granaderos, obtuvo el combate de San Lorenzo, sobre la margen derecha del Paraná. Con sólo 150 hombres selló la primera brillante página del famoso regimiento.

Más tarde, San Martín se recibió de los restos del ejército de Vilcapujio y Ayohuma, substituyendo al general Belgrano; y convencido de que la campaña no podría llevarla hacia el Perú por el Norte sino por el lado de Chile, preparó el ejército de los Andes, en estas circunstancias: Su mal estado de salud era notorio; obtuvo permiso para dejar el mando del Ejército del Norte y concentrarse en Cuyo, centro á su vez de los emigrados chilenos, que respondían, unos, al General José Miguel Carreras, y otros, al General Bernardo de O'Higgins. Gobernador de Cuyo y amigo de O'Higgins, no le fué imposible la difícil tarea de la organización del Ejército de los Andes.

Aquí comienza el segundo período esplendoroso de su vida militar. Organizado en Paramillos, conduce el ejército á través de las profundas gargantas de la cordillera para caer en Chile y destrozar al enemigo en Chacabuco.

El triunfo de Chacabuco prepara la libertad de Chile y no obstante el pasajero desastre de Cancha Rayada, donde sólo Las Heras retira intacta su división, la decisiva y gloriosa batalla de Maipu, asegura la libertad del pueblo hermano.

Debía también llevarse la libertad al Perú, con los comunes fuerzos de los gobiernos unidos, cuyos anhelos y representación militar habían depuesto en las personas de San Martín y O'Higgins.

Con tal objeto se creó en Chile la gloriosa escuadra que, al mando de don Manuel Blanco Encalada, hijo de Buenos Aires y antiguo oficial de marina española, aprestó la fragata

«María Isabel» y cinco transportes, plantel más tarde reforzado por el contingente valioso del marino inglés Lor Cochrane.



LAS DAMAS MENDOCINAS OFRECIENDO SUS JOYAS Á SAN MARTÍN.

(1817)

Esta escuadra transportó á los vencedores de Chacabuco y Maipu, desde Valparaíso, hasta la tierra de los Incas y allí

ocupó á Lima triunfante y proclamó la independencia del Perú. Jurada el 29 de Julio de 1821, San Martín asumió el gobierno con el título de Protector del Perú, el 3 de Agosto del mismo año, acompañándole como ministros Monteagudo, García del Río y un sabio médico peruano, Hipólito Unánue.

Durante los tres meses de su actuación administró liberalmente promulgando la libertad de imprenta, creando bibliotecas, corrijiendo el sistema penal, aboliendo los ominiosos tributos que pesaban sobre los indios; salvó á la patria del régimen de la esclavitud vigente, declarando la libertad de vientre y por fin estableció que el siervo que de otra parte pisara el territorio del Perú sería libre inmediatamente, por ese solo hecho.

Dirigiéndose al Ecuador obtuvo la batalla de Pichincha, que dió por resultado la independencia de Quito.

En Guayaquil celebró la famosa conferencia con Bolívar é ignórase aún lo que en ella se trató, si bien se presume que San Martín anhelaba el concurso de Colombia para asegurar la libertad de la América del Sud.

Vuelto á Lima, hizo renuncia del mando ante el Congreso del Perú y se dirigió á Chile, luego á Mendoza y por fin á Europa, fijando su residencia en Boulogne Sur Mer, donde falleció el 17 de Agosto de 1850.

Mientras duró su destierro voluntario en Francia, hizo un viaje á Buenos Aires á fines de 1828 y sin desembarcar regresó de nuevo al viejo mundo.

No hay casi una ciudad populosa de la República que no le haya levantado un monumento histórico. En el gran día del Centenario de la Revolución se inauguraron otras muchas estátuas del héroe, y el pueblo francés le ha perpetuado, también, con otra estátua ecuestre en la ciudad de Boulogne.

Sus cenizas fueron reimpatriadas y se conservan en la catedral de Buenos Aires, en un hermoso mausoleo, de mármol negro, situado á la derecha de la entrada principal.

La historia le ha colocado á la cabeza de los grandes

fundadores de la independencia de América; las letras, la poesía y las artes han celebrado sus glorias y las generaciones



La entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil

posteriores á su tiempo le rinden el justo tributo de su admiración y su respeto.

P.

DISCURSO PATRIÓTICO

Mañana hará un siglo que, en la derruída capital de la provincia de Misiones, naciera modestamente un niño, que traía estampado sobre su frente el sello luminoso del genio y de la gloria.

Militar de vocación y raza, *San Martín* insume los primeros años de su espartana juventud en los colegios y en los campamentos, retemplando su espíritu y su cuerpo para las memorables campañas que pronto acometerá en defensa de la más grande de todas las causas; la causa de la emancipación de los pueblos contra la opresión de sus conquistadores.

España, cuna de sus padres y metrópoli de las colonias en que él mismo viera la luz del día, gime á la sazón bajo la garra de las águilas imperiales de Francia. Abandonado por sus monarcas el bravo pueblo español se apresta en masa á sacudir el ominoso yugo de la dominación extranjera.

San Martín, en la aurora de su brillante carrera no vacila en ofrecerle el concurso modesto, pero leal y decidido de su inteligencia y de su espada. *Arjonilla*, *Bailén* y *Albufera* le cuentan en las filas de los que vencen á los vencedores de la Europa, y el alto grado de teniente coronel sobre el campo de batalla es condigno premio de su pericia y de su desnuedo.

La inmortal revolución de 1810, estalla entretanto á orillas del majestuoso Plata y repercute eléctricamente por todos los ámbitos de la América latina. Un duelo á muerte se traba al instante entre españoles y americanos: los unos para perpetuar su antigua dominación, los otros para romper sus cadenas de tres siglos.

El fragor de los primeros combates estremece á *San Martín*, despedaza sus compromisos hacia España y lo arrastra á prodigar la vida en aras de la independencia de su patria, y más que de su patria, de la América toda; *San Lorenzo*, *Chacabuco*, *Maipu*, *Lima* y *Callao* son las etapas gloriosas que mar-

can sus huellas indelebles á través de valles y de montañas, de pampas y de mares.

La gratitud oficial lo condecora con el triple título de generalísimo del Perú, capitán general de Chile y brigadier general de la República Argentina. La gratitud popular lo aclama emancipador del Perú, libertador de Chile y salvador de la revolución argentina. Improvisador de ejércitos, dominador de la naturaleza, hijo predilecto de la victoria, redentor de pueblos y creador de naciones, trepa á la cima de la escala militar y á la cúspide de la grandeza humana.

Semejante á un torrente impetuoso, parece que nadie pudiera detenerle en el desenvolvimiento final de su augusta misión y, sin embargo, apenas celebrada la histórica entrevista de Guayaquil, el coloso vencedor de todos y de sí mismo, en la plenitud de una vida tan noblemente consagrada al culto de la patria y en el apoyo de una gloria tan heróicamente conquistada en epopeya sin igual, desciende espontáneamente de la eminencia que ocupa y se retira con serena majestad del campo de una lucha que tiene por palenque á Sud América y por espectador al mundo.

No lo impulsa la fatiga, ni el desencanto ni el egoísmo; se inmola patrióticamente en holocausto á su misión: deja su país, sale de América, traspone el Océano y, á tres mil leguas de distancia, se sepulta viviente, en la más pavorosa soledad del que se siente aislado en medio de la animación de un mundo indiferente ó extraño.

Y despojado de su homérico *rol* en el momento supremo, calumniado en sus propósitos y desconocido en sus sacricios, renegado por los suyos y perseguido por los extraños, siempre grande, siempre generoso, siempre digno, se envuelve en el manto de su conciencia inmaculada, convierte su pecho de granito en tumba de pasiones y, titán de la fortaleza y de la resignación, muere silenciosamente en tierra extranjera, legando su corazón tan magnánimo á tan olvidadizos contemporáneos.

Tal es, trazado á grandes rasgos, el pálido bosquejo del héroe en cuyo nombre y en cuyo honor, nos hallamos todos congregados.

Tan puro como Belgrano, más abnegado que Bolívar y primer capitán de su época, nadie puede ostentar títulos más acrisolados al reconocimiento de los pueblos que redimiera por el esfuerzo aunado de su genio y de su audacia.

Menos afortunado que Wháshington, careció de la oportunidad de mostrar en el gobierno tranquilo de las sociedades, las elevadas dotes y las austeras virtudes que revela en el comando de sus ejércitos; pero, á semejanza del héroe norteamericano, el fallo justiciero de la posteridad le proclama en alta voz el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el amor de sus conciudadanos.

Y puesto que la hora de la reparación nacional ha llegado, espléndida y solemne, para el más ilustre de todos los argentinos en la víspera de su primer centenario, inclinémonos respetuosamente ante su sombra veneranda, esperando el día no remoto en que nuestra gratitud y nuestra admiración osarán tallar su colosal estátua en la cresta más elevada de los gigantescos Andes, pedestal eterno de su grandiosa inmortalidad.

MANUEL QUINTANA.

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Cuando la libertad entra en la aurora
surge imponente su genial figura,
tiene su talla la suprema altura
de la heráldica estirpe vencedora.

Es la intuición, ferviente, triunfadora,
que del tiempo en el mármol se perdura,
el astro rutilante que fulgura
y con su luz un continente dora.

Su no vencida espada de pelea
abre fecundos surcos en el suelo
en que germina con vigor la idea.

Y, signo de su gloria soberana,
un cóndor augustar abate en vuelo
sobre la excelsa cumbre americana.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Á SAN MARTÍN

Ni fundido metal, ni mármol quiero,
para alzarte suntuosos pedestales;
ni quiero los laureles inmortales
que circundan las sienes del guerrero.
¡Alma y amor de patria, eso prefiero!
Alma y amor, que broten á raudales,
y labren monumentos colosales,
más firmes que la piedra y el acero.
Para tí, San Martín quiero otra gloria,
que arranque, viva, tu genial figura
de las ruinas eternas de la Historia:
¡Qué, por siempre y jamás, sombra gigante,
remueva el alma tu memoria pura,
y en santo amor de patria la levante!

ENRIQUE E. RIVAROLA.

SAN MARTÍN

Con firme brazo y planta vencedora
las altas cumbres trasmontaste un día,
guiando con heróica bizarría,
de los libres la hueste redentora.

Radió en tus sienes la perpétua aurora
de tu gloria inmortal, y todavía
en las tinieblas de la noche umbría,
resplande tu figura triunfadora.

Glorioso San Martín, honda tu huella
quedó grabada en el enhiesto monte,
en que tu propia excelsitud descuella;

porque tu monumento de granito
es el Ande, que ensancha su horizonte
sepultando su frente en lo infinito!

MIGUEL A. PASQUALE.

Á SAN MARTÍN

Que no sólo los pueblos se contenten
con levantar á tu memoria estátuas;
ni con rendirte culto los varones
que rigen los destinos de la Patria.

Que no sólo se animen con el ímpetu
de la entusiasta pasajera llama;
que en sus pechos se anide la ardorosa
luz explendente que animó tu alma.

Que no sólo en tí vean una gloria,
nada más que una gloria inmaculada;
que vean un ejemplo y un mandato
que los senderos del deber les marca;

Y que no sólo evoquen tu recuerdo
con himnos, bendiciones y alabanzas:
que luchen, que laboren, que se afanen
por ese ideal que defendió tu espada.

G. F. DE LA PUENTE.

SAN MARTIN

I

Fué como el rayo de la negra nube:
Potencia y luz:—su alma prometeana
trazó ancho surco de esplendor y gloria
en la trágica noche americana.

II

Cayó sobre la frente de la roca
y la hizo polvo y aventó sus ruïnas;
que llevaron dispersas á lo lejos
las brisas de las pampas argentinas.

III

Fué brazo y mente; pensamiento y fuerza:
águila de la roca americana
que iba en pos de las nubes proclamando
el credo de la fe republicana.

IV

¡Es el mártir, el Héroe y el Soldado;
nuncio de libertad en las campañas
donde clavaba su garrón glorioso
él formidable León de las Españas.

V

Murió con el presagio de su gloria
lejos del patrio suelo;
allá donde no hay brisas en sus pampas,
ni argentinas estrellas en su cielo.

VI

Porque cernió su alma de gigante
más allá de la noche de los odios;
porque trazó con su inmortal espada
la pauta de los nobles episodios;
porque deshizo el rayo de su verbo
supersticiones, sueños y vestiglos;
sus «claros timbres» cantarán los bronces
y su grandeza de Titán, los Siglos.

J. J. LASTRA.

AL HÉROE

Idolo de la tierra americana:
Ante el altar de tu grandeza inclina,
Recordando sus lauros y victorias
El pueblo de tu amor, su frente altiva.

Magnánimo soldado que la fama,
Orgullosa de tí, tu genio admira:
Pregonan la leyenda de tus triunfos
Las inmortales dianas argentinas.

Con palmas, mirtos y laureles
La juventud hoy teje con sus rimas
Tu corona inmortal, digno trofeo
Del túmulo que guarda tus cenizas.

La bandera triunfante en San Lorenzo,
Laureada en el Perú, Chile y Bolivia,
En Maipú y Chacabuco vencedora,
Recibe el homenaje que tú inspiras.

Los hijos valerosos de otras razas
Se agrupan á su sombra bendecida,
Y un recuerdo de amor, como tributo,
Al contemplar sus franjas, te dedican.

La grandiosa epopeya de los Andes,
Que á los pueblos de América electriza,
Es blasón que pregonan las virtudes
De una raza de héroes y heroínas.

La Patria que trazaste con tu espada
Hoy marcha al porvenir engrandecida,
A cumplir de sus genios inmortales
Democrática y noble profecía.

El augusto civismo de los pueblos
Que llevaron por norma tu divisa,
En los pechos viriles aun retempla
Del patriotismo la sagrada fibra.

El culto de la patria no decrece
En aquellos que te aman y no olvidan
Que primero morir de hambre y miseria,
Que formarle el abismo de su ruina.

Por tu honor, en la cumbre de los Andes,
Formarán las repúblicas unidas
El regio monumento que eternice
Los triunfos de las dianas argentinas.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

Á SAN MARTÍN

No podía morir. Cupo en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo.
Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño.

No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio!
Como el alma de Dios, necesitaba
El espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego,
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos;

Aquel brazo potente, que de España
hizo temblar el formidable cetro
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba á templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de un celestial incendio
Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso,

Cayó en la tumba, como caen los astros,
En el sudario de su luz envueltos;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió, dentro el sepulcro helado,
La irradiación de sus gloriosos hechos;
La libertad la recogió en sus alas
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente
Para pedirle inspiración, el genio,
Y va la patria á retemplar su vida
En sus intantes de dolor supremo!

¡Héroe inmortal! Al recordar tu nombre
Chispear el alma de entusiasmo siento,
Y en vano intenta modular mi lira
De tus victorias el sublime estruendo!

¿Qué extraño que arda al resplandor del tuyo,
Como un volcán, mi enardecido pecho,
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba,
Batiendo el casco tu corcel guerrero!

¡Ah! quién pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de angel
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

Beber de Dios, en la inspirada frente,
El blando acorde de su ritmo eterno
Para decirle, en inmortales himnos,
Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

Gervasio Méndez.

HIMNO Á SAN MARTÍN

CORO

Visionario inmortal de la gloria,
con su genio á la fama cansó,
y al buril de tu acero en la Historia
el poema del triunfo grabó.

HIMNO

Cual león que con ímpetu y saña
de la presa el rescate procura,
la altivez de su heróica bravura
rescatar el derecho juró.
Con su planta humilló la montaña,
y al mirar que á las crestas ya sube,
banderola de fuego, la nube
de su lanza al extremo se ató.

A su empuje en la lid turbulenta
Bambolear se vió el trono caduco;
en su cuesta inmortal, Chacabuco
ciñe el lauro al invicto adalid;
y de Maipu en la arena sangrienta,
donde el reto de España lo alcanza,
nuevo Alcides, su férrea pujanza
digna fué de los hijos del Cid.

¡Epopeya de luz que eterniza
la visión de su alma guerrera!
Es del cielo un girón de bandera,
la del bélico numen su fe;

saludó su victoria en la liza
el volcán con su rojo penacho,
y hasta el cóndor del alto picacho,
plegó el ala, abatido á su pié.

Gladiador del destino, le anima
el clamor secular de la raza;
solo lleva en la lid por coraza
de sü pecho el denuedo viril;
desde el Plata soberbio hasta Lima
REDENTOR tres naciones le llaman;
y abrasados los manes le aclaman
de Las Heras y bravo Rodil.

No abrigó sino un culto, la idea
con que América salva y redime;
fué la patria su amor más sublime,
la victoria su esclava más fiel;
y la envidia cobarde, y pigmea,
con denuesto sangriento le nombra,
porque tuvo una sombra... ¡La sombra
que proyecta en su frente el laurel!

Como un astro esparció sus fulgores;
como un sol ascendió sobre el mundo;
de su espíritu al fuego fecundo
libre y grande la patria surgió;
probó el cáliz de amargos dolores
que el destierro ofrecía á su paso,
y al hundirse por siempre en su ocaso
el anárquico espectro se alzó.

¡Gloria al héroe! En triunfal monumento
una edad y otra edad le contemple;
si recuerda ese bronce su temple,
su firmeza el granito dirá.

Ved al prócer: su noble ardimiento
de su pecho en el brío se exhala,
y su diestra la cima señala
que el corcel con su casco hollará.

Le dió el cóndor del Ande su vuelo;
su virtud abnegada el civismo;
el deber su espartano heroísmo;
el incendio de Mayo su ardor.
Bajo el palio de estrellas del cielo,
bajo el sol que en su enseña fulgura,
no vió América gloria más pura,
ni la patria grandeza mayor!

Mientras brille la épica lumbre
que destellan su espada y su genio,
la montaña, que fué su proscenio,
de su gloria será el pedestal;
y su hazaña dirán en la cumbre
las borrascas con roncos acentos;
con su lengua sonora los vientos;
con su lira de plata el raudal.

Horacio F. Rodríguez.

SAN LORENZO

Clarineóse á degüello. Los bridones
pifiaron de los bravos granaderos
y una ráfaga de ímpetus guerreros
agitó los compactos escuadrones.

Al frente de las épicas legiones
hubo un diálogo heróico entre los fieros
caudillos argentinos que, altaneros,
cambiaron sus supremas decisiones.
Terminó San Martín... «Que en la pelea,
para daros mis órdenes, os vea
de las tropas contrarias en el centro!».
—Y como el parche de un tambor de guerra,
bajo los potros resonó la tierra,
cuando cargaron en el recio encuentro!

VÍCTOR JUAN GUILLOT.

LA ACCIÓN EN SAN LORENZO

A la luz indecisa que alborea,
La ibérica legión surge del río,
Y avanza hacia el convento; el caserío,
A los reflejos de la luz blanquea...
Vibra el clarín de la épica odisea,
Luchan dos leones con pujante brío,
Y la barranca, como altar sombrío
De un Dios de sangre, ensangrentada humea.
Después se alejan las hispanas naves,
A semejanza de marinas aves
Que en roca extraña sorprendió el pampero;
Y tendido en el campo de victoria,
Salvador de su jefe y de su gloria,
Se agiganta el heróico granadero.

PEDRO PALENQUE.

EL COMBATE DE SAN LORENZO

Un mundo despertaba
del sueño de la negra servidumbre,
profunda noche de inmortal sociego,
con la sorda inquietud de la marea.
Y en la celeste cumbre,
las estrellas del trópico encendían
sus fantásticas flámulas de fuego
para alumbrar la lucha gigantea.

Un mundo levantaba
la desgarrada frente pensativa
del profundo sepulcro de su historia,
y una raza cautiva
llamaba al *salvador*, con hondo acento;
y el *salvador* le contestó lanzando
el resonante grito de victoria
entre el feroz tumulto de las olas
del Paraná, irritado
al sentirse oprimido por las quillas
de las guerreras naves españolas.

¡Fué un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
que barre las llanuras, se estrellaron
con ímpetu violento
en la muralla de templado acero;
¡y se vió largo tiempo confundidas
sobre la alta barranca,
y entre el solemne horror de la batalla,
la naciente bandera azul y blanca
y el ronco airón del pabellón ibero.

Fué la primer jornada
del torrente nacido en las sombrías
florestas tropicales;
la primera iracunda marejada,
y su rumor profundo
llevado de onda en onda por el viento
del Plata al océano,
¡fué á anunciar por el mundo
que ya estaba empeñada la partida
del porvenir humano!

OLEGARIO V. ANDRADE.

SAN MARTÍN EN SU SEPULCRO

¡Ahí está, todo luz!... Hundió al olvido
En Explosión de Gloria!
Y cual guardia de honor, velan su tumba
La Libertad! la Patria y la Victoria!

¡Era un rudo Titán! Así lo cuentan
nuestros viejos abuelos:
Fué la expresión de Dios, sobre los Andes
De raza de Astros, se acercó á los cielos!

¡Ahí está!... ¡Es el mismo que sembraba,
Con su legión de bravos,
Miedo en el corazón de los tiranos,
Ansias de libertad en los esclavos!

¡Ah! ¡Que se alce! y emplace á los mandones
De opulencia irrisoria,
El, que coloso, libertaba un mundo
Cubriéndose de andrajos y de gloria!

¡Que nos de algo de su alma! Y que hoy el pueblo
Al levantar en triunfo sus trofeos,
No olvide que en la Patria, falta Patria
Cuando la fuerza encumbra á los pigmeos.

¡Alza, sombra de luz! ¡Vuelve á los Andes
Que son tu pedestal! ¡Y allá, en su cumbre,
Enarbola banderas, que hoy se enlazan
Y sé el faro de paz que las alumbre!

JUAN CRUZ VARELA.

EL MAUSOLEO

Entre los muchos monumentos que se han alzado en honor de San Martín debe figurar en primera línea su Mausoleo en la Catedral de Buenos Aires.

Alguien ha dicho «Es digno del héroe que duerme en paz, como el héroe fué digno del pueblo á quién independizó».

En el frente y costados del sócalo del Mausoleo, que corona la urna cineraria, se destaca el nombre del General San Martín y los de las batallas que obtuvo.

Una sencilla inscripción que aparece en el fondo atestigüa que fué la iniciativa del Presidente Avellaneda, secundada por la acción popular, la que erigió dicho Mausoleo.

En todo el monumento y en cada una de sus partes descuella el héroe y su historia.

LOS DOS HÉROES

Schwarz—¡Qué magestuosamente se aculta el sol!
Moor —¡Así mueren los héroes!

Schiller.

Ya se escucha en las ondas populares
Una plegaria, un canto y un lamento,
Sonoro como el eco de los mares!
Ya resuena en los aires el acento
De los que un día, con pujante aliento,
Rompieron sus cadenas seculares!

¡Escuchad! ¡Escuchad! Es el pasado
Que revive en la sombra de la historia,
El rayo de la espada del soldado;
El primer grito, la primer victoria
Y el primer estandarte desplegado
A las ráfagas libres de la gloria.

¡El pasado! Sus pálidas auroras
Alumbraban un pueblo moribundo!
Resonaron las músicas sonoras,
Y América, con ímpetu iracundo,
Levantó con sus huestes vencedoras,
La libertad sobre la faz del mundo!

¡Oh! y qué solemne maejstad, qué encanto
Arrastraba á esos fuertes corazones
Que al levantar el estandarte santo
En contra de las viejas opresiones,
Mezclaban á los ecos de su canto
La ronca tempestad de sus cañones!

Ellos eran los fuertes, los abuelos,
Los que en la selva, en la hondanada oscura,
Bajo todas las sombras de los cielos,
Ahogaban en su pecho la amargura,
Presintiendo en las luchas y desvelos,
Tu poder inmortal raza futura!...

Ellos eran la gloria y la experiencia,
Ellos eran los héroes, los guerreros,—
Alud de libertad de la eminencia,—
Ellos eran los bravos granaderos,
Que luchaban, con Dios en la conciencia,
Y un relámpago rojo en los aceros!...

Eran el rayo que en la nube estalla;
Tronaban sobre nubes de metralla,
Abrazando una imagen transitoria!
¡Eran hijos del cielo y de la gloria!
¡San Martín, era el Dios de la batalla!
Y Bolívar, el Dios de la victoria!...

¡Cómo el cansado corazón expandes,
Sagrada libertad, eco que escucho
En el fondo del alma de los grandes!
Tú diste, trás el último cartucho,
Por pedestal, á San Martín, los Andes,
Por diadema, á Bolívar, Ayacucho!...

Tú paseaste en el llano sus legiones,
Y un día, al apagarse la contienda,
Libres los pueblos, rotos los pendones
Depuestos á la patria como ofrenda,
Los hiciste encontrarse, y en su senda
Se mezclaron sus dos inspiraciones!...

Luego, siguieron su destino. El mundo
Les dió la gloria un día, y otro día,—
Desgarrando su espíritu profundo,—
Ingratitud, ingratitud impía!...
Y ambos fueron con paso moribundo,
A dormir solos, en la tierra fría!

Ni un suspiro, ni un eco, ni un lamento
Cayó sobre su eterna despedida!
¡Qué importa! La ansiedad de su tormento
No amargó su esperanza en la partida,
Y cayeron con fé.—¡Ninguna vida
Es grande, si le falta el sufrimiento!

MARTÍN GARCIA MÉROU.

LA VUELTA DEL HÉROE

Á JOSÉ DE SAN MARTÍN

De pié,—sobre la arena
Que acarician las olas que derrama
El turbulento Plata en su carrera
De león, agitando su melena,—
Un pueblo entero, San Martín, te espera
Un pueblo entero, San Martín, te aclama
Vencedor del olvido. De tu fama
Alza el laurel que conquistaste un día,
Cuando diste el relámpago á tu espada,
Que abatiera en la tierra esclavizada,
La frente de la vieja tiranía.

Alza el laurel guerrero,
Que vió el mundo caído en el proscripto,
Caído, sí, pero jamás marchito.

———

Un día,—triste día—
Nuestro gran río,—murmurando á solas,
Bajo el casco de hierro
Con que la nave el oleaje hendía,
Lloraba en el gemido de las olas
El Adiós del destierro.
Y eras tú el desterrado. Hecho pedazos
Debió caer, coloso de la guerra,
Tu corazón al extender los brazos
En el supremo Adiós! Dejar la tierra
En que tanto sufriste,
La tierra en que naciste;
La tierra en que veías libertada,
A Yapeyú, la cuna en que tu infancia
Meciόse con risueñas alegrías
Aspirando en sus bosques la fragancia
Derramada en sus flores;
La tierra redimida
En que atraviesa el Andes—el proscenio
En que lanzó sus vivos resplandores
La aureola de tu genio
El Ande con sus riscos y quebradas,
Y llanos que te dieron tus laureles,
Cuando fueron alzando tus corceles
Polvo de redención con sus pisadas.

———

San Lorenzo ¡Allí! Fué en las riberas
Que baña el Paraná, do incendió el rayo
El sable de tus huestes granaderas;
Do desplegando al viento
El pabellón de Mayo,—
Retó á los opresores, -fué el aliento
Del soldado de América; el acento
De un himno que excitaba á la pelea;
El grito del combate furibundo;
La forma de una idea:
La libertad de un mundo!

———

Confuso vió el verdugo
El valor de la víctima, que alzándose,
En su frente opresora quebró el yugo...
Y al primer eslabón de la cadena,
Que caía en pedazos,—la victoria
Sobre el pueblo argentino abrió las alas,
Sobre el héroe inmortal abrió la gloria!
Así pasaste el Ande!
Como inmensa avalancha
Que desprendida de la cumbre enhiesta,—
En la corriente rápida se ensancha,—
Así la erguida cuesta
Tus soldados bajaban,
Los pueblos que esperaban
Les vieron descender como la lava,
Que se desborda del volcán hirviente,
Y por el valle corre y serpentea...
Y rompió sus cadenas Chile, esclava;
Y entre las garras del león potente
Irguióse en la pelea.

———

Les vieron descender,—como desciende
Desde la nube, vengador el rayo,
Y luchar sin desmayo;
Les vieron vencedores
En la cuesta inmortal de Chacabuco;
Levantarse en Maipú con la victoria
De dos pueblos hermanos
Y libertar la patria de los Incas
Cansada de ser trono de tiranos!
¡Vuelve! ¡Vuelve! La América te espera!
¡Vuelve! ¡Vuelve! á la patria que tu brazo—
Arma del genis—levantó en la historia!
Vuelve y reposa envuelto en la bandera
Que desde el Plata al alto Chimborazo
Paseaste en la victoria!
¡Vuelve! y sé nuestro aliento
En los días de lucha; que tu nombre
Revele tu grandeza al pensamiento;
Que el hombre en tus cenizas
Pueda animar sus fuerzas; que tu ejemplo,
De todos, San Martín, ejemplo sea;
Y cuando el pueblo lea
Bajo la augusta bóveda del templo
Medite con el alma conmovida
Y recuerde—agitado
Del patrio amor que el corazón expande,—
Al héroe en el soldado
Y en el proscripto al grande!

Enrique E. Rivarola.

MANUEL BELGRANO

Belgrano es la figura más pura que nos ofrecen los anales de la revolución Argentina.

No tiene el brillo de Moreno, ni la vehemencia de Monteagudo, ni menos el talento militar de San Martín. Pero habiendo actuado en la vida civil y en la acción guerrera, siempre en primera fila, pudo desplegar todas las energías morales que revelan el temple de un grande y honrado ciudadano.

Belgrano descuella, pues, por eminentes virtudes cívicas, más que por hazañas militares; y su nombre vivirá tanto como la Bandera Argentina de que es creador y á la vez portaestandarte.

C. L. Fregeiro.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Don Manuel Belgrano nació en Buenos Aires el 3 de Junio de 1770.

Educado en España, regresó á la patria en 1794, con el título de Abogado y Secretario del Real «Consulado de Comercio», en la administración del Virrey Arredondo, en cuyo desempeño bregó por las ideas del libre cambio, por la fundación de una Escuela Náutica y de una Academia de Dibujo.

En los albores de 1810, era ya uno de los criollos más prestigiosos de la Comuna: periodista con Mesa y Vieytes; defensor de Buenos Aires durante la invasión extranjera.

Sus méritos y su patriotismo le llevaron á la junta gubernativa, donde no aceptó sueldo alguno; y promovió, entre otras medidas de beneficio general, el establecimiento de una Academia de Matemáticas.

Recibió la investidura militar y el mando del Ejército Auxiliar enviado al Paraguay; es decir, sin ser militar acepta, como gran patriota, el delicado y grave cargo de organizar y comandar los ejércitos para la Revolución, ejércitos que actuaron en el Paraguay, en Tucumán y en Salta.

Las gloriosas esperanzas de Campichuelo—19 de Diciembre de 1810—se desvanecieron en el Paraguarí—19 de Enero de 1811—para morir en Tacuarí—9 de Marzo de 1811. Imperó la fuerza contraria; pero en la hueste argentina nació el valor cívico, y se caldeó, por primera vez, el alma ciudada en el campo de batalla.

Tucumán, triunfo obtenido el 24 de Septiembre de 1812 y Salta, el 20 de Febrero de 1813 restablecen, con creces, los contrastes anteriores y cambian el desarrollo de los acontecimien-



MANUEL BELGRANO

un tanto dudosos para los objetivos de la Revolución. Y mientras el Gobierno decreta honores «A los defensores en Tucumán» y la Asamblea General Constituyente premia «A los vencedores en Salta», Belgrano destina la importante donación pecuniaria que se le hiciera, para dotar de cuatro escuelas públicas de primeras letras á las ciudades de Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero.

Las derrotas sufridas en Vilcapugio y Ayohuma, el 1.º de Octubre y 14 de Noviembre del mismo año, respectivamente,

fueron *contrastes* que sufrieron las armas patriotas en manos de Belgrano, no obstante su reconocido valor y energía.



BATALLA DE TUCUMÁN — VICTORIA DEL EJÉRCITO DE BELGRANO.

(1812)

Cuando comprendió que interesaba á la patria y á su decoro militar su relevo como General en Jefe del Ejército, lo

solicitó, inmediatamente, convencido de que debía quedar en él con el destino que se le señalara; y grande fué su satisfacción cuando supo que al General San Martín se le había conferido el mando y á él, el Regimiento Núm. 1.

Agente diplomático en Europa, con don Bernardino Rivadavia, gestionó negociaciones para el restablecimiento de una monarquía constitucional en nuestro país; y después en América, para dar un Rey al antiguo Virreynato del Río de la Plata.

Creador de la bandera argentina, es su más glorioso portaestandarte.

Con su presencia y con sus ideas animó á los diputados del Congreso de Tucumán para que declararan la Independencia el 9 de Julio de 1816.

Falleció pobre y en la soledad, en su ciudad natal, el 20 de Junio de 1820, en la misma casa paterna donde nació.

Fué bueno, abnegado, honesto y virtuoso; valiente militar y gran ciudadano, por eso figura en primer término entre los varones ilustres de la Nación Argentina.

BELGRANO

A cual más héroe. El formidable acero
Mandaba en él á reposar la pluma,
Y el relicario de su vida suma
Virtudes de jurista y de guerrero.

De Tucumán y Salta el caballero
Jinete en su corcel, rompe la bruma;

Más el cuadro estupendo de Ayohuma
Esclarece á Belgrano todo entero.



El abrazo histórico de Belgrano y San Martín

Los reveces pusiéronle el sarcasmo.
Y no amengua su férvido entusiasmo.
Y su gloria, no es gloria que se estanca:

Arca fué de las patrias afecciones
Y envolvió desde el Cabo hasta Misiones



La muerte del General Manuel Belgrano
20 de Junio de 1820.

Con la faja de cielo azul y blanca.

D. Torres Frías.

MANUEL BELGRANO

Militar, ciudadano, realizaba
la dualidad virtual del patriotismo
que con firme constancia y heroísmo
el triunfo á la victoria disputaba.

Con ardorosa fe se batallaba
llevando al sacrificio su estoicísmo,
y con glorioso olvido de sí mismo
á la soñada libertad se daba.

Vencedor de los fuertes vencedores,
entregó al sol radiante los colores
que bautismaron la argentina tierra.

Corazón abnegado y generoso,
de nuestro amanecer esplendoroso,
en la cívica acción, armada á guerra.

Diego Fernández Espiro.

GREGORIO ARÁOZ DE LAMADRID

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

Nació en Tucumán, el 28 de Noviembre de 1795.

A los 19 años de edad se dedicó á la milicia, caracterizándose por su temerario arrojo y valor en todo trance.

Su primer escenario fueron las provincias del norte cuando las luchas de la independencia.

Después de la derrota de Belgrano en Huaquí, causó desaliento la noticia de que Goyeneche avanzaba con sus huestes, entonces la juventud de Tucumán, se apresuró á alistarse en el ejército patriota, figurando Lamadrid en calidad de teniente. Así fué como se encontró en la batalla de Nazareno, contraria á los intereses argentinos, en las Piedras, y en la retirada del ejército de Belgrano.



GREGORIO ARÁOZ DE LAMADRID

Ocurrido el triunfo de la Ciudadela, Lamadrid con su regimiento picó la retirada del ejército de Tristán, hasta los límites de Salta y Jujuy; y en los desastres de Vilcapugio y Ayohuma sus estériles prodigios de valor personal llamaron á tal punto la atención de sus superiores que, en lo sucesivo, le fué encomendada, sólo á él, toda misión cuyo éxito dependiera del arrojo y bravura del portador.

Durante la campaña de Rondeau, en el Alto Perú, se distinguió en Venta del Medio y Sipe Sipe, donde se batió furioso entre centenares de enemigos que le respetaron la vida asom-

brados de su bravura, hasta que uno de sus compañeros logra hacerle desaparecer arrebatándolo del fragor del combate.

La sublevación de López, en Santa Fé, hizo necesaria la intervención del ejército; pero éste contaminado por el partidismo político se subleva en Arequito, encabezado por el general Britos y como Aráoz permaneciera fiel á la autoridad es apresado junto con otros jefes. Más tarde, las tropas fieles se dirigieron á Buenos Aires, mandadas por Cruz, y Lamadrid se puso á su frente.

A la llegada del ejército la anarquía se hizo más profunda, entonces el Cabildo le confió el mando militar.

Designado para el interior á reclutar gente para la campaña al Brasil, fué batido por el caudillo riojano Facundo Quiroga en los campos de Tala y del Ricón. Dos años después, en 1841, siendo Lamadrid jefe del partido unitario en Tucumán es derrotado por el mismo Quiroga en la Ciudadela.

Tales desastres, en nada mengüaron la altivez del valiente militar, ni su prestigio en Tucumán; pues cuando Lavalle organizó la resistencia contra la tiranía de Rosas, él secundó sus esfuerzos en el interior de Tucumán.

Al frente del ejército reclutado en Tucumán y Salta se dirige á San Juan y á Mendoza, donde asume el gobierno de la provincia y como el ejército de Rosas al mando de Pacheco se le acerca, sale á batirle y es derrotado.

Impotente para vencer entonces al tirano, resuelve expatriarse, librándose así de las terribles consecuencias que le esperaban. Se dirije á Chile donde reside cuatro años.

En 1845 vuelve muy pobre á Montevideo y en 1846 acompañó á Rivera en su desgraciada expedición.

En 1851, cuando el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas, Lamadrid ingresó en el ejército libertador.

El 3 de Febrero de 1852, asistió á Caseros, contribuyendo, con su intrépido valor, al derrocamiento de Rosas.

Con este hecho importante termina la historia política y militar del general Lamadrid, que asistió á 130 batallas dejando en todas fama de valeroso y arrojado.

GREGORIO A. DE LAMADRID

Cual el violento alud de las montañas
se arroja sobre el campo del combate,
es su temible, vigoroso embate
homérico historial de sus campañas.

Son sus victorias á la ciencia extrañas.
Con temeraria intrepidez se bate,
dejando que en desorden se desate
el turbión de sus ínclitas hazañas.

Guerrero y trovador canta sus cuitas
en vehementes endechas regionales,
vibradores y dulces vidalitas.

Tiene el temple viril del libertario
y encarna en nuestros fastos nacionales
el valor romancesco y legendario.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO.

LAMADRID

Nada su fiera intrepidez abate;
Nada doblega su viril pujanza;
Caballero sin miedo, que se lanza
Cantando vidalitas al combate.

Si clava en el corcel el acicate
Y reboleando el sable se abalanza,
Como un centauro faboloso avanza
Y todo cede á su terrible embate.

Es el Cid de las cumbres, su bravura,
Que al vibrar del clarín aguijonea,
Al godo llena de inmortal pavura;

Y en medio del fragor de la pelea
Se destaca imponente su figura
Como un gigante que el espanto crea.

Damián P. Garat.

LAMADRID

Oprime la gastada empuñadura
De tu espada que, rayo de coraje,
Siegue las filas, acuchille y raje,
Asolando en el monte y la llanura.

Ciranesca tu impávida figura,
Dió á la Patria, fructuoso, el homenaje
De un arrojo rayano en lo salvaje
Y un afecto en que rima la ternura.

Junto á la heróica espada que desgarra
Soñando, vidalitas la guitarra,
Surge así, legendaria su silueta;

Así conquista el patriotismo austero
Un poeta con fibra de guerrero
Y un guerrero con alma de poeta.

D. Torres Frías.

LAS HERAS

Las Heras formó en las avanzadas de la falange incontrastable que los pensadores de Mayo lanzaron á todos los rumbos de América á lidiar por su libertad y soberanía; fué soldado



JUAN GREGORIO DE LAS HERAS

de la primera hora y de la primera fila y cúpole en suerte dar á la causa sagrada á cuyo servicio se puso, victorias que aun celebran y celebrarán por siempre los pueblos que, en-

tonces oprimidos, son hoy libres y soberanos. Chile y el Perú le vieron vencer gallardamente, como sulbarterno y como general, doquiera que la suerte le puso al frente de sus enemigos en otrora, hermanos hoy, por fortuna, en las lides del trabajo y en el concierto de la civilización y del progreso; y le vieron vencer hasta en sus mismas derrotas en que su varonil entereza y talentos militares preparaban la victoria futura de sus armas. Bien alto y bien honrosamente para todos lo proclaman así los campos de Cancha Rayada, las vegas de Talcahuano y los muros inexpugnables del Callao, que unos y otros, argentinos, chilenos, peruanos y españoles, hemos incluído á justo título en nuestras glorias militares del pasado, porque fueron palenques en que la raza lidió sus talentos, su coraje, su abnegación y patriotismo, con igualdad de esfuerzos y proezas, y con igual honor para padres é hijos que defendían con fe y decisión la causa de sus amores; y que les convirtió en rivales para disputarse en ensangrentados campos quién rendía mejor y más bravío tributo á esas virtudes que hacen, en su momento, de cada hombre un apóstol y de cada apóstol un mártir.

Por ello, y permitidme, señor, esta justicia á todos, los valerosos soldados del gualda y rojo, sin quebrantar jamás sus más nobles altiveces, se descubrieron ante sus vencedores en Chacabuco y en Maipu; y los férreos veteranos de la América guerrera de aquellos tiempos saludaron con hidalgo respeto á los heróicos vencidos, cuando ellos se llamaban José Ordóñez, el brioso debelador de nuestros más gallardos guerreros; Jerónimo Valdés, de geniales condiciones, que después de batallar catorce años por el honor y la soberanía de España en América, apostrofaba á Fernando VII al pié de su trono, diciéndole: «soy uno de vuestros generales que fuí al Nuevo Mundo con una camisa y he vuelto sin ninguna»; ó José Ramón Rodil que, el primero en la pelea, fué el postrero en entregar su espada en los castillos del real Felipe, dos años después de atronar los ámbitos del mundo el último

cañonazo de Ayacucho. Dignos eran los unos de los otros; y por ello la bandera de la madre España y las rebeldes de entonces, tan soberanas hoy como élla, saludan en concierto estos venerables restos mortales, y con las banderas el alma toda de sus hijos. Es que los hijos somos dignos de los padres y los leones españoles, procrearon leones en América!

La contienda guerrera, la esforzada y heróica, terminó; y Las Heras volvió á la tierra de su cuna, envainado ya para siempre su sable legendario, para entregarse á la faena menos fulgurante, pero no menos fatigosa y ardua, de la organización política de la patria que librara de opresores extraños.

El soldado se tornaba en estadista, el guerrero en político, el hombre de armas en campeón de la idea y del pensamiento organizador y constitutivo de una nacionalidad á que había echado cimientos perdurables en los campos de batalla, cavándolos con el sable de Cancha Rayada y de Maipú, amasándolos en barro heróico con la sangre de abnegados hermanos; el militar adusto y severo en gobernante ecuánime y sagaz, el guiador de ejércitos libertadores en conductor de pueblos en formación.

En nuestro cencepto señor, esta transfiguración constituye el mérito más recomendable de este patricio ilustre, que fué, primero, ejemplo de soldado, y modelo después, de ciudadano demócrata y consciente. En este concepto, su vida es para nosotros un símbolo y una enseñanza; y declarándolo bien alto, recibimos de vuestras manos sus sagradas cenizas para conducirlas al pié del más glorioso de los monumentos argentinos y entregarlos á la veneración del pueblo para que lo admire, y sobre todo, para que lo imite.

La madre de los argentinos, esta amada y noble patria que es nuestro más legítimo orgullo, estaba convertida por el desborde de las pasiones en un caos político y social.

Sus hijos, perdido el rumbo por falta de serenidad y sobra de impaciencia, obcecado su espíritu hasta lo inconcebible, pretendían fundar el orden por la anarquía, los principios por

la razón de la fuerza encarnada en la chuza del caudillo ó en la bayoneta del soldado rebelde, la organización por el desorden, confundiendo la libertad y el derecho con la demagogia y el desenfreno. Las Heras, incapaz, como debe ser el ciudadano fiel á sus deberes y principios, de inclinarse servilmente ante los desbordes del poder ó de encenagarse en la adulación á las masas, puso dique al torrente, y, continuador de la obra meritísima de Rodríguez, dió todas sus fuerzas, abnegación y lealtad, al servicio de los más altos y legítimos intereses morales y materiales de la asociación política que soñaran y anhelaran los próceres de Mayo. Gobernador de Buenos Aires «cumplió la ley, administró bien las rentas, » hizo prosperar el país, dióle respetabilidad dentro y fuera, » y trabajó con éxito por la reunión de un Congreso Nacional » que se verificó en 1824». Encargado después del Poder Ejecutivo de la Nación se intentó bajo sus auspicios la ansiada unión nacional, que se realizaría definitivamente en 1861, después de dolores, vergüenzas y sacrificios, que hoy parecen increíbles, por el esfuerzo de otro ilustre varón, el general don Bartolomé Mitre, poderosamente ayudado por la patriótica voluntad del pueblo, rudamente aleccionado en la escuela de la adversidad.

Fracasado por entonces el nobilísimo intento, no queriendo autorizar ni aun indirectamente con su presencia el desenfreno y anarquía de las pasiones, dió por terminada su misión en la patria de sus amores y se impuso el ostracismo, no por voluntario menos penoso. Sin desviar de la tierra querida su mirada y sus pensamientos, pidió á Chile refugio para sus cansados miembros y un poco de paz para su alma de predilecto. Allí ha reposado cerca de medio siglo á la sombra de los Andes y arrullado por el Pacífico, dos colosos de la naturaleza, cuyas altiveces domó en sus gloriosas cruzadas de libertador. Vuelve, señor, en la hora de la justiciera apoteosis á descansar en el seno de los suyos, de aquellos á quiénes dió patria libre y pretendió darles ley soberana que

rigiera su presente, asegurara su felicidad y prosperidad y afianzara sus destinos en los más remotos tiempos; vuelve, señor, en la hora propicia, porque todos los que habitamos en esta tierra bendecida que cubre con sus gloriosos pliegues la bandera inmaculada que ostentáis sobre vuestro pecho, todos, quiero y debo creerlo, pensamos y sentimos que es ya llegada la hora de fundar indestructiblemente la felicidad y la grandeza moral y material de la patria, levantando en nuestros corazones un altar en cuyas aras solamente se sacrifique en nombre del austero deber que nos impone el civismo.

Pongamos, señor, el oído en esta urna, cuyo bronce ha fundido el calor de la gratitud y admiración chilena al héroe cuyos despojos guarda. Una voz misteriosa, la voz de la patria, la voz de Las Heras, murmura cariñosamente una lección y un consejo que debe recoger y meditar la conciencia de los argentinos. Si dentro de un momento golpeáramos otro bronce heróico, el de la estátua del vencedor de los Andes, sus vibraciones nos repetirían la consigna; y si un poco más allá, en la plaza de Mayo, interrogámos al monolito que levantaron con sus manos los fundadores de nuestra soberanía, esa voz misteriosa é imperativa resonaría otra vez para decirnos: *¡Argentinos! ¡Paz y fraternidad por hoy y por siempre jamás! Conservad fría la mente y el corazón honrado para trabajar lealmente vuestros destinos. Respetad mis leyes para respetaros á vosotros mismos; y si alguna vez el estampido de nuestros cañones turba el sueño de los héroes legendarios que pregonaron mi decálogo y llevaron mi gloria por la extensión de América, sea solamente para defender mi honor de ultraje extranjero ó para celebrar, como hoy, mis más grandes alegrías.*

JOSÉ JUAN BIEDMA.

Entregamos al maestro fervoroso este elocuente discurso del señor Presidente de la Comisión Popular en la recepción de las venerandas reliquias del ilustre Prócer, para que, inspirado en sus conceptos patrióticos desarrolle ante los alumnos una brillante conferencia histórica. — *(N. del Compilador).*

JUAN GALO LAVALLE

Campeón de la emancipación americana, su nombre está escrito en la historia de ocho repúblicas independientes.

Fundador de la nacionalidad argentina, catorce provincias sostienen hoy su urna.

Mártir de la libertad del Río de la Plata, un pueblo libre y agradecido ha depositado sobre sus restos inanimados la corona del martirio.

Hombre de principios, superior á los brutales enconos de las luchas, todos los hermanos pueden abrazarse en torno de su sepulcro.

Bartolomé Mitre.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

El general Lavalle fué otro héroe de la independencia americana.

Nació en Buenos Aires el 17 de Octubre de 1797. Hijo legítimo de don Manuel José de Lavalle, Contador General



JUAN GALO LAVALLE

de la Real Renta de Tabacos del Virreynato de Buenos Aires y doctor en jurisprudencia de la Universidad de Lima y de doña María Mercedes González, entusiasta patriota que vendió sus joyas con destino al socorro de los huérfanos y viudas de la

Reconquista y Defensa de Buenos Aires y la acuñación de una medalla de plata conmemorativa.

Su primer antecedente militar lo constituye, la solicitud que presentara al sub-inspector de caballería, con el propósito de ingresar como cadete al escuadrón de «Granaderos de Caballería», á lo que no hizo lugar Balcarce por no existir vacantes, no obstante el informe favorable de San Martín.

Alférez, en los muros de Montevideo; teniente, en Putaendo y Chacabuco; capitán, en Maipu, y en el sur de Chile; Sargento Mayor, en Pasco; Comandante en Río Bamba, Pichincha y Monquegua; Coronel, en Ituzaingó; General, en Navarro, Puente de Márquez, Palmar, Carpintería, Yerbal, Don Cristóbal, Sauce Grande, Tala, Quebracho y Famaiga, fué temible en la lucha, generoso en el triunfo é incontrastable en la derrota.

Su vida es tan gloriosa como los triunfos de América. Educado militarmente en el regimiento de Granaderos á Caballo combatió en sus filas en el sitio y rendición de Montevideo; pasó los Andes y concurrió á Achupallas, Chacabuco, asalto de Talcahuano, Cancha Rayada, Maipu y Bío Bío.

Durante la campaña del Perú, figuró heróicamente en Nazca y Pasco. Se incorporó á la columna auxiliar desprendida al Ecuador, brillando en Río Bamba y participando de la gloria de Pichincha; y cuando la expedición á Puertos Intermedios se halló en Torata y Moquegua, donde cubrió la retirada con veinte cargas en tres horas, acción por la que se le coloca á la altura del afamado Ney.

Lavalle, venciendo con 95 granaderos á 500 soldados españoles en Río Bamba; acuchillando con 100, en Pasco, á 300; cargando con tres escuadrones en el Puente de Márquez á 300 gauchos ha sido comparado á Murat.

De vuelta á la patria, en 1824, hizo la campaña al Brasil, asistiendo á Bacacay, Ituzaingó y el Yerbal.

En cuanto á la política interna, es conocida su participación en los pronunciamientos de 1828 y 1839.

Fué gobernador de Mendoza en 1824 y de Buenos Aires en 1828.

En los días de gala lucía sobre su pecho catorce condecoraciones ganadas en los campos de batalla.

Murió en Jujuy el 9 de Octubre de 1841, á consecuencia de la bala con que un cobarde le traspasó el pecho, disparando al azar por el agujero de una cerradura.

Para salvar de los traidores sus últimos despojos fueron conducidos á Potosí, en cuya catedral se le hicieron solemnes exequias y conducidos á Chile se depositaron en el cementerio de Valparaíso, hasta que en 1860 el gobierno de Buenos Aires, decretó su traslado á la patria designando en comisión, para tal desempeño, á los ciudadanos Las Heras, Dr. Gabriel Ocampo y don Mariano Sarratea.

Los restos llegaron á su destino, el 20 de Enero de 1861 y fueron depositados en el sepulcro de Rivadavia, encomendando su custodia á la Sociedad de Beneficencia.

En 1886 se le erigió su estátua de mármol, en la plaza que hoy lleva su nombre, en la capital de la República.

LAVALLE

No fué un héroe ni un hombre. Fué un rugido
Que paseara en el campo de batalla
Victorioso el pavor. Y estremecido
Oyó el mundo entre cargas de metralla.

Sembrando de la muerte el alarido
Va el bizarro león; con él estalla
Todo el orgullo americano herido,
Y hasta el latir de los volcanes calla.

¿Quién detiene de un astro la carrera?
¿Ni quién traza horizonte á la bandera
Apoyada en la fuerza de su brazo?

Conllevó, para asombro de la Historia,
Desde el Plata á los Andes la victoria,
Y aún repite ¡Lavalle! el Chimborazo.

D. TORRES FRÍAS.

AL GENERAL LAVALLE

FRAGMENTO

¡Mártir del pueblo! ¡Víctima expiatoria
inmolada en el ara de una idea,
te has dormido en los brazos de la historia
con la inmortal diadema de la gloria
que del genio un relámpago clarea.

¿Qué importa que sucumban los campeones
y caigan los aceros de sus manos,
si no muere la fe en los corazones,
y del pendón del libre los girones
sirven para amarrar á los tiranos?

¿Qué importa si esa sangre que gotea
en principio de vida se convierte,
y el humo funeral de la pelea
lleva sobre las alas una idea
que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida
solloce con las fuentes y las brisas,
si no ha de ser eterna su partida,
si con nuevo vigor, con nueva vida,
más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Martir! Al borde de la tumba helada
la gloria velará tu polvo inerte,
y al resplandor rojizo de tu espada
caerá de hinojos esa turba airada
que disputa sus presas á la muerte.

Y cuando tiña el horizonte oscuro,
del porvenir la llamarada inmensa,
y se desplome el carcomido muro
que tiembla como el álamo inseguro
ante las nubes que el dolor condensa,

Entonces los proscriptos, los hermanos,
irán ante tu fosa, reverentes,
á orar á Dios, con suplicantes manos,
para saber domar á los tiranos,
¡ó morir como mueren los valientes!

OLEGARIO V. ANDRADE.

MARTIN MIGUEL GÜEMES

El general Güemes, fué un caudillo argentino que alcanzó alto prestigio militar, no solamente por su valentía y destreza, sino por el sistema guerrero que le fué característico, y con el cual sentó predominio en el norte de la República.

Descendiente de una ilustre familia salteña, se formó militar en las luchas contra los ingleses; sirvió con eficacia y elevado patriotismo la causa de la independencia y más tarde tomó participación activa en las luchas civiles de su patria, hasta que fué gobernador de Salta.

Güemes y sus gauchos son dos factores que se identifican y ha pasado á la historia esa caballería de guerrilleros, como el Ejército de los Andes, por ejemplo.

Reunía condiciones especialísimas para la empresa que se había abocado y así lo reconocieron sus grandes amigos, San



MARTIN MIGUEL GÜEMES

Martín, Belgrano y demás jefes de actuación de aquél entonces; San Martín, sobre todo, que jamás sabía equivocarse, miró siempre á Güemes con tan marcado afecto y estimación, que fué á uno de los primeros á quien comunicó su gran victoria de Maipú.

Era un diestro jinete, ágil, flexible y liviano que manejaba sus briosos potros con una maestría y arrojo nunca del todo ponderados.

Su vida militar no es á la manera de la de otros generales de la independencia que concentran en derredor de sí una serie de hechos pronunciados y diversos, que pueden cronológicamente, ordenarse como relación biográfica. Güemes contribuye con su esfuerzo y con sus hombres, á cuantos requie-

ren su contingente valioso y, como dominador del norte, es el héroe romanesco y el campeón popular que trazó la valla infranqueable allá en los límites todavía intrincados de nuestros dominios territoriales.

Cuando la población de Salta se levantó en armas, formando con sus legiones las vanguardias del ejército patriota, para rechazar al enemigo, fuerte con los triunfos de Vilcapugio y Ayohuma, el capitán Güemes reaparece en el norte, dando organización y cohesión á los elementos populares. Lo mismo, cuando San Martín se propone continuar la campaña al Perú, por el lado de Chile, y entregar la ejecución de una parte importante de su plan de operaciones, encuentra que el capitán de granaderos don Martín Güemes reunía tales condiciones, y junto á Pedro José Saravia y bajo las órdenes del coronel Dorrego, fué designado comandante de milicias de vanguardia. Entonces organizó la guerra de recursos, apropiada al medio geográfico y á los elementos de que disponía, guerra que más tarde dirigió en carácter de Jefe.

Otro hecho importante de la vida de Güemes, es la revancha de Tejar. Las fuerzas de Pezuela ocupaban el Puesto de Márquez y sus alrededores. El ejército argentino estaba á ocho leguas de dicho punto y los realistas ignoraban su aproximación. Güemes mandaba la caballería salteña compuesta de seis mil milicianos, el regimiento de Dragones y el de Granaderos á Caballo. El enemigo estaba descuidado. El 19 de Abril de 1815, al amanecer, Güemes cargó á sable y lanza con más de mil hombres de caballería, produciéndose un espantoso entrevero: gritos, tiros y ruidos de guardamontes. Quedaron en el campamento realista más de ciento treinta muertos y doscientos heridos; los demás se desvandaron en busca de sus armas y sus caballos.

El general Güemes tuvo, alguna vez, desavenencias profundas con el General Rondeau. Este, queriendo establecer superioridad sobre aquél, intentó invadir á Salta, donde el go-

bernador Güemes tenía sus escaudrones de milicias. Apenas pasó de Caldera—ciudad á ocho leguas de Salta—hasta Cerrillos, cuando la hostilidad del gauchaje se hizo sentir hasta retirarle toda clase de recursos, «quedando después de tres días reducido á comer las uvas de las viñas de los Tejada». Pocos días después, á consecuencia de esta guerra de recursos y del triunfo de los oficiales de las milicias salteñas, Moldes y Panana, sobre los refuerzos que desde Buenos Aires conducía don Rafaél Ortiguera para Rondeau, éste tuvo que capitular, reconociendo á Güemes como buen servidor de la patria, no obstante haberle declarado, tiempo atrás «reo de Estado». Güemes le devolvió los prisioneros, le proveyó la tropa de carne y otros víveres y les dejó volver á Jujuy.

Doña Magdalena de Güemes, madre del general, fué la que más influyó para allanar las dificultades habidas entre los defensores de la patria.

A Güemes se le debe también la creación del regimiento de *Dragones Infernales*, en contraposición de los *Angélicos* que había organizado el cura realista de Yaví, titulado teniente coronel. Los dragones infernales vestían chaqueta y chiripá rojo, chambergo negro y pluma blanca, como distintivo de adhesión á Güemes.

Fué, además, un militar fiel á sus compromisos: cuando La Serna, general realista, experto y previsor, promovió medios de seducción hacia Güemes, ofreciéndole una fuerte suma de dinero y títulos honoríficos, para que abandonara el campo, convencido de que no sólo con armas, ni con hombres, se ganan batallas, éste dijo á los emisarios, que eran jefes del ejército realista: «¿Los veteranos españoles estiman en tan poco su honor, que se encargan de misiones como éstas?» Avergonzados los emisarios juraron que ignoraban el contenido del pliego. Breve tiempo después el general patriota sitiaba al ejército realista tal como era su sistema de guerra, hasta que el 6 de Febrero de 1817, cien *Infernales* y otros gauchos, al mando de don Juan Antonio Rojas, sorprendieron al

escuadrón de «Extremeños», que lo componían los mejores y más valientes soldados del ejército del rey. Y de avance en avance y de sorpresa en sorpresa, llegó á convencer del todo á La Serna que la guerra de detalle y el ensañamiento de los gauchos desmoralizaba á los soldados al punto de arruinarlos completamente.

Salta y Jujuy, fueron el teatro de acción del caudillo que nos ocupa, no obstante en las postrimerías de sus campañas marchara hacia Tucumán, al frente de mil hombres; pero, á la mitad del camino fué puesto en retirada por la vanguardia tucumana al mando de don Manuel Eduardo Arias.

Vuelto á Salta la oposición le organizó un ejército para negarle la entrada á la ciudad, en vista del contraste sufrido. Los amotinados formaron en batalla en el campo de Castañares, pero, no bien la caballería divisó al jefe que tantas veces les había conducido al triunfo, volvieron sus armas y se desplegaron á incorporarse en las filas de sus camaradas vivando á la patria y al querido caudillo. Güemes entró á Salta rodeado del pueblo y de una fuerte milicia: no ejercitó venganza alguna, licenció á los prisioneros y á todos los que desearon volver á sus hogares en procura de sociego y tranquilidad.

En tales circunstancias, el general realista intentó hacer un avance sobre Salta y confió la empresa á *Barbarucho*, como llamaban comunmente á Francisco Baldez, antiguo capataz de arrieros del comerciante Olañeta y coronel realista después. El enemigo llegó á Salta, como se había propuesto, tomando la plaza principal. Por una rara coincidencia casual, el General Güemes se encontraba en Salta cuando ocurrió dicho suceso y, desde la casa paterna, ocupábase con sus ayudantes en dirigir la correspondencia y preparar la continuación de la guerra, cuando la misma noche oyó que en la calle sonaban tiros; montó á caballo y salió con sus guardianes al sitio del suceso. La fatalidad quiso que en medio de las sombras fuese herido de bala por la espalda, desgarrándole la ingle.

Fué trasladado por un grupo de jefes amigos, bajo un gran árbol donde se le improvisó un lecho de rústica madera. Su situación era grave: un delegado español le ofreció los recursos de la ciencia y los rechazó de plano; luego, incorporándose, hizo jurar á sus oficiales que expulsarían al invasor y expiró, después contando treinta y seis años de edad.

La Junta Numismática Argentina conmemorando el aniversario glorioso de este general de la independencia hizo en bronce, una medalla conmemorativa del prócer.

Y con motivo del bautizo de las escuelas de la capital, en el primer centenario de la revolución, á una de dichas escuelas se le ha dado el nombre del prestigioso caudillo y defensor de la independencia en el norte de la república.

GÜEMES

Sobre el negro corcel encabritado,
En la diestra la espada refulgente,
Noble el semblante, altivo el continente,
Cruza veloz el paladín osado.

De Vilcapujio vengador airado,
Avanza con la furia del torrente,
Y en el confuso batallar ardiente
Triunfante agita su pendón sagrado.

¡Güemes no ha muerto! ¡Su heroísmo aun late!
Se alzará de la tumba que lo encierra
Si el patriótico espíritu se abate,

Y estremeciendo la argentina tierra
Convocará con su clarín de guerra
Otra vez sus leones al combate.

LEOPOLDO DÍAZ.

GÜEMES

Deslice como el viento en su carrera,
Caudillo bienhechor, tu armada gente,
Aporta el aguerrido contingente
De tu fosca y movible montonera.

El baluarte está allí de la bandera,
Es Salta que amenaza; es el torrente
De los gauchos de Güemes, insurgente,
El doloso guardián de la frontera.

Llevando el verbo reventado en Mayo
Gira y más gira en pavoroso rayo,
Custodio de las patrias esperanzas.

Alto el jinete de bizarro porte,
Quedará siempre dominando el Norte
El bosque de sus sables y sus lanzas.

D. Torres Frías.

GÜEMES

¿Qué importa que los bardos del pasado
Hayan callado en torno de tu gloria?
¿Qué importa que no canten tu victoria
Andrade, Echeverría y Obligado?

Si tu genio inmortal está grabado
Del gran pueblo argentino en su memoria,
Si tu acción, si tu espada, si tu historia,
Bien la conocen. ¡Paladín osado!

Si saben que eres vengador airado
Del desastre fatal de Vilcapugio,
Si conocen que tu último refugio,

El lugar de tu muerte fué sagrado;
Dirán, que, comparado con el Ande
Eres tu más excelso, eres más grande!

Alfredo Parodié Montero.

GÜEMES

Para cortar, de pronto, el pánico y el duelo
que siembra el español, triunfante en su carrera,
entre el bosque y el río, la montaña y el cielo,
como una red sutil, tendió la montonera.

Y con la roja lanza, y al indómito vuelo
de su potro, por siempre, de marca la frontera.
diciendo al enemigo: «Hasta aquí es nuestro suelo.
¡Atrévete á violarlo!... Mi pabellón te espera».

Siguiéndole hacia el norte, contra el hierro y el fuego,
sus gauchos le tributan un amor santo y ciego,
mientras el godo, huyendo por las cumbres desiertas.

Le rinde el homenaje soberano del odio...
Y su sombra se yergue, de la patria á las puertas,
Apoyada en su lanza, como un angel custodio.

*
* *

PASCUAL PRINGLES

Nació en San Luis á fines del siglo pasado y fué muerto por las hordas de Quiroga, sobre el Río V, en 1831.

El famoso episodio de la *Playa de los Pescadores* en el Perú, realizado en Noviembre de 1821, le abrió las puertas de la inmortalidad.

PRINGLES EN PESCADORES

Establecido el ejército en el valle de Huaura, en Perú, en Noviembre de 1820, el general San Martín colocó avanzadas amenazando á Lima, en tanto que el enemigo estaba acampado en Asnapuquio; pero como hiciera un movimiento sobre Chancay, el Libertador hizo avanzar dos regimientos de caballería bajo las órdenes del coronel Alvarado, lo que dió lugar á una proeza por una de sus partidas de vanguardia.

Era el 2 de Diciembre. La partida era mandada por el teniente Juan Pascual Pringles, quien debía situarse en la caleta de Pescadores, á 15 kilómetros de Chancay, despachar de allí al emisario con la comunicación y esperar su regreso, debiendo replegarse á la reserva si la contestación se retardase, ó se presentasen fuerzas enemigas, con prohibición absoluta de empeñar ningún combate. A esa hora fué atacado por la vanguardia enemiga, al mando de Valdez, compuesta de un escuadrón fraccionado en primera línea y el batallón de Numancia, compuesto de colombianos, con dos piezas de artillería en reserva.

Pringles, en vez de retirarse, como era su deber, arremetió temerariamente contra la primera fuerza que se presentó por el frente, que era una compañía de Dragones del Perú, de cuádruple número, mandada por Valdez en persona. Rechazado en el choque, encontróse en retroceso con otra compañía de

Dragones, que le cortaba la retaguardia, á la que cargó también con la resolución de abrirse paso á todo trance. Deshecho en el segundo encuentro, con tres muertos y once heridos, incluso el mismo Pringles, lanzóse al agua á caballo con sus últimos soldados—se ha dicho que con la resolución de ahogarse antes que rendirse, pero en verdad, para rendirse honradamente, salvando la vida de sus compañeros.

Sabedor Valdez del caso, acudió á escape al sitio, y ofreció garantía de la vida á los jinetes náufragos, en homenaje al valor que habían mostrado, en momentos en que Pringles estaba casi sumergido por un vuelco de su caballo espantado por el oleaje del mar.

Fueron llevados á Casas Matas, en sus mismos caballos, y dos meses después canjeados por prisioneros españoles.

Incorporados al ejército merecieron la siguiente honrosa distinción:

«El teniente Pringles y los valientes que le acompañaron, el 27 de Noviembre cerca de Chancay, han vuelto á unirse á nosotros después de haber sufrido en Casas Matas la suerte que les ha cabido siempre á los americanos, que, á pesar de su valor han probado las vicisitudes de la guerra. Sin embargo, el enemigo no ha podido menos que rendir á los salvados que sorprendió con fuerza muy superior, el homenaje de su admiración. Si ellos han merecido de sus mismos vencedores, es justo que reciban un testimonio público, que recomiende su memoria á la gratitud de sus conciudadanos.

«El oficial Pringles y los individuos que le acompañaron el 27 de Noviembre han llenado mis esperanzas, y cumplido sus deberes con la patria; pero en sensible que aquel oficial al paso que acreditó su valor, obró sin previsión, dejándose sorprender del enemigo como corresponde, y solo el ejemplo extraordinario que ha dado de bravura, le salva de la severidad de las leyes militares.

«El teniente Pringles y los individuos que le acompañaron llevarán en el pecho un escudo celeste con la siguiente inscrip-

ción, bordada con caracteres blancos: «*Gloria á los vencedores en Chancay*».

«Los individuos que acompañaron al teniente Pringles gozarán, desde el 27 de Noviembre, un peso de sobresueldo al al mes: expídanse las órdenes correspondientes y comuníquese en la orden del día.—*San Martín.*—Bernardo Monteagudo, Secretario de guerra y marina.

De la «*Ilustración Histórica Argentina*».

EL CORONEL PRINGLES

¡Es Pringles, sí! Sobre la frente rota
De un escarpado peñascal batalla!
¡Va á salvar su pendón! En fuego estalla
La indignación que de su seno brota.

¡Es uno contra ciento!... España azota
Al bravo luchador que no avasalla:
Y el mar y el monte ¡horror! alzan la valla
Que obstruye el paso al inmortal patriota.

¿Qué hacer? ¡Morir! ¿Y dejará rendida
Su bandera? ¡Jamás! ¡Nada le aterra!
¿No véis?... ¡Corre á salvarla! enrojecida

Ya entre sus garras el león la encierra...
Y Pringles la arrebata y le da vida
Saltando al mar en su corcel de guerra!

LUIS N. PALMA.

CHANCAY

Terrible fué la desigual demanda;
Corto grupo de torvos granaderos,
Del número acosados, cargan fieros
La ibérica legión: Pringles los manda.

Testigo el Ponto de la lid nefanda
Brama iracundo: ¡Guay de los primeros!
Ya sucumben perínclitos guerreros,
Cuya épica figura el tiempo agranda.

Bañado en sangre, en su corcel de guerra,
Con los que aún restan, á la mar se azota
El paladín puntano embravecido.

«¡Vivid héroes!», les grita desde tierra
Noble el jefe español; y en la derrota,
Por su acción inmortal, triunfa el vencido.

Carlos Guido Spano

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

Fué el Capitán General don Justo José de Urquiza una de las grandes personificaciones del espíritu humano, en los dominios donde se ensayan los más altos destinos de la vida.

Él puso fin á una etapa sombría y abrió los horizontes de una época nueva, por el poder de las armas y la virtud de las instituciones que han operado la evolución orgánica de la sociedad argentina.

La grandeza militar y la grandeza cívica, Caseros y la Constitución, son el excelso título de su gloria perdurable y de la gratitud nacional.

Benjamín Basualdo.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

El general Urquiza es una de las personalidades más descollantes de la República: libertador, suprimió valerosamente



JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

en Caseros la tiranía de Rosas; hombre de estado, fué el agente más eficaz de la organización constitucional del país.

Nació en Entre Ríos, departamente de Concepción del Uruguay, el 18 de Octubre de 1801 y se educó en Buenos Aires en el colegio «Unión del Sud».

Desde muy joven actuó en política y en 1825 era diputado, en Entre Ríos, y Sargento Mayor de milicias.

En 1828, emigrado en Corrientes, se trasladó á Buenos Aires y de allí á Entre Ríos, donde empezó á actuar nuevamente entre los políticos de primera fila, distinguiéndose como Secretario de López Jordán; por ser éste vencido, emigró nuevamente á la Banda Oriental.

En 1832, ya vuelto á su patria, asumió la jefatura del departamento del Uruguay y desde entonces Rosas fué su más temible rival.

Al frente de los destinos de Entre Ríos, aumentó su prestigio como político y el 1.º de Mayo de 1851, se pronunció contra el tirano, contando con el concurso del ejército sitiador de Montevideo, con el gobierno de la defensa y la alianza del Brazil. El 11 de Diciembre, del mismo año, el gran ejército aliado compuesto de 24.000 hombres, de los cuales 18.000 eran argentinos y el resto orientales y brasileños, se encontraba sobre el Paraná, paraje histórico denominado Diamante é hizo el día 24 el pasaje del caudaloso río, para obtener el día 3 de Febrero de 1852 la victoria de Caseros, en que el tirano quedó derrocado.

Obtenido este gran triunfo, Urquiza convocó á los gobernadores á un Acuerdo en San Nicolás (Buenos Aires), el 31 de Mayo de 1852, donde estuvieron representadas todas las provincias, con excepción de Salta y Jujuy que se adhirieron más tarde. Tal Acuerdo originó la reunión del Congreso Constituyente de Santa Fé, encargado de dictar la Constitución bajo el sistema representativo, republicano, federal.

Designado Director Provisorio, y pronunciada la provincia de Buenos Aires contra lo pactado por su representante, el Doctor Vicente López y Planes, que dió por resultado la renuncia de éste, el general Urquiza produjo un golpe de estado apoderándose del gobierno y confiándolo de su cuenta y responsabilidades al mismo doctor Vicente López, patriota renombrado, virtuoso é inspirado cantor de las glorias nacionales.

Los representantes de las provincias que en la Legislatura combatieron el Pacto de San Nicolás produjeron una revolución



Pasaje del Paraná por el ejército de Urquiza.

contra Urquiza, so pretexto de que sus intenciones honradas y su patriotismo eran mentidos, declarando la Legislatura de Buenos

Aires «que no reconocería acto alguno de los diputados reunidos en Santa Fe».

Dicha revolución no tuvo consecuencias militares inmediatamente; pero cuando el general Urquiza había licenciado el ejército de Entre Ríos, el gobierno porteño le envió una expedición para destruir su poderío, la que fué derrotada.

Otra revolución interna, promovida en la campaña por el coronel Lagos, dió por resultado la caída del entonces gobernador de Buenos Aires, don Valentín Alsina. Unidas estas fuerzas revolucionarias con las de la Confederación sitiaron la ciudad, que más tarde Urquiza tuvo que abandonar por haber sido sobornado el jefe de la escuadra y otros del ejército sitiador; pero antes el General pactó con los ministros de Francia é Inglaterra quedando los ríos Paraná y Uruguay, libre á la navegación de ambos países.

Mientras tanto, los diputados de las trece provincias que aceptaron el pacto de San Nicolás, reunidos en Santa Fe, sancionaron la Constitución del 1.º de Mayo de 1853, que no es sino la actual con leves modificaciones.

Debía elegirse el presidente constitucional, con arreglo á la Carta Fundamental y fué electo, para tan distinguido cargo, el general don Justo José de Urquiza.

Buenos Aires permaneció en opuesta situación hasta 1859 en que sobrevino la guerra, siendo el triunfo de Cepeda, obtenido por el presidente Urquiza en persona, el que produjo el acuerdo de San José de Flores, el 11 de Noviembre de 1859, por el cual Buenos Aires entraba á formar parte de la Confederación. Previas soluciones de la Convención Nacional y de la Convención Provincial, Buenos Aires juró la Constitución Nacional el 21 de Octubre de 1860, siendo gobernador de aquella provincia el distinguido ciudadano don Bartolomé Mitre.

El general Urquiza tuvo por sucesor, en la presidencia, al doctor Santiago Derqui.

Más tarde, á consecuencia de los acontecimientos de San Juan, sobre el asesinato del Gobernador Virasoro, se originó una

nueva lucha civil entre Buenos Aires y la Confederación. El resultado fué Pavón, triunfo obtenido por el general Mitre sobre las tropas comandadas por Urquiza. Derrocado, entonces, el gobierno de Derqui, asumió la presidencia Mitre.

En el año 1868 fué proclamada la candidatura de Urquiza para suceder á Mitre, pero el partido reinante levantó la de Sarmiento, siendo el cuarto presidente constitucional.

Urquiza gobernó también á Entre Ríos y sus administraciones fueron fecundas en hecho de positiva grandeza para la provincia.

El 11 de Abril de 1870, fué despiadadamente asesinado en su residencia de San José, próxima á Concepción del Uruguay, asumiendo las responsabilidades políticas de este crimen, el general Ricardo López Jordán.

El pueblo de la República reconociendo justicieramente los grandes méritos del hombre público, ha querido que su homenaje se traduzca en el monumento nacional, y con tal motivo en 1910, es decir, en el gran Centenario de la Revolución, se levantará su estátua ecuestre en el paraje denominado «Parque Urquiza» de Paraná.

URQUIZA

Alma de redención y de civismo,
Fué una explosión de luz entre la obscura
Noche de ensangrentada dictadura
Que aventó las tinieblas del abismo.

Guerrero y estadista, á un tiempo mismo,
¡Cómo crece su intrépida figura
A modo de un gigante que conjura
Con chispazos del genio un cataclismo!

Si organizando su nación querida
Le dió rumbo y progreso, lustre y vida,
Como si un nuevo sol la fecundara;

Si dió Constitución trás el tirano,
Levantemos en mármol de Carrara
La estátua del gran prócer entrerriano.

EDUARDO L. ARENGO.

A URQUIZA

Guarde el mármol la efigie soberana
Del vencedor heróico de Caseros,
Del que llevó sus huestes de guerreros
A la alta cima de la gloria humana.

Guarde el mármol su nombre eternamente
Como legado de la edad pasada,
Como astro precursor de una alborada
Que alumbra las conquistas del presente.

Guarde su nombre el libro de la Historia
En páginas orladas de diamantes,
Escrito con los rayos deslumbrantes
Del sol incandescente de la gloria.

Ciña su augusta sien eterna palma,
La patria sea su triunfal proscenio,
Y con la luz potente de su genio
«Escribiré su nombre sobre el alma».

A través de los siglos tu grandeza
Será para los pueblos enseñanza;
Paladín de magnánima entereza,
Atleta de titánica pujanza.

No eclipsará el olvido, de tu Historia
La página brillante y diamantina;
Que á través del espacio te ilumina
El sol incandescente de la gloria.

Ciña tu augusta sien eterna palma,
La patria sea tu triunfal proscenio,
Y con la luz potente de tu genio
«Escribiré tu nombre sobre el alma».

Enrique Almuni.

HIMNO Á URQUIZA

CORO

Como anuncia la gloria del día
La alborada con vivo arrebol,
Vencedor de la cruel tiranía
Anunciaste á los pueblos el sol.

HIMNO

Ves la Patria que el bárbaro afrenta
sucumbir en sangriento Calvario,
y á salvarla del odio nefario
te aprestaste cual noble adalid;

y cuan lanzan con furia violenta
los nublados el rayo que espanta,
de tres pueblos la cólera santa
desató tu heroísmo en la lid.

Sublevando en la hora suprema
el valor que los pechos inunda
«¡Basta—exclamas—de torpe coyunda;
que agoniza la Patria en su cruz!»
Y te arrojan tremendo anatema
los que siempre á la Patria vejaron,
y al furor del sayón la entregaron
como un día el Pretorio á Jesús.

Ya lanzaste tu reto valiente
ya te ven avanzar los esclavos,
y fulmina tu hueste de bravos,
de las iras el rayo mortal;
que tu heróica altivez no conciente
en la Patria la marcha del crimen,
los tiranos que á Atenas oprimen,
ni de Roma la garra imperial.

No das trégua á tu empuje terrible
ni padece tu fibra desmayo,
pues reniega del pueblo de Mayo
quien se humilla al sicario feroz;
y blandiendo el acero invencible
parecías, al grito de «¡Guerra!»
contra el torvo Caín de tu tierra
ancarnar la justicia de Dios!

A vencer ó á morir tus campeones
se arrojaron con firme denuedo,
que no sufren la afrenta del miedo
los que luchan con cívico ardor,

y embravecen la lid tus legiones,
más no es mengua el rencor que la atiza,
por que justa entre hermanos la liza
cuando encarna la liza el honor!

Como tiembla con susto y espanto
y se abate cobarde y medroso,
del león al rugido furioso
el chacal en su obscuro cubil,
tal un día, el que en sangre y en llanto
anegó nuestro suelo bendito,
con el miedo que engendra el delito
tembló oyendo tu reto viril.

Y al trabarse el combate sangriento
al pié mismo del recio baluarte,
no le viste en el campo de Marte,
pues cobarde á la fuga se dió;
más no tema el airado escarmiento,
que aún su sangre la Patria abomina
porque nunca á la tierra argentina
del cobarde la sangre manchó!

Acrecienta tu genio en la Historia
el fulgor de su espléndida lumbre,
como el sol del cenit en la cumbre
acrecienta su llama vivaz;
y en el mármol que esculpe la Gloria
homenaje los pueblos te ofrecen,
hoy que olivas y lauros florecen
donde siembra semillas la Paz.

¡Inmortal vengador! á la sombra
de tu enseña, los pueblos hermanos
si entrelazan unidos sus manos
sus destinos confunden también;

y la Fama que prócer te nombra,
de esplendentes destellos te baña
por que sean eternas tu hazaña
y la aureola que brilla en tu sien!

Horacio F. Rodríguez.

CASEROS

Han transcurrido varios años desde aquella memorable batalla, y el sol que la iluminó con sus resplandores, derrama hoy toda su claridad apacible sobre un pueblo próspero y digno de ser libre.

Hemos hecho desde entonces muchas jornadas; el camino ha sido penoso y sangriento; hemos caído y nos hemos levantado del polvo estéril de los combates; pero al fin nos hemos reconciliado y podemos vivir reunidos en una sola familia á la sombra protectora de las instituciones que han sido el fruto del sacrificio de todos.

El abismo abierto por las pasiones políticas, ha sido cegado piadosamente, y aunque próximos todavía á los campos estériles donde se derramó tanta sangre argentina, hemos perdido ya su triste memoria.

¿Quién no se enorgullece de pertenecer á una raza generosa que tan noblemente sabe desarmar sus rencores?

Esta virtud de olvidar y perdonar ha hecho posible nuestra organización política.

Olvidando y perdonando, es como nos hemos acercado á la libertad.

El odio, armado de comunes resentimientos nos había arrastrado de nuevo, debilitándonos por la guerra, á las plantas del

despotismo, y Caseros había sido apenas un acontecimiento digno de ser recordado en la historia.



BATALLA DE CASEROS — LA DERROTA DEL TIRANO ROZAS

Lo que ha hecho gloriosa su memoria, es un sentimiento de recíproca benevolencia.

Poniendo paz en los corazones, es como los pueblos son libres.

La primera condición de la libertad es la tolerancia.

«*Que no haya vencidos ni vencedores*» fueron las primeras palabras del vencedor de Caseros.

Saludamos con ellas al héroe que se cubrió de gloria en aquella memorable jornada, y que espera hace años, en su modesto sepulcro, una posteridad que tarda siempre demasiado en llegar para los grandes ciudadanos.

EVARISTO CARRIEGO.

CASEROS

¡Mira quien es! Urquiza, en la pelea,
batiéndose impetuoso y con bravura,
sus legendarias huestes apresura
al fragor de la lucha gigantea.

Sagaz y heróico, con viril idea
entorpecer el tirano en su apostura:
otro empuje no más, y en la llanura
el incendio voraz relampaguea.

¡Huyó el déspota cruel! En la revuelta
cayó la multitud ebria de duelo
en el sudario del dolor envuelta,

Y al fiero empuje de potentes brazos
rodó el pendón rojizo por el suelo
y el cetro del mandón cayó á pedazos!

BERNARDO L. PEYRET

CASEROS

«Paso á la noche lúgubre y sombría
De horrenda tempestad y amargo duelo;
Que ya la odiosa, infame Tiranía
No bañe en sangre el argentino suelo».

«Raye la Aurora de esplendente día
Y un nuevo sol refulja allá en el cielo,
Y hacia las playas de la Patria mía
Tienda la Libertad su ráudo vuelo».

Así el bravo adalid su hueste aclama.
Suena el clarín sonoro de la fama
Y se alza, allá en Caseros, la Victoria;

Y mientras el rostro del Tirano azota,
Ciñe á su sien, el ínclito patriota,
Un verde gajo de laurel de Gloria!

SEGUNDO GIANELLO (Hijo).

CASEROS

Caseros es el triunfo de una raza
de una ley, de una idea, de un Gigante,
la raza de los libres de la tierra,
la ley de los patriotas del Atlante,
la idea de la paz contra la guerra

atroz, desgarradora
de los grandes portentos
que acumula, tenaz, continuadora,
con gozo y alegría
palanca de los pueblos redentora,
la gigante labor de cada día.

Caseros es el himno del progreso
que estalla en la República del Plata,
grito de libertad avasallante
que en furioso torrente se desata
por valles y por ríos:
vuelca un tirano, arrolla su ultrajante
Corte de histriones, ciega enfurecido
restos de baja y mísera existencia,
clausura la pelea,
y con el fuego de la fe encendido
da calor á la Ciencia
é ilumina los templos de la idea!

Alfredo Parodié Montero.

V

GRANDES CIUDADANOS

MORENO

RIVADAVIA

ALBERDI

SARMIENTO

MITRE

AVELLANEDA

MARIANO MORENO

> Mariano Moreno es el númen de la Revolución de Mayo, el apóstol de la democracia del Plata y la primera víctima sacrificada á las rivalidades de los partidos personales, á la torpeza de las pasiones egoístas, y al celo estrecho de un mal entendido patriotismo.
>
> *C. L. Fregeiro.*

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Don Mariano Moreno, abogado y escritor argentino, fué uno de los principales caudillos de la Revolución de Mayo de 1810.



MARIANO MORENO

Nació en Buenos Aires, el 22 de Septiembre de 1777. Hijo de padre español y madre argentina.

Moreno fué también de aquellos jóvenes que aprendieron las primeras letras en la Escuela del Rey, é hicieron estudios superiores en el Colegio Real de San Carlos, donde aprendió la-

tín, filosofía y teología, descollando en éstas lo suficiente para captarse el aprecio y el cariño de hombres tan distinguidos y sabios como Fray Cayetano Rodríguez, quien le puso en contacto con la rica biblioteca de su convento y con personas ilustradas, de su amistad.

En 1800 pasó á la ciudad de Charcas, en el alto Perú, é ingresó en la Universidad de este pueblo donde obtuvo el grado de doctor en leyes, en 1804.

En 1805, volvió á su patria y abrió su estudio de abogado.

Fué nombrado relator del Tribunal de la Audiencia, y desempeñaba este puesto cuando ocurrieron las invasiones inglesas.

En 1809, el Virrey Cisneros le llevó á su lado en calidad de asesor privado; y desde este puesto escribió su célebre *Representación de los Hacendados*, en que sostuvo la necesidad de abrir los puertos del virreynato al comercio inglés, como medio de asegurar un porvenir económico. Los comerciantes de la metrópoli y el Consulado de Cádiz impugnaron la resolución que, á su vez fué replicada y atacada vivamente por el doctor Moreno.

Su reputación, su integridad y su talento crecían por instantes, vislumbrándose su porvenir brillante, cuando se produce la revolución del 25 de Mayo de 1810 y la Junta de Gobierno, creada ese día, le designó su Secretario. En este cargo caracterizó, más aún, su personalidad y compartió las responsabilidades de los sucesos producidos, tales como la ejecución de Liniers y sus compañeros, que si bien derramó sangre, salvó, en su origen, á la Revolución.

Fué fundador y redactor de «La Gazeta de Buenos Aires», y tradujo el Contrato Social de Rousseau, con el fin de propagar los principios democráticos.

Creó la biblioteca pública de Buenos Aires, con el concurso personal de los hombres de estudio y del pueblo, en general, traducido en dinero y obras de valor.

Las pretenciones de incorporación de los diputados de las provincias á la Junta, fueron combatidas enérgicamente por Mo-

reno y otros miembros de la misma; pero no obstante ello, consiguieron incorporarse. La situación de Moreno se empeoró á tal punto que renunció el cargo que desempeñaba.

Seis días después, recibió órdenes para partir á Río Janeiro y á Londres en misión diplomática, embarcándose el 24 de Enero de 1811.

Un ataque violento arrebató su vida durante la navegación.

Sus últimos momentos los dedicó á sus amigos y enemigos á quienes perdonó de toda falta. Murió exclamando: «Viva mi patria, aunque yo perezca».

MARIANO MORENO

Apóstol inspirado de la idea
que generó la acción libertadora,
democrático heraldo de su aurora,
anuncia el sol que fúlgido clarea.

Nunca lidió en los campos de pelea,
porque su fe patricia, redentora,
era la inspiración batalladora
que en la tribuna y en el libro crea.

De un ideal ilustre peregrino,
soñando con la patria y su destino
se duerme de la vida en el desmayo.

La visión del futuro ungió su mente
y fué tenaz, intrépido, elocuente,
el pensamiento gestador de Mayo.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO.

MORENO

Cabeza y corazón, todo en su huerto
Lo ofreció á la visión deslumbradora;
Su palabra, relámpago y aurora,
Era el trueno solemne del desierto.

Clama el pueblo viril: ¡Cabildo Abierto!
Tocado por su chispa redentora,
Y el poder colonial tiembla. Es la hora
En que cruje su espanto el desconcierto.

Reventó, cual granada, su elocuencia,
Apostrofó al virrey. Y en su videncia
Perfiló el porvenir republicano:

Genial tribuno enrojecido al fuego
Del patriotismo, le brindó el sociego,
Con magnífica tumba, el océano.

D. Torres Frias.

MORENO

De la noche sombría ni las huellas
quedan; reprime el mar su movimiento,
y el pálido fulgor de las estrellas
se eclipsa en el cenit del firmamento.

Allá á lo lejos, soñadora grata,
entre rayos de luz, crepusculares,
la proa va que se alejó del Plata
con quien jamás retornará á sus lares.

Ser varonil, que sin temor entrega
la Junta que admirara su talento,
al turbio mar que sin descanso brega,
con las furias titánicas del viento.

Atleta pensador, numen brillante,
de corazón y espíritu sereno,
á cuyo paso el piélago sonante
va diciendo, con júbilo: *¡Moreno!*

Y la que ansiosa busca otro hemisferio—
frágil barquilla de graciosa vela—
tras sí dejando sombras y misterios,
sobre el oleaje turbulento vuela.

Vuela mientras en su seno, convulsivo
el mártir va sin levantar la frente,
como quien sufre penetrante y vivo
el fuego de un dolor omnipotente.

La idea de la Patria le devora,
¡Patria de sus amores, codiciada,
por quien delira, se entusiasma, llora,
y asciende su alma á la región soñada... !

¡La eterna ley de la creación lo quiere!
Y aquel prócer de Mayo, esclarecido,
con la entereza de los justos, muere
salvando las penumbras del olvido.

EUGENIO C. NOÉ.

CUADRILATERO

Mil patricios de estirpe preclara
A la luz de la historia se ven,
Como soles de un cielo sagrado
Que ilumina del Plata la sien.

Pero cuatro descuellan, gigantes,
De la historia en el cielo ideal:
Rivadavia, Moreno, Belgrano,
San Martín..., en abrazo inmortal.

San Martín, y Belgrano, levantan
De la guerra el glorioso pendón,
Libertando á la América altiva
De su larga y sangrienta opresión.

Rivadavia y Moreno, proclaman
El derecho, la ley, la igualdad,
Ofreciendo «á los libres del mundo»
Al santuario de la libertad.

Elevemos un himno, grandioso,
Entusiasta, impregnado de amor,
A esos héroes á quienes debemos
Patria, luces, bandera y honor!

Francisco Podestá.

BERNARDINO RIVADAVIA

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Don Bernardino Rivadavia nació en Buenos Aires el 20 de Mayo de 1780, hijo del abogado de la Real Audiencia, don Benito González de Rivadavia y doña María Josefa Rivadavia.

Inició sus estudios en la Escuela del Rey y se preparó en latín, retórica, filosofía, física y teología en el Colegio de San



BERNARDINO RIVADAVIA

Carlos, concurriendo más tarde por los años 1799 á 1801 á los cursos libres de filosofía dictados por el doctor Valentín Gómez.

Debió dedicarse al comercio, pero no tuvo éxito; entonces estableció una agencia de negocios judiciales, hasta que, en 1806 y 1807, formó como capitán en el cuerpo de Gallegos, en las invasiones inglesas.

En la época de la Revolución de Mayo—1810—su figuración era notoria, de aquí que concurriera á la sesión del Cabildo abierto del día 22 y con su voto—acompañara á los defensores de los derechos populares.

En 1811, substituída la Primera Junta por el Triunvirato, Rivadavia formó parte en calidad de secretario y á su espíritu liberal y progresista se debe la primera ley de imprenta y otras medidas enérgicas y salvadoras de los difíciles momentos porque atravesaba el país en aquel entonces. Así: disolvió la junta del 7 de Noviembre de 1811; dió un manifiesto al pueblo sobre la necesidad de darse un gobierno con poderes concentrados; intervino en la mejora y disciplina del ejército, designando á Belgrano, jefe del Regimiento núm. 1, etc., etc.

Durante su permanencia al frente de la Secretaría de Guerra, realizó los siguientes trabajos: creación del Estado Mayor General; encargado de la organización y disciplina del ejército; establecimiento de fábricas para la fundición de cañones y elaboración de la pólvora; defensa del río Paraná por baterías establecidas en el Rosario; reglamento de gobierno y administración de la marina en todos los ramos; plan militar y económico de todos los cuerpos del ejército; plan económico de parque y almacenaje de artillería; plan de ataque, por diversos puntos á la Banda Oriental; creación de un regimiento de Granaderos á Caballo, otro de infantería en Corrientes y Banda Oriental; organización de los guardias cívicos de la Capital y de las provincias; como asi mismo de las milicias de Catamarca; redacción de Códigos Militares para las tres armas; táctica del manejo del arma; plan de defensa de la Capital para el caso de ser invadida; administración de socorros bélicos á los ejércitos de la Banda Oriental y del Perú.

En 1812, producida la conspiración tramada por el elemento español, Rivadavia procede con toda energía contra los conspiradores, dando por resultado la ejecución de Alzaga.

Más tarde, en 1814, se le confía una misión diplomática en unión de Belgrano, los que se ausentan á Europa el 28 de Diciembre, permaneciendo hasta 1820. Allí desempeñó algunas comisiones de importancia, buscando para sus negociaciones la forma diplomática que resolviera á su vez los problemas políticos

y militares de su país, sobre todo un gobierno monárquico con un príncipe europeo de buena alcurnia.

Hacia 1820, convencido Rivadavia de la inutilidad de sus gestiones se dirije á la tierra natal en circunstancias en que la caida del último Directorio producía una evolución orgánica en el pueblo argentino y la sociedad fatigada de las convulsiones internas llevaba al poder al general Martín Rodríguez. Este aprovechando los conocimientos de Rivadavia, que había ensanchado su espíritu é iluminado su criterio en Europa, le nombra ministro secretario en el Departamento de Gobierno. La administración, fué inminentemente laboriosa, por las múltiples, fecundas y patrióticas iniciativas de Rivadavia, y no es del caso detenerse en la enunciación de ellas, desde que estas líneas tienden á ser una mera síntesis de su vida. Baste decir, por ahora, que contribuyó al desarrollo del comercio, de la industria y de la agricultura; se decretó la Universidad de Buenos Aires; establecióse la Bolsa Mercantil, un Archivo General; Administración de Correos, la Biblioteca Pública; la Caja de Ahorros; el Banco de Descuentos; el sistema Municipal; el Cementerio público de la Recoleta; dos Mercados de Frutos de la campaña; la Asociación de Damas de Beneficencia; una escuela de agricultura práctica y un jardín de aclimatación y, en fin, promulgó la ley sobre reforma del clero, cuyo fuero personal quedó abolido, etc., etc.

Terminado el Gobierno de Rodríguez, le sucedió el del general don Juan Gregorio de Las Heras, el 2 de Abril de 1824, á quien rehusó prestar sus servicios Rivadavia y regresó otra vez á Europa, en el mismo año.

Establecido en Londres, desempeñó el cargo de Ministro plenipotenciario y presidió honorariamente la Compañía de Minas, desde donde gestionó la explotación de las de nuestro país.

El 7 de Febrero de 1826 fué electo presidente de la República, y desde tan elevado cargo continuó la administración progresista de Rodríguez, no obstante la atención que le merecieron la ley de la capitalización de Buenos Aires y la consti-

tución unitaria, como asimismo la guerra con el Brasil. Su estadía en la presidencia fué corta y su renuncia obedece principalmente á estas causales:

1.ª La guerra civil encendida en las provincias.

2.ª La oposición del partido localista en Buenos Aires.

3.ª El tratado celebrado por don Manuel García con el Brasil, por el cual la provincia oriental pasaba á poder del enemigo, con lo que comprometía el honor de la nación y el prestigio del ejército.

Retirándose al extranjero para residir en París, allá por el año 1833, tradujo los «Viajes» de Azara, conceptuándose como la obra más exacta de las entonces publicadas sobre las comercas del Plata.

Pero el gran hombre tuvo también sus enemigos, quienes le atribuyeron la persistencia de sus antiguas ideas monárquicas, y para vindicarse de tal ultraje á sus convicciones republicanas y á su patriotismo acendrado regresó al país; sin embargo, siempre perseguido por esos mismos enemigos, siguió en peregrinación á Colonia—República Oriental—á Río Janeiro y por fin á España donde falleció en Cádiz el 2 de Septiembre de 1845.

El 20 de Agosto de 1857, fueron reimpatriados sus restos, congregándose en el puerto de Buenos Aires un inmenso gentío que rindió homenaje póstumo al gran patricio, de talento superior, que marcó su paso, con acciones fecundas é imperecederas por la vida política del país. Parece que el magno homenaje fué algo así como un desagravio á la memoria del prócer. Ante sus restos, Sarmiento se llamó su discípulo; y el eminente Vélez Sársfield exclama: «Salve ilustre padre de la República Argentina».

Su apoteósis la celebró el pueblo de Buenos Aires con motivo del centenario de su nacimiento, el 20 de Mayo de 1880, y en el mismo día colocó en la plaza de la Victoria la piedra fundamental, primer paso hacia la estátua que reclama su tradición y su gloria.

La erección de la estátua de Rivadavia, juntamente con la de Moreno y Brown está acordada por la ley núm. 3515, del Congreso Nacional.

BERNARDINO RIVADAVIA

Sonando de los tiempos en lo obscuro
su brillante visión de iluminado,
rompió con las influencias del pasado
para marcar la línea del futuro.

Iba de cara al sol, firme, seguro,
con la fe misional de un destinado
á cumplir con espíritu avanzado
su sueño de estadista, grande y puro.

Si glorias altas el amor patricio
puede ufano cantar, una es su gloria,
expresión de talento y sacrificio.

Los años van, el pensamiento vuela,
más vivirá por siempre su memoria
en el augusto templo de la escuela.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

RIVADAVIA

Cerebro redentor, alma de atleta,
La idea y la virtud desde la altura
Al pueblo de tu culto demandaste
Con la visión del porvenir segura.
Semillas evangélicas cayeron
En los barbechos del futuro, hinchadas
De promisión; simientes de esperanza
Y de virtud doradas
Del sol de ese tu genio desbordante.
Los hombres de esa edad desconocieron
Del cultor de la patria, esclarecido,
La probidad y la intuición gigante.
Tu obra de bendición—la noble escuela—
También fué encadenada
Al carro del tirano
Y en brazos del tumulto sofocada!....
Lejos del seno de la tierra heróica
Do el sol brilló de tu primer mañana,
Triste lloraste la civil querella
De hermanos con hermanos
Que ensangrentara la brillante estrella
De la pujante estirpe americana.
Más tu llanto!... las lágrimas del genio
Son lágrimas de luz que se difunden
Y vibran por los ámbitos celestes,
Y los errores funden,
Los fanatismos matan
Preparando los légamos fecundos
Que fertilizan de virtud los mundos
Y las corrientes del saber desatan.

* *
*

Ya está contigo el porvenir y aliado
A tu esperanza, fuerte se prepara
A desplegar tu aliento,
Aliento de un poder desconocido
Para elevar un ara al pensamiento,
Para encender un faro á la conciencia
Y amasar con las razas redimidas,
La raza del futuro
Síntesis de la luz y de la ciencia.
La escuela, que genera en sus entrañas
Auroras y esperanzas,
Ya no es la chosa; lleva por cimiento
Sillares que chispean, y en su pórtico
El emblema inmortal del pensamiento!
Al niño le sonríen las ideas
En su temprana frente
Como ensueños sublimes, que acarician
Los éxtasis de virgen inocente.
Es el germen divino
Que en el surco arrojaras,
Y de crecer sediento ha desbordado
Con todos los prestigios del destino.
Es tu genio, Proteo, que aletea,
Es tu genio, tu genio vigoroso,
Que en el ámbito patrio centellea.

* *
*

Cual titán que revienta sus cadenas,
Rivadavia ha trepado la montaña,
Y su frente fulgor de cielo baña.

Un pueblo redimido lo contempla
En su apostura noble y silenciosa:
Vencedor en los tiempos y el espacio,
Heraldo de una raza
Pujante y victoriosa.
Adoración inmensa
A su nombre en la patria se dilata:
El sol en el espacio
Le envía sus caricias soberanas
En la opulenta luz de sus mañanas;
De arriba, las celestes melodías
De mundos y de estrellas;
Desde abajo, monólogas de ondinas,
Apacibles querellas
De la luz al quebrarse en las espumas;
Amor de selvas y canoras aves,
Emanación de mirra en las corolas
Y penachos de armiño en las montañas,
Y en el Plata azulado
La música salvaje de las olas!...
Es el himno del hombre y de la tierra
Al genio triunfador que forcejea
Maestro y sacerdote—
Por redimir al mundo con la idea.

FRANCISCO PODESTÁ.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

Alberdi sobrevivirá á todas las tempestades que ha levantado su pluma de polemista, para quedar consagrado como el gran expositor de la Constitución y de todo su sistema jurídico. Es á las instituciones de la República lo que Blackstone para la Inglaterra. En todo tiempo habrá que ir á beber en esa fuente inexhausta de la gran carta de las libertades argentinas. Ni el bronce, ni el mármol durarán lo que han de durar las Bases.

Cuando llegue para la Nación la hora definitiva de las estátuas, las que no se olvidan al día siguiente ó se convierten en un punto de interrogación, para los mismos que las elevaron, la de Alberdi se levantará como símbolo de la idea republicana y del gobierno y su pedestal será el gran libro sobre el cual ha alzado y pertuarà la República su prestigio en el mundo de la civilización.

Joaquín V. González

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

Nació en Tucumán el 29 de Agosto de 1810 y murió en París el 18 de Junio de 1884. Fueron sus padres don Salvador Alberdi, español, declarado argentino por el gobierno revolucionario de 1810, y doña Josefa Aráoz, de familia patricia tucumana.

Huérfano á los doce años, se trasladó á Buenos Aires; á los quince é ingresa en el «Colegio de Ciencias Morales», de que era rector don Miguel Belgrano, con una beca de las creadas por Rivadavia; pero abandonado el colegio se alistó en el comercio y más tarde unido á Miguel Cané y á Florencio Varela, reanudó sus negocios hasta 1830, en que fué clausurado dicho instituto. Ayudado por la familia de Cané ingresó á la Universidad y cursó derecho.

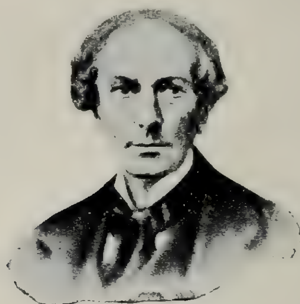
En 1831, en viaje de recreo por su provincia, tomó los apuntes para su «Memoria descriptiva de Tucumán», y bregó ante el gobierno por la libertad de algunos reos políticos.

Junto á los estudios jurídicos cultivó con éxito la literatura y la música de aquí que fundara y redactara «La Moda» y el «Boletín Musical», donde aparecieron hermosos artículos sobre música á la que tenía especial inclinación.

Produjo también un método para aprender á tocar el piano *«con la mayor facilidad»*.

En 1837 fundó con Echeverría, Gutiérrez, Florencio Varela, López, Cané, y otros amigos la «Asociación de Mayo», en cuyo Dogma colaboró. Escribió también en el «Salón Literario» á invitación del distinguido literato don Márcos Sastre.

Durante la primera actuación de Rosas fué partidario suyo;



JUAN BAUTISTA ALBERDI

pero no bien se reveló la política del tirano, le fustigó ridiculizándole.

En 1838, se trasladó á Montevideo para doctorarse por no prestar juramento en Buenos Aires á la Federación. Allí fundó con Rivera Indarte, Lamas, Mitre y otros hombres de prestigio, algunos periódicos importantes como «El Iniciador» y «El Grito Argentino» y por fin «La Revista del Plata».

Secretario del general Lavalle en 1840, desaprobó el plan de la campaña libertadora de éste, que había empezado por el norte, dirigiéndole sus observaciones sobre la necesidad y ventajas que habría en llevar un golpe sobre la capital. Como Lavalle insistiera en su plan de campaña, Alberdi renunció el cargo de secretario, sin renunciar la propaganda unitaria.

Se encontró en Montevideo durante la lucha contra los ejércitos libertadores y de allí pasó á Europa con Gutiérrez, regresó por Brasil y se estableció en Chile, donde escribió la importante obra, de futuras proyecciones: *Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano.* Dedicado en esta ciudad al ejercicio de la abogacía publicó un *Tratado sobre Ejecuciones y Quiebras en Chile* y *La Magistratura y sus atribuciones en Chile*; á propósito de la aparición de la *Memoria* tuvo una erudita polémica con Sarmiento, demostrando su superioridad científica con respecto al contricante; fundó en Valparaíso el diario «El Comercio»; publicó á la caída de Rosas las *Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina*, obra que le coloca en primera fila entre los escritores americanos, *Elementos de Derecho Público Provincial*; *Sistema Económico y Rentístico de la República*; *La Integridad Nacional.*

Designado encargado de negocios de la Confederación, en Chile, no aceptó; pero más tarde se trasladó á Inglaterra y Francia con igual cargo, hasta que en 1855 fué elevado á plenipotenciario que ejerció hasta 1862, ya en París, en Madrid, Estados Unidos y Londres, interviniendo en importantes convenios con las naciones á que estaba acreditado.

Destituído por Mitre, vencedor en Pavón,—por haber sido nombrado por el vencido, al decir de las crónicas,—se estableció en París, desde donde continuó escribiendo sobre política y asuntos de actualidad.

Con motivo de la guerra del Paraguay se declaró contrario á la política de la triple alianza: defiende al Paraguay y á López y ataca á los hombres públicos argentinos; pero más tarde para sincerarse publica *Las Dos Guerras del Plata y su Filiación en 1867*, renovándose, con tal motivo, las polémicas con Sarmiento.

De regreso al país en 1880, fué electo senador por Tucumán, y al surgir la resistencia de esta provincia contra la capitalización de Buenos Aires, observó una actitud pasiva hasta que,

salvadas las desidencias, escribió su obra: *La República Argentina Consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires por Capital.*

Volvió á ausentarse á Europa, donde falleció. El Congreso argentino, en sesión del 19 de Agosto de 1886, resolvió que sus obras fueran impresas á cuenta del tesoro nacional.

Sus restos fueron reimpatriados en Junio de 1889, durante la presidencia del doctor Miguél Juárez Celman, rindiéndosele honores extraordinarios.

Alberdi ha sido uno de los hombres más discutidos; muy atacado y muy defendido, antes y después de su muerte; pero, con todo, es indiscutible que fué una personalidad de inteligencia descollante.

La posteridad ha sido justiciera con Alberdi proclamándole insigne estadista, jurisconsulto, publicista, músico y, sobre todo, luminar de los filósofos del derecho de Sud América.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

Párrafos tomados de sus libros y que sirven como brevísima noticia sobre su persona y su obra.

Mi padre nació en Vizcaya, de padres vizcaínos. El Congreso que declaró la Independencia, en 1816, le otorgó carta de ciudadano argentino. Además de servir á la causa de América con su dinero, la sirvió con sus luces, explicando á los jóvenes de su tiempo los principios y máximas del gobierno republicano. El General Belgrano hizo de mi padre su mejor amigo.

Yo he nacido con la Revolución de Mayo, me he criado con ella, sus victorias se ligan á los recuerdos de mi niñez; sus dogmas y principios á los estudios de mi juventud; sus perspectivas, á las quimeras doradas de mi vida.

Entre mis impresiones de la infancia recuerdo los repiques de campanas que á media noche despertaron á Tucumán en ocasión de los triunfos de Maipo y Chacabuco.

Aún llegan á mi oído los ecos de la música del baile con que el Congreso de 1816 celebró su declaración de la Independencia, el 9 de Julio.

Entre mis primeras impresiones de Buenos Aires recuerdo los repiques y salvas en honor de Bolívar, por la victoria de Ayacucho.

Invitado á decir algunas palabras en honor de la fiesta patria, el año 1834, en Tucumán, pedía la libertad de los prisioneros y el olvido de sus faltas. El gobernador Heredia proclamó la absoluta amnistía de los prevenidos.

Mi espíritu ha conservado el sello y carácter que recibió de la ciudad de Tucumán en la aurora de la Revolución de la Independencia en que yo vine al mundo.

Yo me expatrié voluntariamente por no tolerar la tiranía; y salí de mi país sin un título universitario por no prestar juramento de fidelidad á Rosas. Al dejar á Buenos Aires para pasar á Montevideo, en 1838, inicié á Avellaneda en los trabajos de nuestra agitación política de esa época, concluyendo una de mis cartas de propaganda con los versos de nuestra canción nacional:

«Se conmueven del Inca las tumbas...
«Y en sus huesos revive el ardor,
«Lo que ve renovando á sus hijos
«De la Patria el antiguo esplendor.»

Yo tuve una parte principal en la venida de Lavalle á Montevideo; y lo presenté ante los agentes franceses á escondida de los unitarios.

Redacté la declaración de guerra del Estado Oriental contra el Tirano de Buenos Aires; y las proclamas del general Lavalle.

Más tarde, en 1843, introduje al general Garibaldi al conocimiento del general Paz, jefe de la defensa de Montevideo.

He dado mi vida entera al estudio de la libertad y de la organización del gobierno libre de mi país; he escrito su Constitución de libertad; y he negociado el reconocimiento de su independencia por España.

J. B. ALBERDI.

ALBERDI

Artista y pensador, llenó su vida
del culto de los altos ideales.
Acarició en sus sueños más geniales
la visión de la patria constituída.

No esgrimió espada. La feroz pelea
nunca le vió en el campo de matanza.
Era su pluma la pujante lanza
que blandiese en las luchas de la idea.

Alguna vez con torpe impudicia
mancilló la calumnia su memoria,
pero su noble, inmaculada gloria,
brilla al radiante sol de la justicia.

Su gran consagración horna y consuela.
No fué la inspiración,—si no fué el hecho.
Quien en la libertad fundió el derecho
está bien sobre el mármol y en la escuela.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

CANTO Á ALBERDI

(Leído en la Biblioteca Alberdi, de Tucumán, en el centenario de su natalicio).

Era un día sin sol para la patria
Sobre su pié desnudo
Mostraba la señal de la cadena
Que en la lucha gloriosa
Buscando libertad, rompió atrevida.
Con anhelos de paz, de fuerzas llena
Iba abriendo sus puertas á la vida
Tranquila y laboriosa,
Cuando, cual cae bajo fiera garra
Ave infeliz, así, débil, inerte,
Fué á rodar á un abismo,
En cuyo rojo fondo se agitaban
En loco paroxismo,
La traición, la injusticia, el dolo, el crimen,
El destierro, la muerte.

Todo era luto y sangre. ¿Qué quedaba
De aquel pueblo sin par que hollando glorias,
Por regiones extrañas
Llevó triunfante su inmortal bandera,
Y con potente brazo,
Trás llanos y montañas,
Llegó á clavarla allá en el Chimborazo?
¿Qué había sido de aquella prometeana
Legión que, trasponiendo
La nieve de las cumbres, con la grana
De su sangre viril la vió teñida
Entre nubes y abismos sostenida?

¿Acaso había el soplo de los años
Apagado el valor que en Mayo fuera
Asombro de los mundos,
Y á la legión invicta y altanera
Trocado en lastimera
Turba de pobres viejos errabundos?

¡No! La raza vivía y palpitaba,
Y el tesoro guardaba
De sin iguales legendarios bríos,
Y el mismo sol de Mayo
Volvió á besar su enseña como un rayo
En las verdes cuchillas de Entre Ríos!
Allá surgió la hueste vengadora
Que en nombre de la patria
Iba á emprender la lidia redentora;
La que más de una vez á los tiranos
Supo hundir en el polvo con sus manos
Y aniquilar su fuerza destructora!
Lució de nuevo el sol. Mientras caía
Con sus grillos, su sangre y sus crespones
La odiosa tiranía,
Levantada la patria la abrumada
Frente, del polvo en que cayó humillada.
Mil ecos de alegría
Respondieron al son de la victoria.
En la costa del Plata
Vibró el clarín del pueblo soberano.
Surgió de libertad la antigua lumbre
En derredor de Urquiza, y de su gloria
Traspuso el eco el extendido llano
Y hasta el Ande voló, de cumbre en cumbre.

Era una hora difícil; bajo el peso
De veinte años de duelo

La patria estaba exhausta, y en su anhelo
De descanso, de paz, con sed de vida,
Vacilando su marcha, no acertaba
En la anhelada senda ¡Triste suerte!
¿Qué le valió la prueba dolorosa
Al sacudir de nuevo la ignominia
Si, cual ciego, infeliz, no hay quién despierte
Rayo de luz á su pupila ansiosa?
¡Mira! No véis lucir como un meteoro
          Que con reflejos de oro
          Se acerca velozmente?
¡Mirad! ¡Cómo esplendente
Llega su lumbre con calor de vida!
Es una tea de gigante llama
          De un héroe sostenida
En la diestra potente.

   Es el hijo del suelo
Que contempla á sus piés el Aconquija
Cuya nevada frente rasa el cielo;
          De la tierra sagrada,
Que en aras de la patria libertada
          Cantó dianas triunfales
Al cubrirse de glorias inmortales.
De la tierra bendita
Que oyó vibrar solemne y poderosa
La entonación de un pueblo soberano
De una nueva nación, viril y hermosa,
Regada con la sangre de sus grandes
          Desde el glauco oceano
Hasta el yelmo de nieve de los Andes.
¡Es Alberdi! Miradlo. ¡Cómo enciende
Luz en las mentes y en las almas fuego!
          ¡Cómo su estro vibrante

Llega al confín donde la patria extiende
Su dominio gigante!
¡Es Alberdi! Miradlo! Ya su nombre
Por la fama á los mundos esparcido
Ha llegado al sagrario de los héroes,
Con el de Urquiza unido!
Uno fué el que á la patria
Libró del yugo del audaz tirano
Y volvió su mirada hacia el progreso.
El otro con destello soberano
Alumbrando la senda
Le escribió el porvenir con firme mano.

¡Numen potente! Tu esplendor perdura
En la gran creación. Agradecida
Esta hija de la gloria te consagra
Héroe y sabio. Veneren tu figura
Las nuevas multitudes que á la vida
Abren sus floraciones de esperanza
Donde la luz de libertad alcanza,
Donde el derecho surge,
Escudo de la turba emancipada.
Tu nombre y tu memoria
Brillarán en la osada
Legión de preferidos de la gloria,
Que trazaron la patria y sus ideales
Entre dianas y cantos augurales!

A. C. Bugnone.

— —

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

> Sarmiento es una gloria de la República. Cuando pasen los años, y la historia, al par de la leyenda hable á las generaciones futuras, describiendo su colosal figura; cuando el soplo de los tiempos lleve en sus alas el nombre venerado de este ilustre ciudadano, diez millones de argentinos lo repetirán con entusiasmo, y la patria que, como la religión tiene sus santos, colocará en sus altares la efigie del hombre que supo ilustrar su época y su pueblo con los destellos de su potente inteligencia.
>
> *Eduardo Wilde*

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

Sarmiento se destaca en la historia de la República, con rasgos definidos y caracteres excepcionales, como que en todo supo fijar el sello típico de su mentalidad creadora.

Nació en San Juan el 15 de Febrero de 1811.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Su carrera militar se inició en 1827 con el grado de Teniente.

En 1829 asiste, como ayudante del general Vega, á los combates de Tapúo y Niquivil. Con solo veinte hombres toma el parque de los Aldao, en los Pocitos (San Juan).

1829—Edecán del General Rudencindo Alvarado.—Sirve con el General Agustín Moyano.

1831—Ayudante del General Paz y luego del Coronel Clenaut. Capitán á las órdenes del Mayor Nicomedes Castro. Mayor graduado cubre la retirada de los sanjuaninos que emigran á Chile.

1836—Funda en San Juan el primer colegio de niñas y el diario «Zonda».

1842—Después de su prisión deja escrito en la pared de la celda el programa de su vida política: «On ne teupoint les idés». Inicia en Chile la justicia á San Martín escribiendo sobre Chacabuco la memoria de su héroe. Miembro de la facultad de humanidades escribe un método gradual de lectura.

1843—Por segunda vez atravieza á pié la cordillera hacia Mendoza y en el pueblo de los Andes acumula víveres y ropas para auxiliar á novecientos argentinos. En esta época hace relación con el Chacho á quien presta sus servicios.

1844—Funda en Chile la primera escuela normal de América; y á su vez los diarios *El Nacional* y *El Heraldo*. Se hace amigo del Presidente Mont, de Las Heras y de Necochea.

1845—Escribe el «Facundo». Pasa á Montevideo, sigue á Europa y en el Instituto de Francia presenta dos importantes memorias, una de las cuales trata de legislación sobre tierras indias.

1848—Publica en América *Sus Viajes* y abre la campaña contra la tiranía de Rosas. Funda los diarios *La Crónica* y el *Sud América*; publica *Recuerdos de Provincia* y la *Educación Popular*; escribe *El Mercurio*, *El Nacional* y *El Progreso*.

1850—Escribe «Argirópolis».

1851—Está con los comandantes Paunero, Aquino y Mitre prestando sus servicios como teniente coronel. Escribe con la pluma de Rosas el parte de la batalla de Caseros.

1852—En el combate naval del «Tonelero» el almirante Greenfield le acuerda la condecoración de la Rosa. Solicita su baja del ejército después del triunfo de Caseros. Se dirige á

Río Janeiro pasando mes y medio con el Emperador trás las montañas Dashorgas. Pasa á Chile y escribe *Campaña del Ejército Grande.*

1853—Estando al servicio de Buenos Aires, el general Paz le asigna el título de Teniente Coronel del Ejército de Buenos Aires. Diputado por Tucumán al Congreso y á la Legislatura de Buenos Aires, renuncia ambas bancas. Escribe *Comentarios de la Constitución.*

1855—Siendo vigilado y custodiado en San Juan, obtiene seguridades en virtud de los tratados de paz y de comercio.

1856 á 1857—Jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires: en el período de tres años manda construir más de cien edificios para escuelas urbanas y rurales, dotándolas de material é introduciendo los métodos de enseñanza en boga. Contribuye á la organización de la Municipalidad. Asegura la posesión de las islas del Delta. Introduce el mimbre y las primeras semillas de eucaliptus. Autoriza los primeros alambrados y potreros artificiales. Escribe un tratado de *Silvicultura.*

1858——Está en la guerra de la Confederación como jefe del estado mayor del ejército de reserva en Palermo. Segundo jefe de la línea de defensa después de Cepeda. Delegado á la Convención Provincial en la reforma de la Constitución. Redactor del *Censor*. Senador de Buenos Aires, es autor de la ley de elecciones. Fomenta la agricultura dividiendo la tierras de Chivilcoy. Hace que los bienes de Rosas pasen á la educación popular.

1860—Sostiene con *El Nacional* á Mitre gobernador de Buenos Aires, y es luego su ministro. Levanta el Museo de Buenos Aires trayendo de Europa á Burmesteir para director. Renuncia el ministerio á la muerte de Aberastain, por asuntos políticos. En Pavón, auditor de guerra, acompaña á Rivas y á Paunero.

1861—Gobernador de San Juan, administra la renta y funda escuelas, colegios, quintas normales. Nombrado direc-

tor de guerra contra el Chacho, renuncia, pero toma parte como gobernador y le derrota. Ascendió á coronel.

1864—Ministro plenipotenciario cerca de Chile, Perú y Estados Unidos. Notas parlamentarias sobre el derecho de gentes. Su discurso en Lima, con motivo de la inauguración de la «Escuela de Artes y Oficios», induce al presidente á recibirlo en el palacio oficial donde sus hijas lucen el blanco y el celeste en honor á la Argentina.

1865 y 1866—En los Estados Unidos se asocia á los grandes educacionistas y hombres científicos: Emerson, Gould, Agassiz., Logfellow, gran poeta, senador Summer, gobernador Arnold y General Grand. Como educacionista argentino asiste á los congresos pedagógicos de Connecticutt, New-Haven, Wáshington, etc. Publica la *Vida de Lincoln*, asesinado quince días antes de su llegada á Norte América, y *Las escuelas en los Estados Unidos.* Pierde á su hijo Domingo F. Sarmiento en el asalto de Curupaytí. Escribe *Ambas Américas* para fomentar la educación en Venezuela, Nueva Granada y Méjico donde se fundaron suntuosas escuelas con el nombre de «Sarmiento», como en Valparaíso, Tucumán, San Juan y Mendoza. El gobierno de Méjico hace imprimir una consulta que le hiciera sobre derecho constitucional, la que figura en las colecciones diplomáticas en lengua inglesa y española.

1867—En París trata á Labulage y fué consultado por Thiers con motivo de la ejecución del emperador Maximiliano. Entabla amistad con Castelar.

1868 y 1874.—Fué electo presidente de la república estando ausente del país. Termina la guerra del Paraguay, y se consagra al progreso de la Nación, ocupándose en asuntos legislativos, de derecho, de educación y administración pública. Funda diez colegios nacionales con cuatro mil alumnos; bibliotecas, escuelas normales; escuela militar; creación de la escuadra; fomento de la inmigración (introdujo mil inmigrantes en un año); fomento de los ferrocarriles; de la prensa y extensión de telégrafos, en una red de mil setecientas millas.

1875—Senador por San Juna.—Director General de Escuelas.

1878.—Sostuvo la constitución en el asunto de Corrientes. Pronunció el discurso *fenomenal* sobre la cuestión de límites con Chile. Asumió la redacción de *El Nacional* en pró de las ideas conservadoras, alcanzando un tiraje de ocho mil ejemplares.

1879—Ministro del interior, la cámara le rechaza dos proyectos lo que bastó para retirarse del escenario político. Fué restablecido Director General de Escuelas.

1881 á 1888—Superintendente General de Escuelas de Buenos Aires. Publica *Conflicto y Armanía de las razas en América.* Sigue dirigiendo *El Nacional* y funda *El Censor*. Continúa escribiendo sobre inmigración y sociabilidad.

Se retira á la Asunción del Paraguay, donde muere el 11 de Septiembre de 1888. El gobierno hace trasladar sus restos á Buenos Aires donde se le celebra una gran apoteósis.

SARMIENTO

Era la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas; el Sol coronaba de su luz su sien soberbia y había en sus entrañas agitaciones de volcán.

Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo y en todo lugar hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas.

Nacido en el primer año de la revolución, ha sido el que vió más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos.

Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado.

Su vida fué de acción y de lucha; tenía en su panoplia todas las armas; pero su inteligencia, con músculos de atleta, prefería la maza hercúlea á cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura.

En todo momento, ya ocupara la más alta magistratura del país, en su banca de senador, manejando la pluma de polemista, en el seno de la intimidad, era siempre el mismo, espontáneo y genial, de pensamiento vastísimo y fecundo, con un soberbio desconocimiento de lo pequeño y del ridículo inmaleable, con un poder de iniciativa no igualada y con una energía y tenacidad inagotables.

Todo su organismo estaba absorvido, dirigido, dominado, por su cerebro, y podía en ciertos casos no inspirar cariño, pero imponía siempre admiración y respeto.

Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo ó mucho á Sarmiento. En su vida laboriosa ha trazado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él, á manos llenas, la semilla fecunda del bien. Si alguna se perdió entre espinas y pedregales ó fué llevada por las aves del cielo, más feliz que el sembrado del evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa, y hoy se eleva como homenaje eterno á su memoria.

Su nombre pertenece ya á la historia, y cuando la República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra y sus hijos vuelvan la mirada hacia la cumbre de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrado para siempre como uno de los Padres de la Patria!

CARLOS PELLEGRINI.

SARMIENTO

Como en el admirable simbolismo griego, sobre la cerrada obscuridad de los primeros tiempos, se cierne la luminosa figura del Ecuador divino que llegó hasta dominar las fieras, así en el mundo americano,—cuando el tiempo haya hecho fabulosa la época de sangre y hierro que sucedió á la independencia—se cernirá también sobre ese fulgor rojizo la severa figura del maestro que sobrepasó la hazaña de Orfeo, alcanzando á dominar hasta los bárbaros. Por las circunstancias de su vida, consagrada toda entera á la educación en su forma más levantada, fué dado á Sarmiento arrojar la semilla de su palabra fecunda sobre todo el suelo americano, desde los primeros centros de cultura del Canadá y Norte América, hasta las más humildes aldeas del sur de Chile.

La fe de su propaganda, la pureza de su intención, la honorabilidad perfecta de su vida, el arte mágico de su estilo, acabaron siempre por darle la victoria en las infinitas batallas que combatió, con aquel ardor impetuoso, vehemente y apasionado que está en la memoria de todos.

Así recorrió toda la América, fijos los ojos en su idea, fuera de la que no veía salvación, pues sin ella, la independencia y la libertad misma, parecíanle armas peligrosas en manos de niños aturdidos.

Desde su obscuro rincón sanjuanino de los primeros tiempos, hasta las cumbres más altas que escaló en su existencia, fué siempre el mismo, el educador, por excelencia, el maestro incomparable y profético.

El nombre de Sarmiento lo encontramos al frente de numerosos colegios, desde el plantel modelo que se levanta en populosa ciudad, hasta la modesta escuela de provincia.

Pero más que en esos edificios, está su dignificación en nuestros recuerdos y nuestros corazones, en los cuales el tiempo ha sido impotente para imponer su obra de olvido y frialdad.

¡Gloria eterna á nuestro ilustre Sarmiento, honra y prez á su patria la Nación Argentina!

MIGUEL CANÉ.

ORACIÓN

Á LA MEMORIA DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1)

Te dormiste sobre la piedra inmaculada en la ciudad de los ensueños.

A. France

I

En la geografía espiritual argentina hay una montaña cuya dimensión nadie conoce. Esa montaña se llama Domingo Faustino Sarmiento.

He evocado su silueta, su silueta que como un soldado que guarda consigna, acecha en las fronteras de mi cerebro, diciéndome con un gesto: ¡Bárbaro! yo también pasé por el mundo! Le he dado carne de mi espíritu, y lo he visto como en sus días de lucha: con su cara cubierta de arrugas que parecen cicatrices, con sus pupilas echando llamas. Lo he visto en los campos de batalla, por las pampas de la República, por las salas de los periódicos, y por sobre todo en sus horas de silencio, encerrado en las paredes de su cuarto, donde debió

(1) Alusivo al aniversario de su natalicio.

soñar, ser más grande que Cristo y merecer un asiento á la diestra de Dios.

He evocado su silueta en la noche, en la noche llena de estellas. Y por un sentimiento infinito de piedad hacia su alma, he querido poseer doce estrellas, lindas como doce mujeres ó como doce pajes, y ofrecércelas para que entretuvieran sus ocios de centauro, después de un galope á tráves de los cuatro puntos cardinales de la literatura y de la filosofía de todos los pueblos.

II

Porque como Rómulo desapareciste un día de tu ciudad nosotros no creemos en tu muerte y esperamos tu retorno.

Porque como Prometeo robaste una chispa del fuego sagrado; tus hijos buscamos en qué cresta de los Andes ó en qué peñón del Himalaya, el señor Júpiter está haciendo purgar tu enorme delito. Hércules ha partido. Prometiéndonos al salir, romper tus cadenas y traernos el buitre que ha vivido en tu corazón. Por eso no creemos en tu muerte.

Pero, porque como Don Quijote, luchaste por la felicidad de los hombres, hemos creído siempre que como el hidalgo manchego te hubieras vuelto cuerdo al morir. ¿No es verdad que es triste volver á la razón tan luego á la hora de morir? Con todo, en la gran mesa de la patria, por la cual tanto hiciste, ninguno ha vuelto á sentarse, y la única silla, la tuya, aguarda el retorno. No podemos tocarte y sin embargo te vemos, porque al desaparecer del mundo, te desparramaste en nosotros y como las imágenes que nos obsesionan, te llevamos en lo hondo de las pupilas.

Porque participaste de la locura del hidalgo, é inconscientemente de la ambición del escudero, he pensado cuán profundo hubo de ser tu sueño: las Insulas Baratarias, tuvieron un mal director en tí, porque ignorabas que en todas las ínsulas está siempre el doctor Tirteafuera.

Debe ser poco, lo que de tus sueños todavía nos haga soñar. No obstante, tu justa épica con Facundo ha quedado como modelo de lance.

Facundo estaba muerto cuando lo retaste á duelo y como el muerto rugió desde su tumba, peleaste contra un cadáver. Porque Facundo era toda la República, y el Quiroga exánime, era sólo una mano menos, una mano fuerte y dura que sujetaba bajo sus dedos ocho provincias, como si fueran ocho riendas convergiendo hacia un sólo puño. Pero quedaba la otra mano, que murió en Caseros, y el cuerpo, que murió en....

Civilización y Barbarie... Y después, la visión de tus ciudades á lo largo de los ríos de América, de esta América, más larga que la vida. Tus visiones que se cumplen; los pueblos que se desbordan por el Océano, los pueblos que forman otros pueblos y formarán naciones todo lo viste y lo voceaste mirando como Colón al Occidente, donde están las pampas, y después los Andes, y después el mar.

Como todos los locos predicaste la locura que te consumía. No te creyeron. Y, entonces, á manera de epitafio, les dejaste aquella frase, célebre en los anales del Parlamento Argentino: «Algún día la posteridad sabrá hasta dónde he vislumbrado el porvenir de la República y sabrá también con la laya de tipos con que he tenido que luchar».

Visionario, visionario, la República progresa (¡oh, si supieras qué cosa es el progreso...!) Te cuadrarían muy bien las palabras de France en *La Piedra Inmaculada*—loado seas, porque hubiste soñado tanto en una noche tan corta.

III

Como las vibraciones de un órgano que ahueca sus voces en el silencio y hace que sus sonidos perduren y perduren, tu genio ha quedado envolviendo el aire como una segunda atmósfera. Fué tal el poder de tu voluntad, que hasta en los la-

drillos de las escuelas que mandaste construir, persiste la huella de su constructor.

Cuando ya no se lea tu *Facundo*, cuando tus artículos hayan pasado de moda, cuando apenas si resten algunas páginas de tus *Recuerdos de Provincia* y ya ni se sepa el lugar donde moran tus cenizas, me tengo para mí que aún ha de resonar tu voz clara de hombre acostumbrado á mandar, aunque el ejército no sea, nada más que la legión de sombras que pobló tu cerebro, de bárbaro genial, que moldea, á su imagen, el siglo en que vive, como en el mismo bíblico, Dios á los hombres.

Has de quedar en el escenario argentino como un símbolo encarnador de divina potencia. Y para la vida de los pueblos esto vale más que todas las ideas y que todos los libros.

La República, que quiere honrar en el Centenario de su Independencia á los muertos ilustres que forman el laurel de su escudo, no ha sabido encontrar para tí——¡Oh, muerto, ilustre entre los ilustres!—el símbolo único que debiera eternizarte, en la memoria de los hombres y de los niños.

Antes de morir tú mismo lo indicaste: Quiero que saquen de los Andes el picacho más abrupto y más grande. Que lo pongan en la Plaza de la Victoria, y en el medio de la piedra: «Domingo Faustino Sarmiento».

Aunque fuera á lomo de mula, aunque tuviera que ser arrancado por los brazos de todos los argentinos, ese pensamiento póstumo debía cumplirse.

IV

Al evocar tu memoria en el Centenario de la Patria, ninguno, al despuntar la aurora de ese día, ha de recibir con más justicia sobre sus hombros la túnica de fuego del primer rayo de sol. Y esta condecoración es la única digna de tus hombros y de tu genio.

Dianas del Centenario, música de todos los clarines y de todas las trompetas, cañones de todos los arsenales, campa-

nas de todas las iglesias, sirenas de todos los vapores que saludéis el sol de esa mañana, que no haya en vuestros gritos de júbilo más que un nombre y ese nombre sea: «Domingo Faustino Sarmiento». Si no es la obra tuya, fué la visión tuya, y la impusiste á tus contemporáneos con la mística fé de los grandes salvajes de la historia.

Que al despuntar la aurora anunciatriz de los cien años de vida nacional argentina, desde el primer magistrado de la Nación, hasta el último gaucho, que transite con su tropa de carros por los arenales donde Facundo inmortalizó la curvatura de su lanza, se unifiquen en un sólo pensamiento y repitan las palabras de aquel, tu último evangelio: «lluvia para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República».

JORGE WALTER PERKINS.

SARMIENTO

¡Prez de San Juan¡ Cerebro que sondea
La recóndita esencia persuasiva;
Verbo en que bulle la palabra altiva
Desparramando la fecunda idea.

¡Invicto paladín! Alma en que olea,
Cual ancho mar, la inteligencia viva:
En cada justa ó sátira festiva
Puso un chispáso su razón febea.

Era la augusta libertad su oriente,
La lid á la barbarie su ardimiento,
El civismo su culto soberano.

La Gloria, á su nacer, besó su frente,
Y aquel beso inmortal hizo en Sarmiento
La encarnación del genio americano.

LUCIO ARENGO.

SARMIENTO

Altiva cual la olímpica ralea,
Genial en sus audacias, poderosa,
Tu inspiración fecunda y luminosa,
Nació para la lucha gigantea.

La Ciencia y la Verdad arman tu idea
Al iniciar la liza belicosa,
Y la ruda ignorancia tenebrosa
Vencida queda en sin igual pelea.

Todo á tu paso de titán se inclina,
Y las hondas tinieblas ilumina
La fosfórica luz de tu talento:

Y con la augusta majestad del sabio,
Con voz del corazón grita tu labio:
«¡No se mata jamás el pensamiento!»

FEDERICO FIGUEROA.

Á SARMIENTO

¡Triunfaste el fin! Como rugiente estalla
En la montaña el huracán violento,
Rompió doquier el libre pensamiento
De la ignorancia la soberbia valla.

¡Triunfaste sí! Que tu gigante talla
Enseñe al mundo, de saber sediento,
Que la idea es la luz, es el portento,
La voz que anima en la febril batalla.

¡Hienda el espacio cual celeste guía
La voz del porvenir, rayo de gloria
Que hoy se levanta de la patria mía,

Y alce marciales himnos de victoria
La altiva juventud que, en este día,
Consagra un monumento á tu memoria!

B. L. PEYRET.

EN LA TUMBA DE SARMIENTO

Yace postrado el invencible atleta
Por la muerte fatal,
Que sólo el tiempo, su robusto brazo
De la justicia armado y del derecho,
Pudiera desarmar.

De cuatro pueblos que nutrió la savia
De su genio inmortal,
Le acompaña el dolor, y sus banderas
Cual glorioso sudario le rodean
Para que duerma en paz.

Su nombre empero, vivirá en la historia
Y á través de los siglos su memoria
Más cara nos será,
Porque el Germen fecunde que su genio
En el seno del pueblo derramó,
Mientras más gire el tiempo, más lozanos
Frutos dará, de eterna bendición.

L. M. S.

SARMIENTO

Y fué el cóndor de vuelo soberano
Y ala tan fuerte como el mismo viento
Que este grito lanzó: «Tuyo es mi aliento
Que nada abate: ¡Ven, tú eres mi hermano»!

Y allá va con empuje sobrehumano
El viejo luchador que alza su acento
Y difunde la luz del pensamiento
Por todo el continente americano!

¡Oh genio poderoso! ¡Cuánta gloria
Te debe y guarda la Argentina Historia...!
Y en qué huella inconfundible y honda

No estará de tus obras seculares
Que tienen la grandeza de los mares
Y los ardientes hálitos del zonda.

EDUARDO R. RUÍZ.

SARMIENTO

La voz del pueblo argentino
Te proclama, ¡oh gran Sarmiento!
Heraldo de su destino
Y apóstol del pensamiento!

Es tu genio, luz pristina
De la escuela y del hogar,
Que nuestra patria ilumina
Desde el solio de su altar.

A tu voz todo se agita,
A tu razón, todo calla,
Y el pueblo heróico palpita
Cuando tu brazo batalla.

La patria vive orgullosa
En tu recuerdo vibrante
Que la empuja victoriosa
Para surgir adelante.

Porque es esa tu bandera,
Tu ideal, ¡Oh gran Sarmiento!...
De nuestra patria, lumbrera
Y apóstol del pensamiento.

Vivirás en el renombre
Siempre grande, esclarecido,
Dando fama con tu nombre
A la patria en que has nacido.

Y hasta la niñez, sencilla,
Leerá tu nombre ilustre
En la sublime cartilla
Que al pensamiento da lustre.

La voz del pueblo argentino
Te proclama, ¡oh gran Sarmiento!
Heraldo de su destino
Y apóstol del pensamiento!

FRANCISCO PODESTÁ.

HOMENAJE Á SARMIENTO

Reina, del infinito en los profundos
senos, la eterna paz de las estrellas.
Los asombrados ojos, en la calma
de impenetrable noche, los espacios
recorren, como el pájaro extraviado
lejos del árbol que le presta asilo;
y el alma, presa de ansiedad, admira
el rodar silencioso de los mundos.

Todo es ritmo en lo alto. La armonía
del orbe sideral sólo perturba
la estrella errante que, al pasar inflama
fúlgida antorcha en la nocturna sombra.
La fuerza misteriosa que domina
la legión de los soles, y su marcha
á ley constante é inflexible ajusta,

ni un sólo instante en sus rigores cede;
no duerme un solo instante; que, si fuera
dado en su paso detener los mundos
lo que dura un latido en las arterias,
rodara en espantoso cataclismo
la magnífica obra en que revela
su poder colosal el Sumo Artista.

Todo es ritmo en lo alto, y todo es lucha
aquí en la Tierra, que también uncida
de Apolo al carro, va como esclava
bajo el rigor del amo; en él los ojos,
en él puesto su amor; como sí el hierro
de la inmutable ley que la esclaviza,
lazo nupcial para su ensueño fuera.

¡Contraste singular de lo creado!
La paz arriba, inalterable y muda,
y sobre el mundo el grito. Aquí la humana
actividad, labrando las campiñas;
el enjambre industrial en las ciudades;
el coro de los yunques y las fraguas;
al sonar de clarines y tambores;
dulces cantos de amor y de trabajo:
marchas guerreras, funerarios himnos;
aquí el sentir, aquí el pensar; la férrea
voluntad, los estragos del delito;
la flor de la virtud, suave en perfume;
la flor del vicio, de letal veneno;
el lauro virginal en sien marmórea;
en el alma del joven la esperanza
y en el materno pecho el sobresalto;
dolores y alegrías, mil problemas
nunca resueltos, infernal corona
de eternas dudas al mortal ceñida;

y de la humana grey guía y antorcha,
la cabeza genial, que se doblega
al peso de la idea, como el árbol
al dar fruto en sazón dobla la rama.

Trabajan las ideas, incansables,
tenaces, como el mar que lento labra,
golpe tras golpe, con soberbio empuje,
la muralla infranqueable de las rocas.
Vienen y van espumas y rumores;
niebla sutil envuelve las gigantes
moles de piedra; y el constante asalto
jamás término halló de sus fatigas,
que á la ola que muere va otra ola
á substituir, en las cerradas filas,
cual la idea por otra se sucede
del pensamiento en los soberbios mares
y del misterio en la enriscada orilla.

Obreros y soldados, las ideas
tienden rieles y puentes y perforan
la montaña; volantes luminares
en el impreso lanzan; en la escuela
á blanda tierra la simiente arrojan;
glorioso triunfo al ideal preparan,
y extraordinario don eterno aliento
les presta: que, vencidas por cien veces,
por otras cien renacerán; la fuerza
domarlas no podrá, ni el hierro nunca
logrará encadenarlas; ni habrá sombras
que en noche sin aurora las apaguen;
ni en sus manos el dios de las tormentas
tendrá rayo capaz de fulminarlas.

Cuando en el mármol ó en el bronce admiro,
por artísticas manos modelado,

el cráneo de Sarmiento; y por los ojos
creo ver las ideas que abandonan
su nido y á las nubes se remontan
con el vuelo del águila; y las veo
otras veces bajar como leones
á la arena del circo; y rememoro
qué génesis fecundo una cabeza
pudo sola crear; y me pregunto
en dónde están lo grande y lo pequeño,
cuál es mayor, la bóveda estrellada
ó el orbe de los mundos cerebrales,—
pienso que si la Tierra, desprovista
á nuestros ojos de la luz serena
que á lo bello del orbe un himno entona,
puede también brillar, como Saturno,
y como el fiero Marte, ó como Venus,
es porque en ella el hombre siente y piensa,
y en ella el genio, al sacudir las alas,
en la envoltura terrenal golpea,
rasga las sombras y al espacio lanza
la luz del ideal, que va atrevida
del mismo sol á disputar la gloria!

ENRIQUE E. RIVAROLA.

———

BARTOLOMÉ MITRE

> El General Mitre el más ilustre y respetado de los argentinos. Su vida es un alto ejemplo de conciencia y probidad que proclama la nobleza superior de los más puros ideales y que podría hacer suya la contraseña suprema de Septimio Severo: ¡LABOREMUS¡
>
> *Paul Groussac*

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

Nació el general Mitre en Buenos Aires, el 26 de junio de 1821, siendo su padre D. Ambrosio de Mitre, descendiente de conquistadores y colonizadores españoles, patriota declarado que hizo causa común con los revolucionarios de Mayo y fi-



BARTOLOMÉ MITRE

guró entre los miembros de la Logia Lautaro; y su madre doña Josefa Martínez.

Su actuación empieza en el año 1837, como soldado distinguido y alumno de la Academia Militar de Montevideo.

En 1838, 24 de Febrero, adquiere el grado de aférez de artillería y colabora en «El Iniciador», de Montevideo, junto con Miguel Cané y Andrés Lamas.

En 1839, concurre á la primera acción de guerra, librada en los campos de Cagancha—R. O. del Uruguay—el 29 de Diciembre en el ejército invasor del tirano argentino y el de la defensa mandado por el general Rivera.

En 1840, asciende á Capitán, el 5 de Agosto.

En 1842, Sargento Mayor de artillería, invadió con Rivera á Entre Rios, asistiendo á la batalla del Arroyo Grande, el 6 de Diciembre.

En 1843, tomó parte activa en la defensa de la plaza de Montevideo, y en Febrero de 1846, con el grado de Teniente Coronel, se dirigió á Corrientes en busca del ejército libertador del general Paz; pero disueltas las tropas de éste, se encaminó á Bolivia cuyo gobierno lo desempeñaba el general José Ballivian.

En 1847, puesto al servicio del gobierno de Bolivia asumió la dirección del Colegio Militar y en su carácter de teniente coronel y Jefe del Estado Mayor del Ejército, peleó en los campos de Lalava y Vitiche, saliendo victorioso por lo que recibió más tarde un Escudo de benemérito, en grado heróico, por la batalla de Vitiche.

Designado comandante militar de La Paz, fué invitado á tomar parte en una revolución, que rechazó y ahogó á cañonazos; y como no quisiera ingresar á las filas que le abrían sus enemigos, soportó el destierro bajo la imposición de abandonar el país boliviano en el término de dos horas. De paso para el Perú, estudió las ruinas de Tiahuanaco, mereciendo por su trabajo una mención honorífica en la «Exposición Geógráfica de Venecia».

Perseguido en el Perú, se refugió en Chile. Allí redactó «El Comercio» y «El Progreso», para combatir á los inculcadores de las leyes, lo que le produjo el embargo de la imprenta, la prisión y el destierro al Perú.

Vuelto á Chile, más tarde, encontró apoyo en el partido liberal; pero la influencia poderosa de sus escritos produjo una revolución, por lo que lo expulsaron.

Llegado al propio país en 1851, se puso al lado de Urquiza no bien se produjo el movimiento del 1.º de Mayo, peleando en el combate del Tonelero, entre Obligado y San Nicolás, el 17 de Diciembre, por lo que mereció la condecoración de la Rosa, del Emperador del Brasil.

Empeñado en la campaña de Caseros, asistió á la batalla del día 3—1852—donde ascendió á coronel sobre el campo mismo.

Derrocada la tiranía, fué elegido representante por Buenos Aires á la Asamblea que se instaló el 1.º de Mayo. Disconforme la Legislatura bonaerense con el Acuerdo de San Nicolás, en que los gobernadores de provincias concedían á Urquiza facultades extraordinarias en pró de la reorganización constitucional, originó los debates del 21 y 22 de Junio, que dieron por resultado, la disolución de la Cámara, la suspensión de periódicos, y la clausura de las imprentas, la expulsión de Mitre, del territorio, y otros distinguidos ciudadanos.

Estallada la revolución del 11 de Septiembre, regresa nuevamente al país, y el 14 se pone al frente de la Guardia Nacional de infantería de Buenos Aires.

El 21 de Octubre, se hizo cargo del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, abriendo las puertas de la Provincia á todos los que por razones políticas habían sido alejados después de la revolución.

El 27 de Noviembre desempeña, interinamente, el Ministerio de Guerra y Marina, por ausencia del titular, conservando el de Gobierno.

Sublevado en Mercedes el coronel Hilario Lagos comienza el sitio de Buenos Aires, donde Mitre recibe un balazo en la frente, en el combate de los potreros de Langdón, el 2 de Junio de 1853, mientras mandaba en jefe las tropas combatientes, desempeñando á su vez, la jefatura del Estado Mayor.

En el mismo año, es designado Inspector de Armas, en campaña; y el 24 de Septiembre, representante por la Capital, desde cuyo puesto colaboró en la Constitución Provincial del 54.

Vuelto en 1854, del ejército de operaciones en campaña, es llevado al Ministerio de Guerra y en 1855, expedicionó en tal carácter en Sierra Chica, contra los indios del Sud.

En 1856, persigue al general José María Flores, invasor de la Provincia y le dispersa.

En 1857, luego que en Mayo abandonó el Ministerio de Guerra y Marina, fué designado miembro de la Comisión Consultora del Gobierno y en el mes de Junio representante por la Capital.

Durante el año 1858, ocupa el mando del ejército en la frontera de Buenos Aires y los ministerios de Guerra, Marina y Relaciones Exteriores.

En 1859, con motivo de la incorporación de Buenos Aires á la unidad nacional, el gobierno de éste confió el mando de sus tropas á Mitre, ascendido en Mayo 27, de dicho año, á Coronel Mayor. Aquí emprende la campaña de Cepeda y de La Larga, para librar la batalla de aquel nombre, el 23 de Octubre, donde si bien no alcanzó un triunfo militar, puso á prueba sus aptitudes al retirarse sobre San Nicolás; en este punto embarcó sus tropas en la escuadra y después de rechazar las de la Confederación, se dirgió á Buenos Aires, defendiéndola de manera de que Urquiza, sin apoderarse de ella, dió término á la contienda proponiendo el «Pacto de la Unión», del 11 de Noviembre, que reincorpora el Estado de Buenos Aires á la Confederación.

En 1860,—3 de Mayo—asumió el gobierno de la Provincia y su programa político se condensa en esta frase suya: «Marcharé decididamente á la realización de la Unión Nacional».

Con el título de Brigadier General del ejército de Buenos Aires, inició la campaña de Pavón, en el mes de Junio y, el 17 de Septiembre, obtuvo la batalla de tal nombre en los campos del Pavón, en Santa Fe. Alguién ha dicho de esta batalla que, en nuestra lucha civil, «es la única que no ha dejado heridas abiertas ni rencores subsistentes», porque sus resultados son la «Unión Nacional».

Después de Pavón, las provincias delegaron en él sus poderes, para la reunión é instalación del Congreso Nacional, lo que llenó cumplidamente el 25 de Mayo de 1862, depositando en manos del Cuerpo Legislativo los intereses de la Nación. El 5 de Junio el Congreso le declaró *Ciudadano Benemérito de la Patria.*

El 12 de Octubre del mismo año, fué llevado á la Presidencia de la República por el voto de sus conciudadanos, y al dencender del elevado cargo, fundó «La Nación», prez y gloria del periodismo argentino; mientras el pueblo de Buenos Aires, le obsequia con la casa de la calle San Martín, hoy adquirida por la Nación como reliquia histórica y en donde se conserva su biblioteca y demás mueblaje, tal como los mantuvo el General en vida.

Asistió á la Convención reformadora de la Constitución de Buenos Aires; representó al país en el Brasil y Paraguay; candidato en 1873 á la presidencia de la República; revolucionario, después, sufrió otro destierro hasta el año 1875 en que se le concedió amnistía por sus grandes servicios prestados.

En 1877, representó la política Conciliatoria evitando una guerra civil; y en 1878 Buenos Aires le llevó al Congreso Nacional como su representante.

Su actuación posterior fué siempre patriótica, laboriosa y ecuánime.

Fué á Europa y á su regreso en 1891, habiendo surgido su nombre para la primera magistratura del país, el pueblo le celebró su apoteósis.

En sus últimos tiempos, fué no sólo una reliquia venerada de la patria, sino el padre espiritual de sus grandes designios. Corazón y cerebro, á su consejo reposado y profundo, llegaron todas las edades y todas las pasiones políticas en demanda de orientaciones, en los momentos difíciles porque atravesó la República.

En el 80 aniversario de su natalicio el pueblo de la Nación le rindió el homenaje de su jubileo, la más grandiclocuente mani-

festación de respeto y cariño que los argentinos han celebrado á sus grandes hombres en vida.

Mitre periodista, militar esclarecido, presidente de la República, hombre de estado, historiador y publicista «es el más ilustre y respetado de los argentinos». Falleció en Buenos Aires el 19 de Enero de 1906.

MITRE

SU GRANDEZA MORAL

La nación entera estuvo conmovida por el duelo. Durante días que fueron infinitos, siguió con fervor las alternativas del sufrimiento; rememoró desde el principio hasta el fín la tarea individual, múltiple y gigantesca; se detuvo con admiración en todas las escalas del camino; relacionó y construyó con asombro la obra personal, y comprobó con orgullo la obra de medio siglo de república; y por eso cuando se rompió el vaso prodigioso de este espíritu inmortal, estalló en el alma nacional una vibración de angustia suprema y contagiosa, que fué el sollozo profundo, prolongado é impotente de la patria herida.

Medir la extensión y el esfuerzo de este atleta irradiante, sería analizar la historia de la constitución y organización del país, viva y luminosa en la mente contemporánea.

Soldado y poeta, estadista y escritor, orador y polemista, historiador y arqueólogo, jurista, legislador y diplomático, sociólogo, político, periodista, bibliófico y coleccionista, caudillo de partido, apóstol de multitudes, conductor de ejércitos y de pueblos, reformador, educador y hombre de mundo y de hogar, todo lo llena, lo anima y lo enciende en la luz de las ideas, lo prestigia y universaliza con el ejemplo de robustas virtu-

des. Nada en el pensamiento y en la conducta es improvisado y aventurero, nervioso ni violento; todo es meditado, sereno, maduro, firme, humano, concordante, continuo, concluído y decisivo, porque todo es el resultado de la convicción adquirida en el estudio reflexivo, y caldeada en la llama de la celeste inspiración.

En la vida intensa y progresiva del general Mitre, siempre al nivel de su momento, sobre su obra extraordinaria de pensador y de obrero, admira y domina en el tiempo la elevación de su carácter. Más brillante que sus batallas, más luminosa que sus libros, más fecunda que sus triunfos de estadista, es su grandeza moral, la virtud menos humana, porque es la virtud más superior.

Poseía el poder excelso de levantarse arriba de las pasiones é intereses militantes; creía más en las fuerzas de sus ideas que en las fuerzas mecánicas, y por eso ha sido tantas veces vencedor cuando era vencido, y su voz serena y profética, tantas veces apagó las destemplanzas oficiales y las convulsiones colectivas.

En medio de los antagonismos irreductibles, del rastrero personalismo, de las violencias del concepto y de las formas bárbaras de una democracia inorgánica, que él se lanzó á organizar, siempre se mantuvo en las alturas etéreas, donde no le alcanzaron las miserias de la tierra. Su filosofía superior le infundía la ambición actuante y redentora de «contemplar á cada hombre en su derecho de ciudadano, á cada ciudadano en el goce intacto de la libertad é igualdad santas de la justicia, á cada nación en su soberana independencia, y á todas las naciones de América confederadas en el seno de la humanidad».

Ha buscado el bien por los medios del bien; jamás le desviaron de su camino las vinculaciones con los hombres; ha servido á las ideas y no á los intereses transitorios, y nunca vaciló en su conducta porque tenía la seguridad y sencillez de la línea recta.

El concepto de la grandeza moral de Mitre se ha afianzado en los años, como todas las verdades. Después de medio siglo de contacto y observación el pueblo argentino, sin distinción de partidos, convicciones y tendencias le ha acordado universalmente toda su confianza, su fe y su admiración, como á su caudillo, á su estadista y á su filósofo. En los últimos ciclos su casa ha sido el Sinaí, donde todos, adversarios políticos tradiccionales y gobernantes con la suma del poder público, subían á buscar las ideas y el valor que les faltaba en las angustias de la lucha.

La inmensa obra de pensador, de militar y de político, podrá discutirse; pero la invariable elevación de su carácter sólo podrá admirarse.

Mitre es grande, sobre todo por su grandeza moral, y después de Wáshington, no tiene paralelos en la historia de inmortales. Se parece en Sud América á la cima inmaculada del Aconcagua, dominante en la montaña sobre los reyes de la altura.

RAMÓN J. CÁRCANO.

MITRE

Descendió como el sol en occidente
Dejando al ocultarse ígneos fulgores,
Y en la historia rayaron los albores
Del astro que amanece en el oriente.

La patria lo contempla, refulgente,
En el cielo sin nubes de su gloria,
Y un himno colosal á su memoria
Se levanta de todo un continente.

Hubo en su larga y tétrica agonía
La verdadera magestad del cielo
En la hora triste en que fenece el día.

La noche del dolor tendió su velo,
Y en sus sombras un bólido caía
Iluminando el argentino suelo.

EDUARDO CONESSA.

LA MUERTE DEL PATRIARCA

I

Como un símbolo grande rueda en lo inerte
Un pedazo del alma de nuestra historia;
Se oyen torvos clarines que hablan de muerte
Y solemnes clarines que hablan de gloria!

II

Interminable lucha... Ya nada resta;
La muerte se retira, cruel vencedora...
Aun temblando en los labios va la protesta,
Aun la noble pupila se empaña y llora.

III

La Segur llevó un alma del gran proscenio,
Por eso el pueblo tiene llanto y querellas.
De las constelaciones que invadía el genio
Se abismó la más noble de las estrellas.

IV

Y la buena grey canta con tristes notas
Su pasión al Gran Viejo nunca violada;
Cóndor que cuando tuvo las alas rotas
Voló junto á su pueblo con la mirada.

V

Hay un dolor profundo, fiel, reverente...
Llora el viril mancebo sin saber cómo,
¡Adios, viejo invencible, de augusta frente,
De audaz frente que tuvo blasón de plomo!

VI

¡Adios, viejo patriarca!... Tú, que eras fuerte,
No buscaste el arrullo de pompas vanas.
Bastará para amarte y enaltecerte
El brillo de honra y nieve que hubo en tus canas.

VII

Triunfaste de una época bárbara y loca
En que se impuso el fuero de los cuchillos,
Y en tu noble firmeza, como una roca
Se estrelló la inconciencia de los caudillos.

VIII

Fuiste bardo y guerrero. Nobles visiones
Guiaron siempre tu marcha, que audaz y errante
Venció al paso guerrero de los bridones,
Y sobre las sandalias de Hómero y Dante.

IX

¡Adiós, noble patriarca! Fija en la mente
Tendrá el pueblo tu imagen de anciano austero;
El bautismo de gloria que abrió tu frente
Y la grandeza humilde de tu sombrero.

X

Aunque el misterio eterno tu cuerpo lleve,
Tu altar tendrá en los pueblos amor y lumbre;
Se deshace el recuerdo como la nieve,
Pero hay nieves eternas sobre la cumbre!

DARÍO VALROSA.

MITRE

EL GRANDE

Predestinado olímpico, la gloria
Con centellear de aurora, estremecida
Derramó su luz, nuncio de victoria
Sobre tu sien de niño adormecida.

Era el presagio augusto de la historia
Que ya anunciaba el triunfo de tu vida
En la lucha y la acción propiciatoria
Digna del alma noble y redimida.

Por eso fuiste atleta de la idea
Y esgrimiste tu clava fulgurante
En los pechos de impúdica ralea

Con puño inexorable de gigante.
Por eso el pueblo en su dolor te aclama
Y su varón insigne te proclama.

COMO TÁCITO

El buril de la historia fué en tu mano
Fulmíneo talismán del pensamiento
Para esculpir con trazo soberano
De la patria el eterno monumento.

Ahí queda el granito de Vulcano
Por tu esfuerzo grabado, documento
Grave y profundo del saber humano,
Obra de luz, de ideal y sentimiento.

Cumbre gigante, ensañará al presente
Los seguros jalones del camino,
Como el astro del cielo refulgente

Orienta al descarriado peregrino...
Y tú, Proteo, de la raza fuerte,
Vivirás en la gloria de la muerte.

LA GLORIOSA CICATRIZ

En el brioso corcel del combatiente
Se yergue con magnífica osadía,
Avanzando, cual sol desde su oriente,
Para alzar sobre el mundo el claro día.

Y vá con su legión, resplandeciente,
A la pelea intrépida y bravía,
Recibiendo un laurel sobre su frente,
En premio de su heróica gallardía.

Es el plomo mortal del adversario
Que no logra vencer al elegido
Invicto del deber y legionario

Del bien, y por el bien esclarecido.
Solo deja en la frente una honda huella
Como el núcleo radiante de una estrella.

EL CHAMBERGO

No ciñó su cabeza victoriosa,
Cumbre del ideal y de la ciencia,
Con diadema de Jove, esplendorosa,
Ni penachos de roja florescencia.

Para cubrir la cicatriz gloriosa
De su ancha frente de alba transparencia,
El chambergo de alcurnia silenciosa
Prefirió sin alarde y sin violencia.

Y en las horas de prueba ó de esperanza
Agitó aquel chambergo soberano
Para dar á su voz mayor pujanza

Y más vigor á su robusta mano.
¡Oh! sombrero inmortal del hombre idea,
El civismo en tu fieltro centellea!

FRANCISCO PODESTÁ.

NICOLÁS DE AVELLANEDA

El doctor Avellaneda lleva su biografía en su nombre. Ha sido el iniciador de las grandes reformas en la instrucción pública. Era un hábil estadista, un hombre de talento admirable, de suma erudición, dotado de un carácter tolerante que mantenía limpia su alma de todo rencor, aún para sus detractores gratuítos.

Por muchos años en las bancas del Congreso se extrañará la presencia del doctor Avellaneda y en el recinto de las Cámaras se echará de menos su palabra elocuente, intensa, honrada. Se le extrañará en los consejos de gobierno, en la silla del magistrado, en la cátedra universitaria. No lo olvidará la prensa; lo recordarán los amantes de la suave y delicada literatura; la República en sus días de apuro y de conflicto volverá sus ojos hácia su tumba buscando la sombra del ilustre político.

Su nombre está inscripto ya en el Calendario de las grandes figuras nacionales.

Julio A. Roca.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Don Nicolás de Avellaneda, nació en Tucumán el 2 de Octubre de 1837.

Era hijo de don Marco M. Avellaneda, personaje de ilustre reputación, que fué brutalmente asesinado y elevada su cabeza en la plaza de Tucumán, por los sicarios de Rosas.

Siendo niño, llegó á Córdoba en cuya Universidad estudió humanidades y derecho; terminando más tarde, en 1862, su carrera en la Universidad de Buenos Aires, en la que fué profesor de Economía Política.

En Tucumán se inició su vida pública desempeñando la defensoría de menores y haciendo de periodista en «El Eco del Norte».

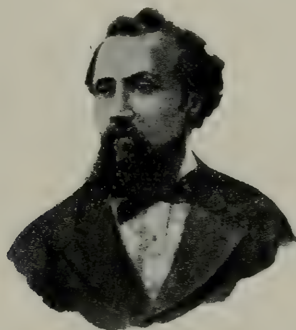
En 1858, pasó á Buenos Aires: se adscribe al estudio del reputado jurisconsulto doctor Roque Pérez y reemplaza al doc-

tor Juan Carlos Gómez en la redacción de «El Nacional», donde sienta su fama como escritor galano, de estilo impecable y lógica contundente.

Más tarde funda con Chassaing, Carlos Paz, Argerich y otros «El Pueblo».

Hecho abogado en 1862, al año siguiente es diputado por la provincia de Buenos Aires, en cuya legislatura empieza á adquirir fama de orador conceptuoso.

En 1886, el Gobernador de Buenos Aires, doctor Adolfo Alsina, le encomienda el Ministerio de Gobierno. Se ocupa, entre otros asuntos importantes, de la educación común muy descuidada entonces y publica sus estudios sobre tierras.



NICOLÁS AVELLANEDA

Siendo el Dr. Dardo Rocha opositor al gobierno del Dr. Alsina y empleado subalterno de la administración, éste requirió de su ministro Avellaneda, la destitución de aquél, pero al día siguiente dimitían el Ministro Avellaneda y Mariano Varela, que le acompañaba.

Llevado Sarmiento á la presidencia y dadas sus inclinaciones al fomento de la instrucción pública, encontró en el doctor Avellaneda el hombre necesario para la empresa, y lo hizo de Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública, puesto que desempeñó hasta su proclamación para Presidente de la República en 1874.

Diez provincias le hacen Presidente después de la conflagración tramada por los partidos en lucha.

La administración progresista de Sarmiento resintió, sin duda, las finanzas y ante este estado de cosas, ante las revoluciones y rebeliones internas y las amenazas externas, que era del todo necesario atender con firmeza y con recursos, el Presidente Avellaneda contrajo empréstitos que produjeron una crisis económica y política.

Su enérgica actitud y sus grandes miras le hicieron abordar el problema de tal suerte que hasta el sacrificio personal de los empleados de la administración entró en las medidas salvadoras. De aquí su frase aquella: «Hay que economizar sobre el hambre y la sed del pueblo argentino para salvar el crédito».

Hizo un gobierno de lucha, pero realizó marcados progresos, sobre todo, terminando los grandes proyectos de su antecesor. Además, se llevó á cabo la conquista del desierto por el general Roca y el doctor Alsina; fomentó las escuelas y los telégrafos; se hicieron ferrocarriles de grandes extensiones; se afianzaron las relaciones exteriores; se persiguió la federalización de Buenos Aires; se inauguró la primera Exposición Industrial en la República y dominó la crisis financiera. Lo que no pudo combatir con éxito fué la tremenda oposición y hasta la calumnia, de sus contemporáneos, por eso dijo antes de morir: «Muero tranquilo porque nunca he manchado mis manos. No dejo para mis hijos sino la honradez de mi nombre».

Muerto el doctor Alsina, ante cuyo prestigio la oposición de Buenos Aires no se desbordaba, se le hace la revolución, encabezada por el gobernador de la provincia, doctor Carlos Tejedor. El presidente, sus ministros y la mayoría de los congresales, abandonan la capital é instalados en Belgrano, dirigen las operaciones consiguiendo la adhesión de las provincias al gobierno; pero al fin pactan con Tejedor, federalizándose Buenos Aires que fué la capital definitiva de la República.

Pacificado el país y habiendo sido electo presidente el general Julio A. Roca, le hace entrega del mando y se retira á la vida del hogar.

En 1885, encontrándose enfermo, de cierta gravedad, se marchó á Europa con el objeto de atender su salud. Como sus médicos declararon incurable su *mal de Bright*, se volvió á la patria y murió en alta mar á bordo del vapor «Congo», el 25 de Noviembre de 1885. Su cadáver fué embalsamado y al desembarcarse en Buenos Aires se le hizo un entierro de los más imponentes que se hayan realizado en la capital de la república.

En el mismo año se editó, por la imprenta de Biedma, una compilación de todas sus producciones escritas.

Con motivo del XX aniversario de su muerte, el «Círculo Nicolás Avellaneda», produjo, como recuerdo póstumo, un número único, en el que escritores, políticos y hombres de derecho y ciencia, más caracterizados del país, han escrito sobre la personalidad del doctor Avellaneda.

AVELLANEDA

INSCRIPCIÓN

Pasó como un meteoro
De la Patria cruzando el ancho cielo.
¡Cuántas joyas formaban su tesoro!
¡Qué herencia nos dejó su pluma de oro!
Y en viéndole partir... !qué desconsuelo!

CARLOS GUIDO SPANO.

NICOLAS AVELLANEDA

Pensamiento

Como político, dió capital á la República, resolviendo así uno de los más graves problemas de nuestra organización nacional.

Como orador, siempre convencía deleitando y su palabra, que era todo una fuerza, le permitió salvar las situaciones más difíciles calmando los espíritus, difundiendo la paz entre las multitudes revolucionarias, y arrancar aplausos hasta de sus mismos adversarios.

Como escritor, ha sido nuestro primer clásico, é indiscutiblemente el fundador de la literatura nacional.

Trajo al nacer sangre de mártir y la *cuna de nuestra libertad* dióle el talento que lo inmortalizó.

E. Cantón.

AVELLANEDA

Demóstenes, venciendo en la tribuna
Las resistencias de su lengua torpe,
El númen fué de la elocuencia griega
Que vibra rayos y difunde acordes.

Al salir de sus labios la palabra,
Iras ó arrullos en su fondo esconde;
Ora es el dardo que indolente hiere
Ora modula, como la aura, sones.

El pueblo griego disputó al olvido
Del tiempo indiferente y de los hombres
Al gran tribuno, que guardó en su historia,
Esculpió en mármol y fundió en sus bronces.

Y en el suelo argentino, Avellaneda,
El genio de los grandes oradores,
¿Ha recibido su homenaje póstumo?
¿Tiene una estátua que bosqueje al hombre?

Siempre inspirada en la justicia ¡oh! ¡Grecia!
Paseaste tu bandera por el orbe:
Pueblo de Mayo, ¡inspírate en su ejemplo!
Rinde culto también á tu Demóstenes!

RODOLFO G. GODOY.

NICOLÁS AVELLANEDA

Alma gigante, su misión cumplida
fué la misión del héroe en la pelea,
con el sol de tu mente esclarecida
brillaron las victorias de la idea:
alma llena de luz, en la tribuna
á tu rítmica frase de poeta
el mundo vió que magistral se aduna
la inspiración divina del Profeta;
espíritu genial, desde la cumbre
del porvenir los mágicos portentos
mostraste á la asombrada muchedumbre,
y tus nobles y olímpicos acentos
en las plazas y cátedras y calles,

no fueron del lenguaje soberano
de un Mirabeau, tribuno de Versalles,
sino de un Castelar americano;
fueron del sol el fecundante beso
en gérmenes perdidos en lo obscuro,
fueron como las dianas del progreso
cantando los fulgores del futuro!

Cuando la patria, que adorabas tanto,
entre á gozar del porvenir bendito
que le augurabas en tu verbo santo
al remontarte audaz al infinito;
cuando cruce su mar de tempestades
en su nave gentil, republicana,
y al transcurrir del tiempo las edades
llegue á su puerto á descansar ufana;
cuando consiga tras bregar constante
el laurel de sus últimas victorias
y, mirando hacia atrás, contemple amante
esa su inmensa gradación de glorias;
cuando repleto esté de espigas de oro
el hondo surco que tu pueblo labra,
acompañando el jubiloso coro
se oirá la vibración de tu palabra:
de tu palabra que encendió la aurora
en medio de las sombras del camino...
¡Precursor de la lumbre redentora!
¡Arcángel que anunció nuestro destino!

José Cibils.

VI

¡HUESTES!

CABALLERÍAS

PALADINES

SOLDADOS

VISIÓN BÁRBARA

Una huesta al cruzar meció las frondas
Del vasto boulevar adormecido,
Y su bandera en tremulantes ondas
—Al fulgor del crepúsculo vencido,—
Fingía un ángel, cuyas alas blondas,
Sobre la hueste hubiéranse extendido...

Y la hueste pasó. Y el largo acero
De los sables que en lo alto conducía
Aquel confuso desfilar guerrero,
Rutilando, á lo lejos, producía
La ilusión de un fantástico aguacero
Que entre la sombra nocturnal huía.

L. GONZÁLEZ CALDERÓN.

ÉPICA

Desgarrando con sus férreas y sonoras nazarenas
los hijares espumantes de fogosos redomones,
arremeten los guerreros, desgreñadas la melenas,
que tremolan como negras banderolas en girones.

Se abren paso entre los rojos aguerridos escuadrones
clarineando la matanza que enrojece las arenas;
y arrogantes, indomables, con fiereza de leones,
despedazan á sablazos del tirano las cadenas.

Son los gauchos romancescos, los indómitos centauros,
que á la Patria coronaron con aurifulgentes lauros
en cruzadas portentosas y terribles entreveros;

los que asidos á sus potros el gran río atravesaron
y la ruta gigantesca del futuro nos trazaron
con sus lanzas legendarias en la aurora de Caseros.

DAMIÁN P. GARAT.

EL ENTREVERO

Ondearon las banderolas de las lanzas entrerrianas,
y el gauchaje temerario que formaba el escuadrón,
al sentir que los clarines le espoleaban con sus dianas,
atropelló la columna con heróica decisión.

Y en tanto que trasponía las cuchillas más cercanas
con una enseña encarnada como flores de malvón,
tiraron sus tercerolas las milicias veteranas
y, evocando viejos tiempos, desnudaron el facón.

Fué soberbia el entrevero. La mozada se batía
frente á frente y cuerpo á cuerpo, y obstinada persistía
en lograr para su bando la corona de laurel.
Y los toques decisivos de las trompas que vibraban

en las bastas soledades de aquel campo, proclamaban la bravura legendaria de los gauchos de Montiel.

ANÍBAL MARC. GIMÉNEZ.

CABALLERÍAS DE LA PATRIA

Con arrebato de orda va el corcel formidable;
Enredado en sus crines ruge el viento de Dios;
Sobre el bosque de hierro vibra en llamas un sable
Que divide á lo lejos el firmamento en dos.

La montaña congénere, donde el cóndor empluma,
Sonreída de aurora despertó á ese tropel
De Patria, y la simétrica marea ungió en la espuma
De un brindis gigantesco, los flancos del corcel.

La tierra, devorada por los cascos, se abisma
En el tremendo vértigo que arrastra á aquel alud;
Y el himno natal que surge del trueno, con la misma
voz que estalló en clarines «en los campos del sud».

¡Tufo de potro; aroma de sangre; olor de gloria!...
La hueste bebe el triunfo cual heróico alcohol,
Y la muerte despliega sobre su trayectoria,
Acabada la tierra, la mar de luz del sol.

LEOPOLDO LUGONES.

LOS SALVAJES PALADINES

Oigo toques de clarines
y alaridos de bravura,
veo roja la llanura
de salvajes paladines;
veo lanzas, plumas, crines,
greñas, vinchas y divisas,
potros y hombres, que indecisa
luz naciente alumbra en marcha,
y oigo el crujir de la escarcha
bajo el casco que la pisa.

Son los gauchos, los guerreros
del blandengue viejo Artigas,
y las huestes enemigas
Montaraces y Matreros;
los que han sido los aceros
de las iras desatadas,
los que en hórridas jornadas
sucumbieron por la idea,
que aun á veces centellea
en siniestras hondonadas.

Allí están los melenudos
gauchos fieros, aguerridos,
y los tapes extinguidos,
pecho y brazo y pié desnudos,
del color de los escudos,
de proezas seculares,
en tropeles, á millares,
rudas armas esgrimiendo,
prontas á envestir, rugiendo
como rugen los jaguares.

Yo los veo en el momento
precursor de la algarada,
y es tan fiel la pincelada
vigorosa del talento,
surge tal el cuadro cruento,
que hasta el ave carnicera
del estrago compañera,
oigo en el aire quejarse,
impaciente por hartarse
de feroz carne guerrera.

Veo claro en las acciones
de las *Guachas* y las *Tunas*,
el chispear de medias lunas
y de sables y rejones;
veo infantes y escuadrones
y caciques y caudillos,
que hechos trenza, cual anillos
de serpientes se resuelven,
donde al último resuelven
la victoria los cuchillos.

Allí están los orientales,
allí están los entrerrianos,
costaneros y pampeanos,
en valor todos iguales;
choque de hombres y baguales,
lucha á muerte en campo abierto
donde en el pasto cubierto
con la sangre de su vida,
cuanto más ancha es la herida
más altivo queda el muerto.

A. LAMBERTI.

EL SOLDADO

¡Es el instante de la lid tremenda!
Y entre el fragor del batallar avanza
Intrépido el soldado; es su esperanza
Vencer sin miedo en la feroz contienda.

Encarnizado y cruel, sigue la senda
Donde por premio á tanto afán alcanza
La muerte ó el olvido: es la matanza
Que ennoblece por ser patriota ofrenda.

¿Qué importa si en la lucha cae herido,
Al pié del pabellón idolatrado;
Si vislumbra en su mente, enardecida,

Libre el pueblo que heróico ha defendido
De toda humillación? ¡Gloria al soldado
Que en honor de la patria dá su vida!

LUIS MARTÍNEZ MÁRCOS.

EL ÚLTIMO ESPARTANO

Allá, donde se pierden
los últimos contornos de la Pampa
y surge gigantesca, con sus nieves
perpétuas, la granítica muralla;
allá, donde los cóndores
rústicos nidos tienen
en medio de la sombra muda, helada,
—se vió una tarde la silueta leve
de un soldado guerrero de la Patria.

Iba en descenso al llano...
Inquieto investigó con la mirada
el punto á do seguir—con lento paso,
cuando algo reanimó su frente pálida,
su alma de guerrero
de espíritu templado
en el ígneo calor de las batallas,—
y huyeron los pesares, y en los labios
cesaron las tristezas acalladas.

En tal hora, serenas
cruzaron por su mente las jornadas
del pueblo que, en la hora de la prueba,
templó el alma en Suipacha y Cotagaita,
deshizo en San Lorenzo
las flámulas iberas,
alzó su frente altiva en Aconcagua,
impuso en Chacabuco su bandera
y en Maipú, por sus hijos coronada.

Y vió sobre el Pichincha,
enhiesta, la Apoteosis soberana
de tres pueblos nacientes que á la vida
grandiosa del trabajo se aportaban,
llevando como antorchas
de luces diamantinas,
la imagen de Moreno, inmaculada,
de San Martín el alma, y de Bolívar
el fuego y la pasión venezolana.

Tres pueblos de una raza
entonando una nueva Marsellesa,
al rítmico compás de ebúrneas arpas
pulsadas por las vírgenes de América;
tres pueblos ostentando
sus flámulas sagradas

á todas las naciones de la tierra,
tres pueblos gigantescos, que hoy avanzan
sembrando el esplendor de sus grandezas.

Lo vió el viejo soldado
de allá de los confines de esa Pampa
que borda sus contornos el Oceano
y el negro murallón de otro Himalaya;
lo vió en sus horas últimas
aquel hijo de Mayo,
—valiente granadero que la Patria
jamás lo recordó, porque los bravos
son muchas veces glorias olvidadas!

Pasó la noche y luego
lució en el horizonte la alborada.
Por las cimas pasó caldeado el viento,
por los aires la música pampeana,
y cuenta un joven gaucho
que vió en la nieve el cuerpo
de un hombre—... se acercó... ¿porqué temblaba??...
¡Su padre estaba allí!... estaba muerto
el último espartano de la Patria!

ZENÓN RAMÍREZ.

EL SALMO DEL SOLDADO

I

Cuando la hora del descanso suene
Y á hundir tu frente, enardecida, vayas,
En la amplitud del maternal regazo—
¡Unico albergue de las almas castas!;—
Y cuando, luego, tu filial ternura,
Como el vaivén de misteriosa hamaca,
Aletargue tu mente en las volutas
De un sueño sin fantasmas,...
Acuérdate del mísero soldado
Que, mústio siempre, y solitario, vaga
Tan insomne y febril, por la fatiga,
Cual si llevara un mundo en las espaldas...
Y no tiene una madre cariñosa
Que vele su reposo, entusiasmada,
Como él vela, con sus horas de fatigas,
El sueño de la patria!

II

Cuando la noche límpida y serena
De la florida primavera grata,
Discurras por las márgenes del lago
Que, entre flotantes vestiduras de hada,
Refleja, fiel, la misteriosa sombra
De la mujer espléndida que amas;
Cuando ates, con el nudo de tu brazo,
Su esbelto talle, de virgínea gracia,
Sintiendo que en sus labios temblorosos

Palpita una sonrisa, perfumada
Por un destello de su fè de virgen,
Por un destello de su amor sin mancha;
Cuando apercibas que su augusto seno,—
Albo, como la espuma de la playa,—
Se agita, igual que la ola arrasadora
Que encrespa, con furor, la marejada;
Cuando al éxtasis, nunca definido,
Del primer beso que el amor inflama,
Sientas que todo el corazón se agita
Con indecibles, misteriosas ánsias,
Y que todo el caudal de tus afectos
En un suspiro inapreciable exhalas,
Acuérdate del tímido soldado
Que allá, muy lejos del objeto que ama,
Lamenta sus pesares en silencio,
Sintiendo el aguijón de la nostalgia!
Recuerda que ese pobre peregrino
Tuvo también un paraíso en su alma,
Hasta que, el día en que el deber lo impuso,
Lo abandonó, para ir á la batalla.

III

Cuando en la noche quejumbrosa y triste
Atruenen el espacio las borrascas,
Y el resplandor de la centella rasgue
La lobreguez en que sumido te hallas:
Cuando el chasquido del helado cierzo
La férrea puerta de tu hogar combata,
Y, á la lumbre benéfica, disfrutes
Sin temor, ni fatigas, ni desgracias,
La caricia inocente de tus hijos,
Que el pensamiento á distraerte alcanza,

Acuérdate del tímido soldado
Que, hollando sin cesar la fría escarcha,
Siente caer la perezosa lluvia,
Que hasta sus huesos, congelados, cala!
Clavado en la picota de los héroes,
Con la vista flamígera é impávida,
Su consigna es el rudo sufrimiento
Y su envidiable gloria la constancia!
En ese imperturbable centinela,
Que se iergue, en la sombra, destacada,
Reposa el porvenir de muchos pueblos
Y la quietud de toda una comarca!
Ah! mientras llevaba su fusil al hombro,
Sus hijos, en mitad de la desgracia,
Un pedazo de pan, tal vez, mendigan
En la lejana patria!

IV.

Cuando al son de las copas se dilate
En el banquete opíparo, tu alma,
Como justo loor á una alegría
Que merece el batir de muchas palmas;
Cuando tu ardiente, varonil cabeza
Te inspire la elocuencia en la palabra,
Y las frases de fuego de tus labios
Se pierdan, del festín en la algazara,
Acuérdate un instante del soldado
Que, hambriento y haraposo, como un paria,
Siente desfallecer su helado cuerpo
Y contempla su pié lleno de llagas!
No olvides que aquel héroe arrogante,
Febril, sediento y resignado, marcha
Sin detener su tembloroso paso,

Como el judío errante de la patria,
Dispuesto á conquistar muchos laureles
Para que tú celebres sus hazañas!

V

Cuando vagando como el viento, solo,
Del arroyuelo en la corriente mansa
Que, serpenteando, en forma de arabesco,
Llega á besar el pié de tu cabaña,
Entonces la canción del pueblo libre
Que el eco, raudo, llevará á la pampa,
Como si fuera un ente que pudiese
El misterio gozar de esas palabras,
Acuérdate del ínclito soldado
Qué, prisionero entre legiones bárbaras,
El sufrir de un martirio sin ejemplos,
A todas horas, impaciente, arrastra;
Y, entre el horror que su pesar le infunde,
Alzando al horizonte la mirada,
Cual si buscase, en su agonía horrenda,
Algo que le haga recordar la patria
Solo escucha el rumor de su grillete,
Como respuesta al ¡ay! de su desgracia!

VI

Cuando rendido de fatiga vuelvas
En la tranquila tarde á tu cabaña,
Y con sus pasos rápidos tus hijos
Anuncien tu llegada,
Arrojándose luego entre tus brazos
Con inefable dicha y algazara,
Celosos de caricias y de mimos,
Que es el único anhelo de la infancia;

Acuérdate un instante del soldado
Que, aunque retorna joven á su patria,
Envejeció en los magnos episodios
De un poema inmortal de cien hazañas!
¡Inválido infeliz! En vano apuras
El tardío paso á tu infeliz morada!
¡Inválido infeliz! La despedida
Que vibró en lo recóndito de tu alma
Fué el adiós postrimer que oir pudiste...
Hoy hallarás desierta tu cabaña!
Pues todo lo infinitamente grato
Que antes sonrió de amor á tu mirada
Se encerró para siempre entre los lindes
De la urna funeraria!

VII

Cuando en la hora de nupcial ventura
Sientas el beso de tu esposa amada,
Que viene á coronar la obra excelsa
Del amor increíble que te embriaga,
Y una lágrima tibia de ternura
Sobre tus blancos azahares caiga,
Humedeciendo la febril cabeza
Que aún sostiene en sus sienes la guirnalda,
Mientras la sombra, misteriosa, vela
El solemne secreto de tus ánsias,
Acuérdate, un momento, del soldado
Que, moribundo y pálido, se arrastra
En la liza inmortal de la victoria,
Que costó mucha sangre y muchas lágrimas!
Sus ojos, ya vidriosos, aún vislumbran
La imagen ¡ay! de la mujer amada;
Y al invocar, en su postrer delirio,
Ese amor que alentó sus esperanzas,

Se revuelca en su lúgubre agonía,
Y muere; lejos de su novia casta,
Mientras su sangre generosa sella
La paz que alegra tu nupcial morada!

VIII

Cuando doblegues triste, la rodilla,
Ante la fría loza funeraria,
Y sientas que tu pena se condensa
En el crisol bendito de una lágrima,
Al compás de un arrullo que modula
El ciprés, que le esparce sombra grata,
Mientras gime el misterio entre sus hojas,
Mientras vibra el cordaje de sus ramas,
Movido por el hálito de hielo
De esos seres que duermen en la nada,
Acuérdate del pálido soldado
Que rindió su existencia en la batalla,
Y cuyos nobles huesos aun blanquean,
Confundidos en lúgubres comarcas
Donde florecen, solamente el opio,
La maldición ruín y la venganza.
En vano su sepulcro inadvertido
Sus nobles hijos buscarán mañana!
En vano rondará su tierna esposa,
Con un ramo de flores funerarias!
El patriota ha caído, allá, muy lejos,
Dónde ni un rastro queda de su planta,
Donde no existe ni una cruz, siquiera
Formada con dos ramas!

IX

¡Ah! No olvides que gime y se revuelve
La humanidad, henchida de desgracias;

Que el dolor sube al reino de los cielos,
Como sube al empíreo una plegaria;
Que son siempre los bienaventurados
Los que sucumben por la causa santa,
Los que han sentido la punzante espina
De una agonía lenta, acibarada;
Los que han compadecido á la miseria,
En el dolor de la ralea humana!
¡Ah! Para todos los que sufren tanto,
Pide un destello de piedad á tu alma,
Y así, cuando al Edén llames, ansioso,
La angosta puerta te será franqueada,
Cual premio á la evangélica conducta,
Cual justo premio á tu piedad cristiana.
Y estiende tu mirada compasiva
Hácia el soldado mísero cuya alma
Grande, como la pira que lo alienta,
En el fuego de gloria está templada!
¡Ah! no olvides jamás que ese es el bálsamo,
Para cerrar la herida de la patria!

H. Lartigau Lespada.

EL TOQUE DE ORACIÓN

RECITADO

La línea está tendida. Vivamente
El azul de los trajes se destaca
Entre el pálido verde de los campos,
Y la nota armiñal de las polainas.

De pronto se oye en medio del silencio
De aquella triste tarde que se apaga,
Mientras caen las frentes pensativas
Y se presentan las gloriosas armas,
Una voz de clarín, tan larga y triste,
Que encrespona los júbilos del alma.

Es la Oración: el homenaje augusto
Que tributa entre lágrimas la patria,
A aquellos de sus hijos que cayeron
Vencidos por los golpes de la parca.

Se recuerda á los héroes varoniles
Que, cuando por la patria se luchaba,
Inscribían en la hoja del acero
El credo de la causa americana.

Se recuerda á los mártires caídos
Al pié de la bandera azul y blanca,
Regando con su sangre generosa
De la cumbre del Andes hasta el Plata.

Pero, ante todo, el corazón recuerda
A ese montón anónimo que marcha
Con la fuerza indomable entre su pecho
A morir en los campos de batalla,
Y á asombrar con su intrépido heroísmo
A los mismos soldados de la Esparta.

A esos que nunca encuentran en la Historia
Una línea que mente sus hazañas,
A esos hijos del pueblo que no ostentan
Ni siquiera un galón ó una medalla...

Y el clarín continúa sus sollozos...
Y uno sueña con cruces solitarias,
Y lozas en que faltan inscripciones...
Y al batir el crepúsculo sus alas,
Se presiente un desfile de soldados
Con un reproche en sus rugosas caras,
Mientras van envolviendo entre crespones,
Las gloriosas banderas de la Patria!

ALBANO GIMENEZ.

EL INVÁLIDO

¡Cuán tierna, cuán conmovedora, cuán patética es la figura doliente del Inválido por la Patria y en la guerra, que después de haber derramado su sangre en cien combates, entra en el Asilo silencioso, donde aguardará la muerte, sin queja en los labios, sin amargura en el alma y pidiendo solo en pago de sus miembros rotos—pan y reposo!!

Pero, ¡cuán siniestra y cuán repulsiva es esa otra figura del Inválido político, caído en las luchas de la ambición, presa de sus propias pasiones embravecidas hasta la demencia, y que cercado por ruinas sigue vociferando desde el fondo de un sepulcro! Agita un lienzo en sus manos convulsivas. ¿Va á conducir nuevamente los hombres á la muerte? Afortunadamente,—no. ¡No se enarbolan banderas para los pueblos, arrancando girones á un sudario!

¡Gratitud al que viene á tender su cuerpo motilado en el lecho de los inválidos, habiendo combatido por la patria y en heróicas guerras!

¡Gloria á las heridas hechas y á las heridas recibidas en campo abierto, á la luz del sol y por la noble espada del soldado!

Estas heridas forman la cicatriz gloriosa que el Inválido ostenta en su pecho y que el poeta de las «Orientales» ha llamado en su lenguaje mágico, «la estrella de honor», que guía el heroísmo de los pueblos.

NICOLÁS AVELLANEDA.

VII

HOMENAJE

LIBERTAD

GLORIA

PAZ

HIMNO

CORO

Ciudadanos, ayer compañeros
En la grande epopeya del sur,
De aquel grupo de viejas banderas
Os saluda la blanca y azul.

I

Nobles pueblos de América hermanos
De la noble Nación Argentina,
Venid todos, que unidas las manos
Nos envuelva ese inmenso arrebol:
Es el astro de Mayo el que llega
Del confín secular de la historia
Es de Salta, es de Maipo la gloria:
De Ayacucho y Junín es el sol.

II

Bendigamos al astro esplendente
Que después de cién años de lucha,
Hoy nos puede besar en la frente
Porque estamos sus hijos en paz:

A su luz perdurable juremos
Esperar otra vez su venida
Sin que el humo de lid fratricida
Vele en nubes de sangre su faz.

III

Abrase nuestro hogar opulento
A la Europa materna, á sus hijos,
A las ciencias, al arte, al talento,
Al trabajo, á la fe y al amor;
Y ante el mundo que absorto nos mira
Levantar del progreso la tea,
Nuestra joven América sea
Tribunal de justicia y honor.

RAFAEL OBLIGADO.

LA LIBERTAD

¡Salve! fulgente luminar del mundo.
¡Salve! mil veces, libertad divina,
Que al través de los tiempos, peregrina,
Marchas envuelta en resplandor fecundo.

Cuando estalla tu acento furibundo,
La cerviz de los Césares se inclina,
Y el trono de los déspotas fulmina
De tu venganza el látigo iracundo.

Mientras haya verdugos y tiranos
Tu diestra agita, libertad sagrada,
Sobre todos los hombres, mis hermanos.

Y si es preciso herir, dales el odio,
Para que pueda centelleante espada
Ser en sus manos el puñal de Harmodio.

LEOPOLDO DÍAZ.

LA LIBERTAD

Ayer un blando sueño, que llamaré delirio,
Trajo á mi mente joven espléndida ilusión:
Una mujer esbelta, color de blanco lirio,
Que con mirar de fuego quemaba el corazón.

Mil veces la miraba y mil me enternecía,
Pues la adoraba el alma y sin saber porqué;
¡Y al contemplarla bella como la patria mía,
Postréme de rodillas para besar su pié!

Aquello ¡ay! era sueño; pero aun tibias yo siento
Las lágrimas perdidas que en mi dormir vertí,
Cuando la lengua dijo, con atrevido acento:
«¡Señora, yo os adoro con santo frenesí!».

Aun siento yo una mano que asió la mía helada;
Aún suena en mis oídos una vibrante voz,
La que me dijo: «¡Adora, y nada temas, nada,
Que á mí todos me adoran, como se adora á Dios!».

Arrebatado, entonces, en éxtasis vehemente,
Quise lanzarme á ella; más ¡ay! nada palpé;
Solo quedó grabada su imagen en la mente,
Y conocí quién era tan luego desperté:

Esa mujer que adoro con la pasión del alma...
De quien miré durmiendo la noble majestad,
Y en cuya frente pura se ostenta rica palma,
Era el amor del hombre, ¡era la Libertad!

JUAN CRUZ VARELA.

LIBERTAD

¡Libertad! Bajo el sol de mi bandera
el alma siento de entusiasmo llena,
y el grito de mi labio, tembloroso,
porque tu nombre bendecido suena,
ensancha el corazón, que en sed de gloria
te dedica sus cantos de victoria.
Eres un sol en la existencia humana:
hermana del incógnito soldado
que muere sin protesta en la pelea,
porque al caer herido
besa su amado suelo bendecido;
eres también la generosa hermana
de los sueños de glorias, cuya tea
iluminan las frentes que coronan
al héroe de la guerra y de la idea!

¡Tú estás en este suelo do nacimos,
en el aire que libre respiramos
y besa con amor nuestros hogares;
en el cielo y el astro que admiramos
—cuando la sombra de la tarde baja—
en el beso salvaje de los mares,
en las aves que cantan sus amores
y cuentan sus amantes confidencias
al cáliz pudoroso de las flores!
Estás en esta senda que seguimos
en medio de ilusiones y esperanzas,
que halagan nuestras horas de triteza
y en vano con locura perseguimos.
¡Libertad! Eres águila que tienes
pupilas como soles, centelleantes,
con la intensa dulzura de los astros
y el fuego de las cumbres altaneras,
cuando entreabren sus bocas llameantes
y baña lava hirviente sus laderas.
¡Tú, guardas el destello soberano
de ese tesoro de armonías lleno,
ritmo, encanto, fulgor—el pensamiento,
la espada victoriosa de Belgrano,
la palabra vibrante de Moreno
y el alma luminosa de Sarmiento!

ANGELA GENEYRO.

¡LIBERTAD!

¡Cómo vive en el alma, cómo encanta,
Ese eterno y sublime desvarío,
Que es ideal purísimo que canta,
En la tierra, en el cielo, en el vacío!

Libertad es virtud, es gloria, es cielo;
Es la estrella que brilla en lontananza
Y que envía sus rayos de consuelo,
Es reguero de luz y de esperanza.

Libertad es amor, es la primera
Aspiración del ser, que ama y palpita
Bajo la azul esfera;
Es la razón que se alza y que se agita
Al comprender que ante su luz, impera
Solo la luz de Dios, que es infinita!

Es el Edén que en los espacios flota,
Donde todos los hombres son hermanos;
Es el cielo del héroe y del patriota,
Y el infierno moral de los tiranos.

La Libertad es la pasión sublime
Que corre como fluído por las venas,
Es la pasión que crea y que redime,
Es la patria sin yugo ni cadenas.

Planta del corazón es donde brota,
Hondamente se arraiga en la conciencia,
Sus flores son de luz ¡Nunca se agota
Su purísima esencia!

Del mártir que sucumbe en la pelea
Es la gloriosa palma,
El éxtasis sublime de la idea,
La promesa de Dios, dentro del alma.

La libertad infunde el heroísmo
Y de cada hombre libre hace un gigante
Que lanzará, después, al despotismo,
Su dardo centelleante,
Hasta verlo rodar en el abismo
Como rueda á un abismo lo infamante.

La libertad es fe, es patria, es vida,
Es el beso inmortal de los hermanos,
La espada de Damocles suspendida
Sobre el solio de reyes y tiranos!

Es un oásis en medio del desierto,
Es un cielo sereno en claro día,
En medio de la mar, seguro puerto,
Y, en medio de las penas, alegría.

Es la que el sabio en sus vigilias llama,
La que el esclavo en su mazmorra implora,
La que el patriota en sus delirios ama,
La que el cobarde en su impotencia, llora.

Cuando á luchar, la libertad nos llame,
Cuando la diana, en su clarín, se escuche,
Todo el que un noble corazón inflame,
Será un soldado que por ella luche.

Pero ha de ser su voz, la verdadera
Voz de libertad que el alma adora,
Y no la voz traidora
De la ambición rastrera
Que hace inundar la patria bendecida
En torrentes de sangre fratricida!

Libertad, en la paz como en la guerra,
Es lo heróico, lo noble, lo sublime;
Libertad es un Dios sobre la tierra;
Libertad es *Jesús* que nos redime.

Libertad es como el sol del cielo,
Es corona de luz en la victoria;
La libertad es dicha y es consuelo,
Es dignidad, independencia y gloria.

Es *Varela* en la calle agonizando,
Es de *Güemes* el último latido.
Es la lira de *Mármol* azotando
El rostro del tirano enfurecido;

Es el puñal de *Bruto* ensangrentado,
Es de *Catón* el patriotismo inmenso,
Es todo lo más grande y más sagrado,
Es *Maipú*, *Chacabuco* y *San Lorenzo*!

La libertad es el hogar sereno,
El gobierno del pueblo soberano;
La libertad es *Washington*, *Moreno*,
Es *San Martín*, *Bolívar* y *Belgrano*!

José Cibils.

¡GLORIA Á LA PATRIA!

¡Gloria á la Patria! dice en el cielo
la blanca nube;
¡gloria! repiten los roncos mares,
¡Gloria á la Patria!

Allá en el campo la blanda espiga,
sobre esmeraldas,
dice á las flores del firmamento:
¡Gloria á la Patria!

Industria y Arte, Progreso y Ciencia
doquiera cantan
Himno estruendoso que dice al mundo:
¡Gloria á la Patria!

Que en las escuelas y en los talleres,
en los palacios y en las cabañas,
la voz del pueblo proclame siempre:
¡Gloria á la Patria!

Luis J. Giménez.

DEL PASADO AL PRESENTE

Todo en ingénua beatitud dormía.
La mansa servidumbre de los reyes,
que el poder tutelar de los virreyes
afirmaba con suave tiranía.

Iban así por su sombrosa vía
las ignorantes y felices greyes
extrañas de sus fueros á las leyes,
en tanto que otro siglo amanecía.

¡Glorioso amanecer! El pueblo inerte
supo el poder de su pujante brazo,
que fulminó del invasor la muerte.

Y fué su arrojo histórico la idea
que, surgiendo fugaz, cual un chispazo,
la larga noche colonial clarea.

*
* *

Ya en la sangrienta liza del combate
con rudo batallar el pueblo fuerte,
riñendo un duelo, sin cuartel y á muerte,
por su jurada libertad se bate.

Nada su estoica resistencia abate.
El fanatismo de su augusta suerte
opone con valor un contrafuerte
en que se estrella el enemigo embate.

Va de la selva á la empinada cumbre,
salva torrentes y desciende al llano
en informe entusiasta muchedumbre.

Y al par que asume la actitud guerrera
admira con orgullo soberano
ondear al viento la triunfal bandera.

*
* *

El triunfo de la lucha libertaria
que allende el mar al hombre redimiera,
iluminó con resplandor de hoguera
la región de la pampa solitaria.

Fulgurante visión, imaginaria,
en ideales formas de quimera
cruzó por los cerebros, plañidera,
entonando patriótica plegaria.

Y la visión se realizó. Fecundo
germen de independencia, poderoso,
sobre el cielo esparció del nuevo mundo.

Marciales himnos, cantos de victoria,
saludaron un día que, radioso,
el sol de Mayo coronó de gloria.

*
* *

El constante chocar de las pasiones,
la emulación servil, el hondo anhelo,
la avidez de brillar, el torpe celo,
desataron hirvientes ambiciones.

¡Adios, las generosas ilusiones
que florecieran el nativo suelo!
El dolor, la amargura, el desconsuelo,
hacen flaquear los nobles corazones.

Hora angustial de trágica tristeza,
de dudas, de perfidia, de vileza,
de horrendo despertar, hora sombría.

Nube que tolda el luminoso oriente,
sombra que aguza traicionera, hiriente,
su desgarrante zarpa la anarquía.

*
* *

En los abiertos campos de batalla,
al fuego bautismal de la pelea,
el empuje patricio se odisea
bajo el horrible golpe de metralla.

La discordia enconal, su grito acalla.
El espíritu nuevo, bizarrea
con libérrimo ardor, pugna, bravea,
y en explosiones de reforma estalla.

Torcida inspiración el pensamiento
sugiere de un ingrato movimiento
en favor de un afán nunca cumplido.

El porvenir soñado se obscurece,
y á aquel pueblo en embrión verlo parece
á los piés de otro déspota rendido.

*
* *

Días de transición, cuya memoria
fija brillante la inmortal jornada
en que quedó por siempre consagrada
la tradición de nuestra patria historia.

No más límpio blasón tiene la gloria,
por mucho que en la bélica cruzada,
de sus guerreros, la temible espada,
se templase en la fe de la victoria.

Prejuicios, esperanzas, ansiedades,
derechos, fanatismos, libertades,
todo con sorda gestación germina.

Suena una voz sagrada y elocuente,
y surge del conjunto, independiente,
triunfante la República Argentina.

Diego Fernández Espiro.

BANDERA DE PAZ

I

Con un siglo de vida en la historia,
Nuestra patria bien puede flamear
Su bandera de lucha y de gloria,
Orgullosa del sol de victoria
Que abrió surcos de luz al pasar.

II

Hoy no tiene ya el peublo argentino
Ideales de honor que salvar;
Ni á la guerra lo llama el destino
Ni en sus campos de trigo hay camino
Que lo lleve á morir y á matar.

III

Su bandera es de paz: á ninguna
Hace sombra adorarla en su altar;
El trabajo que da la fortuna,
La ve siempre amparando la cuna
Y guardando el dintel del hogar.

CORO

Quisimos ser grandes,
Y nuestra grandeza pusimos de pie,
Del Plata á los Andes,
El dogma de Mayo templó nuestra fe.

MARTÍN CORONADO

LABOREMUS

En la página verde de los campos
No se escribe la historia con batallas,
El clarín estridente, en los hogares—
Como un ave fatídica, no canta!

Ya no arrojan veneno las culebras
De hombres armados que ondulando pasan
Tremolando su lábaro de muerte
Allí donde la vida es soberana.

Hoy la marcha triunfal de los arados,
Por valles y por pampas,
Es un canto de gloria del trabajo
Que hace brotar el oro de la entraña.

Ya no incendian las hordas de salvajes
El espigado campo de la chacra;
Es el tren, catapulta formidable,
Derribándo las bárbaras murallas.

Encorvado en su potro ¿adónde corre
El fantasma del indio, con su lanza?
¡Como nube de polvo se deshizo
Al soplo huracanado de otra raza!

Hoy sus recuerdos al fogón se agrupan
Y sus leyendas con las chispas saltan,
Y sólo el gaucho con sus tiernas trovas
Tristemente revive en las guitarras;

El gaucho que paseó por las llanuras
Como una errante nota por el alma...
Payador, de proezas y de amores,
Brillante en la corona de la patria!

Esa patria que surge en las canciones
Como un fénix de amor, pura y gallarda,
Para decir al mundo: «Ved mis héroes
Y escucha sus homéricas hazañas!»

—Forman trágico mar. Su melopea
Es un heróico ritmo que avasalla:—
Yo me abismo en sus ondas como un buzo
Para salir triunfante de esperanza!

En el seno fecundo de la historia
Duermen los grandes triunfos del mañana,
Que harán brillar al sol, los que sintieron
Sed de gloria, leyendo cada página.

Verterán las leyendas del pasado
Crepúsculos de luz sobre la infancia
Y de esos cuentos formarán poemas
Los que cantaron el ombú y la pampa.

Ya vendrán esos himnos. Trabajemos.
Y al noble empuje de memorias santas
Convirtamos en frutos nuestros sueños
Para futuro asombro de la Patria!

José Gutierrez.

A LOS QUE ESTUDIAN

EN HOMENAJE Á LA PATRIA

¡Arriba juventud! Nobles y grandes
Ideales purísimos alienten,
Los que son de la patria bendecida
Auroras de la gloria que ya esplende.

Camino del Edén, la frente erguida,
Ya la montaña asciende,
La Diosa de las pampas dilatadas,
La Señora de todo un continente.

Y vosotros, que sois de su corona,
Hermosa juventud, altiva siempre,
El gajo de laurel, premio de gloria,
Y realidad de un porvenir sonriente;

Aprended y enseñad! Guarda el pasado
Que mi patria ennoblece,
Enseñanza inmortal; germen fecundo
Que desde el fondo de su historia emerge.

Recordando sus triunfos infinitos
Ni el orgullo, ni el odio os envenenen,
Sólo viven el sueño de sus glorias
Los que civismo y virtudes tienen.

Ser dignos de esos bravos y virtuosos
Varones, nobles, fuertes,
Que morían sonriendo por la patria,
En lucha desigual y frente á frente;

Enseñar la virtud con el ejemplo,
Vasallaje rendir sólo á las leyes,
Y derramar la sangre generosa
Defendiendo el derecho que defienden,

Ese tan sólo vuestro anhelo sea
Si queréis que os recuerden
Los que vendrán después, y que el pasado
Como nosotros con unción contemplen.

¡Oh! Felices vosotros, que á las puertas
Del templo del saber dobláis la frente!
La ciencia es la verdad, al patriotismo,
De la patria en el ara, unidla siempre.

Enrique Coll y Ruth.

EGREGIA

(ALEGORÍA)

I

Es en la noche del triunfo...
—Festejando está el monarca
La gloria de la conquista
Con todos los de su raza.—
Y guardan torvos guerreros
El pórtico del *Alcazar*...

II

Como una esperanza muerta
El cielo estaba sin astros;
La tierra mústia y callada
Como un cadalzo sombrío,
Y á su pié, triste, la patria,
Con su secreta nostalgia... !

III

Era la fiesta una orgía...
Toda de sombras, siniestra,
Y de placeres, salvaje:
Y muchos regios guerreros
Vienen cruzando las tierras
En busca de estos parajes.

IV

Porque el nuncio de la Gloria
En áureos himnos les dice
Que allá festeja el *bastardo*
Sus triunfos y sus hazañas:
Mientras corre sangre y fuego
Por la tierra americana...

V

Y cuando más fuerte ruge
La conquistadora raza
En el festín esplendente,
Del alto cielo desciende
Un angel de blanca frente
Y de soberbia mirada...

VI

Llega al magnífico *Alcazar*.
Y arrastrando silencioso
Su larga cauda de estrellas
En el recinto, se muestra:
Parece, entonces, el alma
Viril de una raza muerta...!

VII

Se muestra y habla: su acento
Pavor infunde en las almas
Que nunca han visto un fantasma
Vengador, en sus conciencias,
Alzarse desde el sepulcro
Para una nueva existencia...!

VIII

La libertad—que es el angel,—
Sus labios posa en la patria,
—Que tiene por lauro, el cielo,
Y por pedestal, el Ande,—
Y en el aliento de un beso
Le da su aliento gigante...

IX

Y... ¡oh prodigio...! antes que el alba
De la redención surgiera...
En ese beso se encarna
Con destellos inmortales
El alma de unos guerreros,
El alma de unos titanes...

X

Sedientos de gloria y sangre
Pesando están en la patria;
No les importa la muerte...
No les importa la vida:
Antorcha, que apagan siempre
Las tempestades del alma...!

XI

¡Y marchan...! Dios le señala
El festín de la violencia
Cual blanco de sus castigos.
Ansiando van la contienda
Y no hay en el mundo entero
Leones que los detengan...

XII

¡Orla á sus frentes de Atletas
De Marte la «egregia láurea»;
Sus ojos ardientes fulgen
Con el alma de la patria:
Sus manos de bronce, oprimen
El hierro de la venganza...!

XIII

¡Y avanzan...! Hasta ese instante
Del Plata sobre las olas,
Las mismas ninfas cantaban
Tristísimas barcarolas,
Porque veían en la noche
La patria llorando á solas...

XIV

¡Y avanzan...! ¡Dan los clarines
La señal de la batalla...!
Dios mismo desde su gloria,
Sonriendo mira y bendice
El alma de los que mueren
Y el brazo de los que luchan...

XV

Y cuando el último golpe
Del acero americano
¡Libertad! graba en la historia;
Hacen sonreir á los cielos
Y temblar á los tiranos
Las dianas de la victoria...!

JUAN J. LASTRA.

CANTO DE PAZ Y AMOR

Despierten los espíritus y escalen las alturas
de las sublimes miras y excelsos ideales,
saliendo de las capas mefíticas, impuras,
que albergan á los bajos instintos pasionales.

Que nunca más los odios provoquen el delirio
y lancen al hermano contra su mismo hermano;
que nunca más se vierta, en aras del martirio,
sobre los campos bélicos la sangre de un humano.

Triunfemos, no con ese triunfar que dan las muertes
sino con redentoras palabras en los labios:
venzamos, no con estas victorias de los fuertes,
sino con las humildes razones de los sabios.

Gloriemos la memoria de nuestros ascendientes,
cuyos arrojos épicos rayaron en supremos;
leamos sus historias homéricas, ardientes,
—historias sangre y fuego—más no les imitemos.

Cuando nos diga alguno: Salid de vuestras tiendas,
dejad vuestras esposas y vuestros hijos, cuanto
más amáis en el mundo, é id á las contiendas
á inmolar vuestras vidas en sacrificio santo:

Digamos con rotundas palabras: ¡No más guerra!
Nosotros preferimos la paz de las cabañas,
la lucha fecundante con la fecunda tierra,
haciendo productivas sus fértiles entrañas.

Nosotros preferimos la paz de nuestro nido,
—donde el amor ejerce su augusta tiranía—
ahondando en los misterios de lo desconocido,
luchando por el triunfo de la sabiduría.

En vez de ser guerreros detrás de los baluartes,
amamos más el título de hábiles artífices;
nosotros preferimos el culto de las artes
y el oficiar en ellas de máximos pontífices.

¿Morir? ¿Por qué? Con vida haremos solamente
brillar en nuestras patrias el sol de la grandeza,
vivamos, que no falte quién eche la simiente,
vivamos, que no quede sin culto la belleza.

¿Por qué teñir en púrpura sangrienta las llanuras
en vez de removerlas con el cortante arado?
¡Pensemos en el hondo dolor de las criaturas
á quienes sustraemos un ser idolatrado!

¡Arriba sentimientos y arriba corazones!
Quitemos de los pechos las bélicas corazas;
borremos de los pechos los odios, las pasiones
que en los pasados siglos sintieron nuestras razas.

Cuando en la senda hallemos un hombre y se nos una,
para acogerle en nuestro hospitalario seño,
no preguntemos dónde se columpió su cuna:
para quererle basta que sea un hombre bueno!

Sintamos hondamente, pensemos altamente
por cima el depresivo nivel de la estulticia;
en vez de espada, usemos la pluma combatiente
que embista á la ignorancia y ampare á la justicia.

Amémonos y hagamos estériles, ociosas,
las albas armaduras de la funesta guerra:
amémonos y hagamos con armas peligrosas
las armas para el rudo combate con la tierra.

Fundamos todo: caigan también estos clarines
de notas estridentes, y con cuyo metal
haremos la trompeta que anuncie en los confines
era nueva de amor y paz universal!...

LUIS ARASOUESELIS.

ÍNDICE

ÍNDICE

Las composiciones que llevan el signo * son *poesías*.

2.—25 DE MAYO

3.—9 DE JULIO.

IV. — HÉROES

1.—HÉROES.

2.—SAN MARTÍN.

8.—PRINGLES. Página

9.—URQUIZA.

V. — GRANDES CIUDADANOS

1.—MORENO.

2.—RIVADAVIA.

3.—ALBERDI.

4.—SARMIENTO.

5.—MITRE.

6.—AVELLANEDA.

VI. — HUESTES

VII. — HOMENAJE

1.—LIBERTAD.

2.—GLORIA.

3.—PAZ.